

BOLETIN de la Real
Academia de Ciencias,
Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba ~ ~ ~



ABRIL A JUNIO 1945
AÑO XVI -- NÚM. 53

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
I.—Portada. Don Emilio Luque Morata.....	3-111
II.—Al margen de una biografía, por D. Enrique Luque y Ruiz.....	5-113
III.—Don Emilio, por D. José M. ^o Rey Díaz.....	25-133
IV.—Datos inéditos sobre la restauración del Mihrab de la Mezquita de Córdoba, por D. Rafael Aguilar Priego.....	31-139
V.—Ensayo sobre las ideas estéticas de Don Juan Valera, por D. Pascual Santacruz.....	59-167
VI.—Grabado. Estátua romana hallada en el arroyo de Pedroches, de Córdoba, el año 1928.....	88-196
VII.—La nueva pila de Almiría y las representaciones zoomórficas califales, por D. Rafael Castejón.....	89-197
VIII.—Grabado. Cabeza de Cristo, procedente de un fresco de la Mezquita-Catedral, de la segunda mitad del siglo XIII.....	104-212
IX.—Espeleología cordobesa, por D. Antonio Carbonell T-F.....	105-213
X.—Vida académica.-Historia de la Academia. Concesión del título de Real Expresión de gratitud, por la Srta. Angelita Romero de Torres....	115-223
Los restos de Juan de Mena.....	117-225
Noticias.....	123-231
Nombramientos.....	129-237
	130-238

CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. D. José Amo Serrano, Director de la Academia.

Dr. D. Manuel Enríquez Barrios, Censor de la Academia.

D. José M.^o Rey Díaz, Secretario de la Academia.

Publicación trimestral.

Precio de suscripción: 40 pesetas al año Número suelto 10 pesetas.

Publicaciones de la Real Academia de Córdoba

La estación prehistórica de Alcolea, por don Antonio Carbonell T.F., don Vicente de la Puente y don Aurelio Rodríguez.—1924.—Folleto de 32 páginas.—2 ptas.

La enseñanza entre los musulmanes españoles. Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana, por don Julián Ribera.—3.^a edición.—1925.—5 pesetas.

Versos de Góngora, Edición del III Centenario, por don José Priego López.—1927.—372 pgs. en 8.^o—5 ptas.

Córdoba durante la Guerra de la Independencia 1808-1813, por don Miguel Angel Orti Belmonte.—1930.—302 pgs. en 4.^o—15 ptas.

Ideas sobre la tectónica de España, por R. Staub, versión española de don Antonio Carbonell T-F.—1927.—88 pgs. en 4.^o

Hospitales de Córdoba, Monografía histórico-médica, por don Germán Saldaña Sicilia.—1936.—266 pgs. en 4.^o, con numerosas fotografías y un plano.—12 ptas.



BOLETIN

de la

Real Academia de Ciencias

Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - DE CORDOBA - - - -



Año XVI

Abril - Junio 1945

Núm. 53



1946
Tipografía Artística.—San Alvaro, 17
CORDOBA

Boletín de la Real Academia
de
Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes
de Córdoba

Fundada en el año de 1810

AÑO XVI

ABRIL-JUNIO 1945

NÚM. 53

GALERIA DE ACADÉMICOS



DON EMILIO LUQUE MORATA

Doctor en Medicina y Cirugía. Decano de la Beneficencia Provincial. Fundador de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba. Académico de Número de nuestra Real Academia en 5 de Mayo de 1923.—Nació en Córdoba el 2 de Marzo de 1876.
Murió en Córdoba el 19 de Febrero de 1939.

Al margen de una Biografía

Sé sobradamente, por íntima autocrítica, que carezco de las mínimas condiciones exigibles para trazar una biografía y por ello, nunca llegará a tanto mi osadía y menos a imponer a la bondad de los señores Académicos la dura prueba de escucharla.

Pobre voz la mía para levantarse ante este dilectísimo auditorio, aunque no tenga otra pretensión que la de dar a conocer, al margen de una biografía ya magistralmente bosquejada por Don José María Rey, algunas noticias íntimas e inéditas recogidas por la gratitud del alumno al maestro querido a quien todo se lo debe. Estrechísimas relaciones familiares me hicieron depositario de datos y rasgos interesantes de la vida de aquel Médico, arquetipo de cordobesismo, que oponía siempre a la realidad su semblante sereno, como un cristal limpio que refleja lo que se asoma a su superficie.

Gratitud y cariño aunados en el mismo anhelo me ayudan a vencer la desproporción entre la grandeza del objeto y la escasez de mis fuerzas, dejando franco el camino a plumas más doctas y autorizadas.

En Don Emilio Luque sobresalían una firme vocación a la práctica de su carrera, un gran amor al pobre enfermo, un fino enjuiciamiento de los hechos de la vida diaria que resolvía con una clarividencia poco común y, por último, una dulzura de carácter que, quizá, haya sido considerado por algunos como la más negativa entre sus facetas espirituales.

Conversador ameno, captaba la atención de sus oyentes con una sencillez inigualable y con suma habilidad trazaba un psicograma perfecto de la personalidad con quien departía, inspirando tal confianza que pronto le hacía confidente de sus más íntimas preocupaciones.

Es cierto que para llegar a este resultado se extrovertía con gran facilidad, permitiéndole un intercambio espiritual esta generosa e innata espontaneidad.

Refería con mucha gracia que la única persona que le había desairado en principio fué Don Miguel de Unamuno. Tranvía de

la Penilla en Santander y, frente a frente, el insigne pensador y literato y Don Emilio, que, al reconocer al primero, puso en juego toda su habilidad para instigarle a hablar. Don Miguel al sentirse descubierto, exclamó, dándose palmadas en los muslos, algo por este orden: «¡Es gracioso! Debo parecerle mucho a ese señor porque todos me dicen lo mismo». Después, en el hotel donde ambos vivían, trabaron buena amistad y se reían al recordar la genialidad unamunesca.

Decíamos que, entre sus cualidades psíquicas, se ha considerado como la más negativa la elasticidad de su carácter. Era así verdaderamente, y se explica considerándolo como resultante del intenso y abrumador trabajo de sus primeros años de ejercicio profesional. Visitando día y noche, ininterrumpidamente, enfermos, y esparciendo afectos y consuelos, superando casi siempre los que lógica y humanamente debemos prodigar al que sufre, llegó a culminar un momento, a partir del cual, la esencia de la caridad fué consustancial con él.

Si se admite que mandar en alta voz engendra el hábito de hacerlo todo imperativamente y que el que dá consejos por razón de su ministerio llega a expresarse usualmente en tono admonitivo, nada tiene de extraño que sea dulce y comprensivo el que a diario vá sembrando ilusiones y esperanzas en los pobres enfermos.

Así hemos podido deducirlo de las expresiones que hemos recogido de labios de sus antiguos pacientes, de la más variada significación. Veamos algunas de ellas. En todas se acusa familiaridad, dulzura de carácter, compenetración con sus enfermos, amparándolos en su lucha por la vida.

Unos decían: «Nos trataba como de su familia. ¡Que modos más bonitos tenía!»—«Se hacía cargo de mi enfermedad y me aguantaba con mucha paciencia.»—«Era el mío; no conocimos otro Médico.»

Otros revelan afecto: «Cuando vivía no había penas en mi casa.»—«De todo nos salvó. ¡Que lástima de hombre! ¡Lo que hemos perdido!»

Y éste expresa en frase gráfica su personal sentimiento: «Por mi fe, no se hubiera muerto nunca. Mi mujer siempre estaba en sus manos hasta que un día me dijo: «no la traigas más» y ¡ahí está! «añadiendo casi con pena: «Vá a vivir más que nosotros».

Magníficos pensamientos escogidos entre los muchos que tene-

mos anotados, como justa correspondencia de amor de los humildes por los que sentía profunda devoción.

Es curioso que uno de sus maestros, Don Benito Hernando y Espinosa, profesase este mismo amor al enfermo pobre, al que solo y exclusivamente visitaba. Amor que irradia con perdurables resplandores en aquel «Padrenuestro» que juntos rezaron muchos años, en el día de los difuntos, ante la fosa común de los cementerios madrileños.

A fines del Siglo pasado, en un Madrid turbulento y conspirador, cuando España caminaba de espaldas a su destino, vivían en el setenta y seis de la calle de Atocha, propiedad del General Ríos, los estudiantes cordobeses, Emilio Luque y Manuel Villegas, en una modesta casa de huéspedes de tres pesetas, incluido quinqué y ropa limpia. Ocupaban el piso bajo cuyas ventanas tantas veces había de golpear con su bastón, Don Benito Hernando, en señal de aviso interesante, y era su patrona *Doña Romana*, como familiarmente le llamaban. Una antigua y fiel servidora de la casa de Don Segismundo Moret. Por ella conocían la vida íntima de este ilustre político, al que prestaba calor en las veladas invernales un hermoso perro, conocido por *el felpudo de Moret*.

Yo quisiera hacer un canto a estas pobres mujeres que con admirable espíritu de sacrificio han contribuido en gran parte, dentro de su modestia, a hacer agradable la vida del estudiante, procurando, en medio de su estrechez, compensar la ausencia del hogar y prodigando todo género de consuelos cuando alguno de sus «niños» enfermaba o entristecía, cosas tan corrientes en los años juveniles.

Por mí sé decir que nunca podré alabar bastante a una pobre patrona en cuya casa hice la carrera: Sofía. Mujer aragonesa de sesenta y cinco años, infatigable y cariñosa como una segunda madre. Se desvivía en atenciones y consejos y, cuando dos años después de terminados mis estudios, hice intención de visitarla para ofrecerle una ayuda desinteresada y cariñosa, me enteré de que aquella mujer había amanecido muerta sobre una pobre estera en la habitación más pequeña y humilde de la casa. Algunos de los que me oyen la conocieron y podrán testimoniar cuanto digo. Y por ello, en contra de lo poco favorable que ha sido la crítica para ellas, yo me permito entonar una alabanza a estas vidas hu-

mildes y ascéticas que tan unidas han estado a los estudiantes en el siglo pasado y primer cuarto del presente.

Esto no era obstáculo para que algún día, al final de la sopa, apareciera el pabito de una vela que se había derretido en el humeante condumio, con lo cual quedaba justificado su sabor a sebo; que otro se descubriera un zapatito de niño con el que había ido a dar vueltas al cocido, o que los más se leyese la gacetilla de algún periódico en el anverso o reverso de aquellos magníficos filetes madrileños. Pero, a buen hambre no hay pan duro, y a pesar de todo ello, nuestros estudiantes prorrumpían en el irónico y consuetudinario «viva la casa de las *estáutas*» como grito de alegría salido de sus pobres estómagos desfallecidos por la larga jornada matinal.

No faltaba el buen ánimo en aquella colmena infantil. El servicio de repostería estaba perfectamente organizado y atendido y Emilio Luque les ofrecía aromático café, moka o caracolillo, con abundante azúcar, por el módico estipendio de diez céntimos la taza.

La escuálida soldada mensual solía cobrarla en unos almacenes de joyería de la calle de Carretas en la célebre Lonja del Almidón.

Recuerdo con cuanta emoción relataba sus éxtasis ante aquellas ordenadas cajas que, aunque de apariencia almidonada, estaban repletas de onzas. La Lonja del Almidón era, en esencia, una poderosa Casa de Banca de las más acreditadas de Madrid, y sus familiares, andando el tiempo, habían de entroncar con nobiliarios títulos de la aristocracia española.

Varios hechos sobresalientes llamaron la atención de nuestros estudiantes.

Uno de ellos, el asesinato por un panadero del Catedrático de Operaciones Don Adolfo Moreno Pozo, en uno de los solares que hoy ocupa el Hotel Palace, en cuyo entierro llevó una cinta del féretro, Don Manuel Villegas, en representación de los estudiantes de la Facultad de Medicina.

Otro de los acontecimientos que solía referir fué el siguiente: A las nueve y media de la mañana del día 10 de Febrero de 1896, un sonido aterrador, de algo parecido a acabamiento del mundo sembró el pánico entre el vecindario de Madrid. El General Ríos con sus hijas y todos los vecinos de la casa se encontraron, sin saber cómo, muy ligeros de ropa, en la escalera. Los más pinto-

rescos y diversos comentarios se entablaron acerca de aquél suceso que, horas más tarde, se explicó perfectamente. Se trataba de la caída del célebre bólido del Retiro que estalló a más de treinta kilómetros de altura.

Otra sorpresa extraordinaria había de depararles la naturaleza. Terminados los exámenes en la tarde del 13 de Julio del mismo año 1896, los dos cordobeses se dirigieron hacia la Puerta del Sol para tomar café en un bar que había esquina de la calle de la Montera. La hora no era del todo desapacible y nada hacía suponer que con una rapidez fulminante empezaran a caer granizos como puños, y algunos de mayor volumen, en abundante cantidad. El estruendo de cristales rotos era ensordecedor. Esperaron sorprendidos a que acabase aquella pedrea celestial para darse cuenta de la magnitud del fenómeno. Además de la destrucción casi total de las vidrieras de Madrid, realizada en pocos minutos, muchas personas resultaron contusionadas; uno de los granizos mató a un caballo; varios perforaron las capotas de los coches y, hecho curioso: los granizos que tumultuosamente, apiñados en grandes masas, bajaban por la calle de Alcalá, se habían ido remasando ante el Ministerio de la Guerra, alcanzando la altura de las lanzas de su verja.

Y una anécdota final de su vida estudiantil. La muerte de su padre reclamó urgentemente su presencia en Córdoba. Para que le fuese anticipado el examen, visitó, acompañado de su inseparable Villegas, al Marqués del Busto, a la sazón Catedrático de Obstetricia. En la mansión elegante y señorial, cual correspondía a la elevada alcurnia de tan ilustre personaje, fueron recibidos en una sala ricamente amueblada, con tan mala fortuna que, quizá anonadados por tanta riqueza, derribaron, al tropezar con él, un fatídico quinqué, puesto sobre un veladorcito, cuyo petróleo se esparció en la lujosa alfombra. Difícil situación que afortunadamente resolvió el caballeroso Marqués con marcada delicadeza, al darse cuenta de la doble tribulación de sus visitantes.

Dediquemos un breve recuerdo biográfico a los dos ilustres y queridos maestros que tanto habían de influir en las líneas directrices de su vida.

Don José Ribera y Sanz (1852-1912), compañero de cátedra y leal émulo de San Martín, asombró por la admirable fecundidad de publicaciones que contrasta con la corriente apatía española.

«Creemos, dice con sobrada razón Don Víctor Escribano, que

ningún cirujano español ha producido obra tan extensa y varia como la de Ribera», compuesta de libros de texto, estudios monográficos de muchos, si nó de todos los capítulos de patología quirúrgica, trabajos experimentales de anfiteatro y de laboratorio, investigaciones históricas sobre la cirugía española, traducciones, prólogos y extensas anotaciones, cuya enumeración, detallada y



Don José Ribera Sanz

crítica, ha sido hecha por el Doctor Escribano en el prólogo de la obra póstuma de Ribera «Ensayo monográfico de Cirugía española» (1916).

Toda la labor de Ribera es interesante y digna de estudio. Escribano comienza por ocuparse de algunos trabajos generales y, en primer término, de su procedimiento de hemostasia mediante ligadura elástica del abdomen, llamada en el extranjero de Memburg, y cuya invención debemos reivindicar para Ribera, quien no solo resolvió con tal recurso, mucho antes que el cirujano alemán, el grave peligro de la hemorragia en la desarticulación coxo-

femoral, practicando esta operación en blanco gran número de veces, sino que extendió el uso de este poderoso medio isquémico a todas las grandes operaciones que se practican en la raíz del muslo y algunas de la pelvis, ampliando sus beneficios hasta límites que parecían inaccesibles a la hemostasia preventiva y ofreciendo a los tocólogos un auxilio rápido y decisivo en casos extremadamente apurados.

Otro estudio muy notable es su monografía acerca de la tuberculosis articular en el trabajo enciclopédico de Pediatría de Pfaumder y Schlosman, en la edición española dirigida por Martínez Vargas y publicada en Barcelona en 1910. Los primeros trabajos de Ribera fueron las Memorias premiadas por la Academia Médico-Quirúrgica en 1881 y 1882 sobre «Génesis, complicaciones y terapéutica de los hidroceles» y «Diagnóstico diferencial de los

tumores del abdomen» y la premiada por la Real Academia de Medicina de Madrid en 1888 sobre «Tratamiento de los aztrocaces».

Posteriores son las notas al tratado de Erichsen «La Ciencia o Arte de la Cirugía» traducida por Avelino Benavente (1883), entre las que hay muchas, como las consagradas a la inflamación, a los cuerpos extraños, a la conmoción, contusión y compresión cerebral, a la escrófula y tubérculos, a los neoplasmas, al tétanos, a los aneurismas, que son todavía hoy dignos de estudio y de meditación y reveladoras de la laboriosidad y del talento pasmosos de Ribera.

Merece especialísima mención el hecho de que, al exponer y discutir las definiciones y las hipótesis de la inflamación, analiza y elogia las investigaciones experimentales sobre la inflamación del mesenterio, la córnea y el cartílago de Don Santiago Ramón y Cajal, concediendo a su autor, entonces (1884) desconocido en el mundo científico, el gran mérito que muchos años después le ha publicado la fama.

Ribera fué, además, un investigador de la Historia de la Cirugía en España. De sobra sabía que en España no nacieron Ambrosio Paré, ni Hunter, ni Lister, y también comprobaba nuestra inferioridad en casi todo el resto de Europa, cuyos principales clínicos conocía por lecturas y viajes, tratando personalmente a los más reputados maestros contemporáneos, pero no por eso consideraba despreciables a Areco, Hidalgo de Agüero, Díaz de Alázar, etc.

En cirugía de los miembros, ha sido Ribera especialmente notable en las resecciones y desarticulaciones, habiendo practicado seis veces, por procedimientos modificados por él, la desarticulación interileo abdominal.

Don José Ribera, vivía en la casa de su propiedad número 120, de la calle Atocha. Poseía una magnífica biblioteca con numerosos volúmenes en italiano en que se recogía el movimiento científico europeo, por traducirse a él todas las obras de mérito, permitiendo conocer rápidamente la marcha de la Cirugía sin el esfuerzo que supone la lectura de obras alemanas para los que no poseen un dominio completo de este idioma.

Don José Ribera fué una figura preeminente de la Cirugía española, de un dinamismo extraordinario y resuelto, cual correspon-

día a las fulminantes decisiones con que a diario se veía forzado su cerebro para resolver los difíciles problemas que se le presentaban.

Sentía gran afecto por sus dos discípulos cordobeses y en varias ocasiones les visitó. Por cierto que la primera vez fué cuando, recién terminada la carrera, los nuevos médicos se decidieron a practicar, creo que su primera intervención quirúrgica. Don José, de paso para una consulta en Sevilla, se detuvo en Córdoba y presencié con gran beneplácito una uretrotomía externa sin conductor. De su última visita conserva Don Manuel Villegas esta tarjeta: «Puerta de la Justicia-Granada.-27 Marzo 1910.-Mi querido amigo: El lunes en el directo vamos Pura y yo a Córdoba. Deseamos pasar la noche en esa y, por tanto habitaré en el Suizo. He escrito a Emilio. A los piés de su señora y quedo suyo afmo. amigo y compañero.-José Ribera Sanz».

Su fama hizo que en determinada enfermedad de Alfonso XIII fuese reclamado por Martínez Campos, Don José, acompañado por el Marqués del Busto, Médico de Palacio, examinó cuidadosamente al egregio enfermito en su cuna, y como algún palaciego se permitió una impertinencia sobre la Real calidad del paciente, Ribera le contestó con tal tino que el palaciego no volvió a molestarle.

Cayó enfermo el 18 de Diciembre de 1911. Fué viaticado el 1 de Enero de 1912 y falleció siete días después, el 8 de Enero de 1912.

Don Benito Hernando y Espinosa, era natural de Guadalajara. Discípulo predilecto de los grandes químicos Sáez Díaz y Luanco, estaba dotado de las cualidades de aquellos maestros, llegando a ser Doctor en Ciencias antes que en Medicina, carreras que, según Cajal, estudió casi paralelamente y a conciencia.

Educado por un tío suyo, sacerdote, creía firmemente en Dios y, aunque por algunos fuese considerado ligero y volteriano, era profunda y sinceramente religioso. Sabía mucho y sabía de todo, latín, matemáticas, historia, física, química, literatura, música; y lo sabía con tal lujo de detalles que daba la impresión de estar obsesionado por estudios memorísticos. Su conversación era flúida y amena, salpicada con profusión de anécdotas siempre oportunas. Acaso, dice Cajal, abusaba algo de su extraordinaria reten-

tiva y del gracejo y agudeza de su conversación, pero su carácter era tan particular que impresionaba profundamente.

Fué Catedrático de Terapéutica en Granada (1872-1887) y en el año de su muerte Don Víctor Escribano le dedicó unas páginas en su magnífico discurso inaugural de la Universidad de Granada en el curso de 1916-1917, señalando que tuvo la honra de ser alumno suyo y que nunca será tan venerado como merece su memoria y cariño a la Universidad granadina en la que pasó los quince años más felices de su vida, rodeado de gran prestigio y estimación. Allí, como más tarde en Madrid, destacarían en la memoria de sus discípulos, de entre todos los recuerdos de la vida estudiantil, los de la Cátedra y Laboratorio de Terapéutica.

Don Benito era, según dice Don Víctor Escribano, un sabio de los verdaderos, de los que más honraron al profesorado español y a la Patria en el último tercio del siglo XIX, de los que procuraron ocultarlo con la modestia más sincera, empeñándose en no serlo.

Su estudio sobre la lepra fué un enorme alarde de ciencia y erudición, donde todo se valoró detenida y escrupulosamente.

No le favoreció la suerte al no premiárselo la Real Academia de Medicina de Madrid, pero los elogios de los sabios que entonces regían los destinos científicos, Wirchow y Cornil, le compensaron en parte los sacrificios hechos para editar una obra que pocos lectores habían de hojear, con lo que agotados sus recursos, no pudieron salir a la luz otros trabajos interesantes que habían sido hechos con solicitud y asiduidad en el Hospital de San Lázaro de Granada.

Granada, dice el Doctor Escribano, le debe su recuerdo, no solo por su celo en asistir gratuitamente durante muchos años a los pobres leprosos, sino también por sus hermosos rasgos en la epidemia colérica de 1885, pues aunque no ejercía la profesión,



Don Benito Hernando y Espinosa

entonces lo hizo y con un espíritu generoso y magnánimo visitó incansablemente, horas y horas los barrios menos atendidos de la ciudad, en aquellos días luctuosos de terrible ansiedad y consternación.

Apóstol de las riquezas históricas de Granada, alma de muchas iniciativas del antiguo Centro Artístico, descubridor del «Catecismo de los Moriscos», oculto en un rincón del Archivo de Toledo, sabio biógrafo de Cisneros que en unión del Conde de Tendilla y el Cardenal Mendoza, oriundos también de Guadalajara, había de influir en tan diferentes aspectos en las sucesivas generaciones granadinas.

Dice Cajal: «Conmigo y mi familia se condujo con una generosidad y abnegación que jamás agradeceré bastante. Recien llegados a Madrid, ofreciome espontáneamente sus buenos oficios; deshízose cerca de otras personas en elogios de mis modestos méritos; presentome a varios personajes del mundo literario y artístico; diome antecedentes de muchos hombres y sucesos actuales y pretéritos; en fin, vino a ser para mí el amigo asiduo y constante, más aún: el confidente y consejero íntimo».

Añade el mismo Cajal: «Añoraba las grandezas de nuestro siglo de oro; veneraba a Cisneros y a Cervantes y rendía culto fervoroso a la música y al arte cristiano. El amor a la tradición no le impedía cultivar las Ciencias naturales. Sabido es que durante cierta época de su vida frecuentó con igual entusiasmo y asiduidad los templos que los laboratorios. De aquellos tiempos juveniles data su mejor obra «La Lepra en Granada», concienzuda labor de anatomía patológica y de clínica menos conocida y encomiada de lo merecido.

Tal interés despertaron sus trabajos sobre la lepra, que Neiser fué pensionado por el Gobierno alemán para estudiar junto a él y Wirchow le visitó con el mismo objeto en Granada. Don Benito, además de su Cátedra y Laboratorio de Terapéutica, desempeñaba la consulta de enfermedades de la piel y venéreas y en ella, como en su etapa granadina en el Hospital de San Lázaro, jamás le faltó la colaboración cariñosa y abnegada de sus alumnos que lógicamente recogían las enseñanzas del gran maestro. Parco en medicaciones afirmaba, como Sydenhan, que los medicamentos útiles cabían en el puño de su bastón, quizá aún más conciso, ya que su número se reducía a cuatro: quinina, salicilato, mercurio y digital. Debemos hacer constar que el hecho de haber sido

alumno de Don Benito fué, durante algún tiempo, patente de buen manejo de la Terapéutica y verdaderamente lo era así.

Duro y áspero en las apariencias, infantil y todo corazón en el trato íntimo. Vivo, con una viveza eléctrica en sus conversaciones familiares y docentes, era pacienzudo y nimiamente escrupuloso en el lenguaje escrito, pero sobre todas las características de su carácter, descollaba su extra-

ordinaria delicadeza. Llamaba en él la atención, el que casi constantemente iba fumando y la punta del cigarro se le pegaba en el labio inferior, sin que el movimiento que le imprimía al hablar fuese obstáculo para la conversación en la que iba aparejada una tónica espiritual que con sencillez modelaba aquellos cerebros juveniles de los cuales, andando el tiempo, surgía algún que otro buen médico con un inseparable moralista. Porque Don Benito, cuando veía riqueza en arquitectura cerebral, como los grandes triunfadores de la Historia, jamás vacilaba y no cedía hasta conseguir infundirle ciencia y arte. Delicadísima

tarea que puso a tanta altura la personalidad de este Cate-drático. Por eso no era extraño que las ventanas bajas del 76 de la calle de Atocha, fuesen golpeadas con su bastón frecuentemente para llevarlos al debate parlamentario. a oír al orador insigne, o a la magna lección de música sacra de San Francisco el Grande. Y era curioso que maestro y discípulos acababan íntimamente compenetrados en el afán de escudriñar todo y en el ansia de recoger las líneas delicadas y vigorosas de los personajes o hechos de la más destacada actualidad o del más deleitoso sabor his-tórico.

No es hipérbole ni mucho menos ditirambo. Recordemos un



Postal con el San Bernardino de Sena, del Greco.

hecho, que creo ha explicado ya Don José M.^a Rey, exponente breve de su delicadeza espiritual:

Una mañana, bien adentrada la primavera cordobesa, esa primavera inefable que llena con su aroma todas las calles de Córdoba, Don Benito surge inesperadamente en casa de Don Emilio reclamando desayunar. Cansado, pero con la viveza peculiar de la mirada que denota la satisfacción íntima de un deseo conseguido. El maestro explica: sus años van siendo muchos y quiere no dejar



Cáliz de la Universidad de Sigüenza,
en el Instituto de Guadalajara.

de comprobar y sentir personal e íntimamente la emoción de ver reflejarse los primeros y dorados rayos de sol en las bronceas alas del Arcángel San Rafael, que corona la torre de la Catedral de Córdoba y pacientemente había estado aguardando el momento en el mismo sitio donde antaño parara sus carrozas Doña Juana de Portugal y su séquito, para recordar, ante esta poética estampa, la célebre estrofa del Duque de Rivas en su «Faro de Malta».

Y para qué cansaros más. El citado trabajo de Don Víctor Escribano, las notas de Cajal en «Recuerdos de mi vida», la perfecta biografía de Don Manuel Márquez que le sucedió en la Cátedra de Terapéutica y su discurso en la Real Academia de Medicina, resumen espléndidamente la interesante vida de este español polifacético que, parafraseando a Benavente, «era espíritu superior, con luz prendida por mil lucecillas dispersas y concentradas en él, como los rayos del sol en lente poderosa».

Este vivir dedicado por entero a sus alumnos, compartiendo con ellos lo más noble e íntimo de sus sentimientos y salpicando su vida de recuerdos que jamás olvidarían, esta comunicación espiritual, en síntesis, no sería interrumpida por la ausencia del alumno predilecto, como veréis en unas cuantas postales interesantísimas que el azar ha puesto en mis manos.

Es lástima no poseer la colección completa que, al decir de Don Emilio, era numerosísima, pero con las conservadas es lo suficiente para formarse una idea de su vasta dición.

1.^a Reproducción del San Bernardino de Sena, del Greco,

«Abogado contra las hemorragias y titular del Hospital de sangre de Oran. Como recuerdo del II Congreso de Cirugía y del IV Centenario del Hospital de Sangre, fundado por el Cardenal Cisneros en la toma de Orán (18 de Mayo 1509)».

2.^a Fotografía de un cáliz. En el reverso: «Guadalajara, Instituto. Cáliz de la Universidad de Sigüenza. Con él celebró su primera misa el Cura del lugar de Don Quijote. Fotografiado en 1903». Más abajo dice: «Lo regaló Don Francisco Delgado, colegial de la Universidad. Obispo de Lugo y Abogado de Fray Bartolomé Carranza. Alumno de Alcalá (Padre Cuervo)».

3.^a La calle de Libreros de Alcalá de Henares. Señalados el Colegio del Rey y el de los Jesuitas. Al reverso: «Doctor Don Emilio Luque». -9 Diciembre 1909.-Mi querido amigo: Escríbame cómo está la salud de Vd. En el Colegio del Rey (véase vuelta) fué Rector el Historiador Ambrosio de Morales. En el Colegio de Jesuitas está ahora la Magistral y en él veneran ahora las reliquias de los Santos niños San Justo y Pastor, el cuerpo de San Diego y Santa María de Jesús, la estatua que más me gusta. Recuerdos a su familia y mande al suyo y compañero B. Hernando».

4.^a Vista del paseo de Cervantes en Alcalá de Henares. Al fondo se destaca la fábrica de la Iglesia de Santa María la Mayor. La dedica a los niños de Don Emilio Luque en el día de San Justo y Pastor, año de 1912. Relata los Santos que rezaron ante estas veneradas reliquias que hablan con máxima elocuencia de la grandeza de la Religión Cristiana, dando el mentís más rotundo a los que en perversa doctrina decían que las máximas del Evangelio son contrarias a la sublimidad del pensamiento y las obras heroicas.



Hospital de la calle Libreros, en Alcalá de Henares

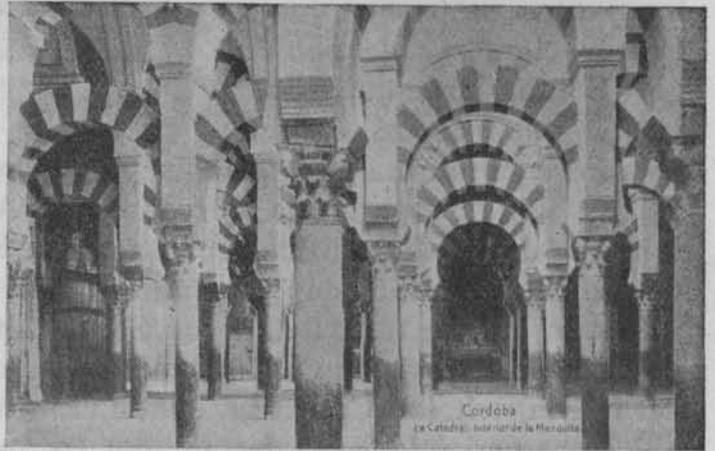


Templo de Santa María la Mayor en el Paseo de Cervantes,
en Alcalá de Henares

«Santos antiguos que rezaron a los Santos niños: San Leandro, San Isidoro, San Eugenio, San Ildefonso, San Félix Complutense, San Fernando, Santo Domingo de Guzmán y ¿San Francisco de Asís?». -- Santos modernos que rezaron a los Santos niños y a la Virgen de la An-

tigua y a Santa María de Jesús, que se venera en este templo de Santa María la Mayor: San Diego de Alcalá, Santo Tomás de Villanueva, Beato Maestro Juan de Avila, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, San José de Calasanz, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Caracciolo, Beato Simón de Rojas, San Juan Bautista de la Concepción, San Miguel de los Santos. -- En el mismo templo fué bautizado Cervantes, dió limosna a San Diego el Gran Capitán y ahorcó los hábitos Don Fermín Caballero».

5.^a Muy substanciosa. -- Vista del interior de la Catedral de Córdoba. -- Dice así: «Efemérides del día 1.^o de Agosto. Cordobesas en principio, medio y fin. -- 1508. La Congregación Católica de Burgos publica en Valladolid su sentencia acerca de Rodríguez Lucero, con el Monarca, asiste a la inquisitorial fiesta el Real paje Don Iñigo de Loyola (S. Ignacio). El Cardenal Cisneros, presidente, rabia porque no está en Alcalá oyendo las primeras lecciones



Postal con interior de la Mezquita

del burgalés Pedro de Lerma en la Universidad. Fernando Quinto daba boleta al Gran Capitán.-1551. San Francisco de Borja celebra en Azpeitia su primera misa,-1700 y... En el mesón del tío Monipodio o de Hornachuelos coloca el Duque de Rivas («Don Alvaro, etc.») al tío Trabuco con los *Angelitos*, oyendo la *Nona* del jubileo de la Porciúncula.—

1846. Le Verrier anuncia el futuro descubrimiento de su planeta Neptuno.—1885. El Padre Rafael contrae el cólera, por escrúpula de monja franciscana, en Loja.-1900. Muere Lagartijo, compañero de San Juan de Dios en vida y caridad».

Y una sexta y última postal que representa la portada del Hospital de San Juan de Dios de Granada.

Con su archivo viviente dice: «Por esta puerta entraron: los Reyes Católicos, Isabel I y Fernando V, Cardenal Mendoza, Fray Hernando de Talavera, Don Pedro de Alcalá, Cardenal Cisneros, Nebrija, la Latina, Gran Capitán, *Paje santo*, Pulgar y su historiador Martínez de la Rosa, Fr. Pedro González de Mendoza, autor del rezo del Día de la Toma



Postal con portada del Hospital de San Juan de Dios, de Granada

(nota para el Padre Montaña en el periódico).-Cervantes, Góngora, Alonso Cano, Pedro de Mena, Generales Alvarez de Castro y Herrasti, Emperatriz Eugenia.-El Rey Alfonso XII al visitar a los heridos por el terremoto de 29 de Diciembre de 1884, (inauguró la cancela que se vé en el fondo).-Carlos V y la Emperatriz Isabel, al venir a pasar la luna de miel y ver el sepulcro de sus abuelos, (inauguraron la Capilla del Pulgar).-El Beato Maestro Juan de Avila y sus discípulos, menos Santa Teresa de Jesús (véase «Memoria del Padre Montaña», pgs. 106 y 107).-Y el más insigne de los asturianos Don José Ramón Luanco y su discípulo Menéndez Pe-

layo (a) Marcellín, a quien dedicó su primera obra «La novela entre los latinos».-Don Hilarión Eslava, sus discípulos: Don Jesús Monasterio, Gayarre, Don Julián, Sarasate, Don Pablo, Bretón, Don Tomás, Vázquez, Don Mariano.-Don Carlos Ruiz Ribera. Fortuny, Pradilla.-Pulgar el de las Hazanas, historiador del Gran Capitán a petición de Carlos V».

Estos apuntes biográficos de sus dos mejores maestros bastan para explicar la influencia decisiva que ejercieron en la formación de Don Emilio. Extraña amalgama de caracteres que modelaron su alma en un ambiente de lucha y de serenidad espiritual, hasta tal punto que toda su vida sería en lo sucesivo fiel reflejo de la de aquellos forjadores tan dispares, cuyos nombres habían de asomar a sus labios con verdadera unción muy frecuentemente.

En D. Benito Hernando admiraba su espiritualidad, su dialéctica refinada, su asombrosa memoria, su extensa cultura, en una palabra: el profundo conocimiento de lo bello del vivir.

En Don José Ribera, su energía, sus rápidas decisiones que brotaban a diario en la lucha cara a cara con la muerte, enamorado y convencido del quirúrgico arte.

Y estas influencias fueron trazando el camino que, alumbrado por la luz de las tardes serenas y depurado por el estoicismo ambiente de su venerada Córdoba, había de conducirle al puesto que el destino le tenía reservado, en el que tantas muestras de cariño, totalmente insospechadas, había de recibir.

Aunque sus actividades científicas serán motivo de otra nota, recordemos, en líneas generales, los hechos más destacados de su actuación profesional.

En Medicina se imponía la exploración del enfermo y la recogida de datos había de valorarse a la luz serena de la razón. Se derogaba con ello un orden antiguo, logorreico y de mala filosofía, en el cual las más enrevesadas hipótesis trataban de compensar el vacío irremplazable de la ausencia del médico junto a la cabecera del enfermo.

Médico observador, siguió todos sus actos con un criterio de humanidad al par que científico, con la experiencia vivida en el libro siempre abierto de su cirugía y llegó a alcanzar un prestigio tan sólido que, gracias a él, se hizo posible la resolución de establecer consultas donde, rodeado de un ambiente propicio, podía

atender a sus enfermos, cuando su proceso se lo permitía, con el mínimo de molestias y el máximo de rendimiento.

Para sus hermanos de carrera siempre tuvo disculpa. Jamás censuró y comprendió magnamente que la práctica de la Medicina está sembrada de asperezas y sinsabores que todos debemos conllevar cuando ello no entraña perjuicio para el enfermo. Esto le valió no solo la admiración y el respeto, sino algo más estimable, el cariño de sus compañeros.

Con Don Ramón Alfaro compartió muchos años los dos distritos en que benéficamente estaba dividida Córdoba, y para el ejercicio en una y otra de estas dos zonas bastaba el acuerdo entre ambos titulares que, a veces surgía con un realismo imperioso, sobre todo después de alguna mortífera epidemia, y nunca hubo entre ellos el más pequeño rozamiento.

Conocía a sus enfermos minuciosamente y se remontaba a unas cuantas generaciones el recuerdo de hechos y sucesos familiares que su portentosa memoria retenía.

Conservó hasta sus últimos días un afecto singular por las castizas familias del clásico barrio del Matadero Viejo, de las que refería con pelos y señales la vida, hazañas y parentescos de todos ellos.

En Cirugía, la *legión blanca* se abría paso arrolladoramente relegando al olvido al célebre cirujano de levita.

Este fué el momento de iniciar su carrera y quiso Dios que fuese él el designado para hacer esta transformación en la medicina cordobesa.

Las grandes intervenciones en la cavidad abdominal reclamaban la puesta en juego de todo un sistema que no se limitaba a la habilidad de las manos. Hipócrates decía: «La habilidad es el mejor de los doctores». Sin duda la mano del cirujano había de ser fuerte y segura. «*Strena et stabilis*», indicaba Celso en su célebre definición de las cualidades del operador. Pero ellas habían de ser muy suaves para el sufrimiento del enfermo y nunca crueles, según las profundas palabras de San Agustín, el Padre de la Iglesia: «*Crudelis salum est manus que parti vulneri et putredini*».

Pero la habilidad de las manos no era ya más que uno de los tres elementos de la formación de un cirujano que la escuela americana invitaba a cultivar bajo el simbolismo de las tres H; «Hand, Head, and Heart». Síntesis que, junto a los medios anestésicos, transformaban el carácter del cirujano, cuya estampa de fortaleza,

mal genio e impiedad, quedaría borrada en la augusta paz de su quirófano,

Lo que la ciencia no ha podido resolver todavía es el problema moral del cirujano. Enfrentado a diario con la tragedia de una vida que desfallece entre acerbos dolores, ha de luchar contra todas las circunstancias adversas que rodean el acto operatorio y, mal que pese a su experiencia y habilidad, tiene que sufrir ansiedad, insomnios, derrumbamiento moral y agotamiento físico, disimulando su propio drama, en bien del enfermo, bajo la máscara profesional y este esfuerzo continuo explica perfectamente el que tantos de ellos sucumban de accidentes cardiacos. Y si esto sucede con una organización perfecta o, al menos, suficiente, considerad cuantas preocupaciones costaría el instaurar un nuevo orden, en que la operación no era la resolución inmediata de un gran conflicto vital, sino un medio terapéutico que, actuando en aparente salud, llevaba la curación o el consuelo a enfermos que, hasta pocos años antes, habían sido exclusivamente tributarios de la medicina.

El arte de curar no puede aprenderse ni enseñarse más que hasta cierto punto. Lo decisivo es la personalidad del médico, y ésta fué sin duda muy vigorosa, no ya solo para vencer las dificultades de la pristina orientación de la cirugía, sino hasta para crear una escuela en la que colaboraría otro cordobés de corazón, ya que nó de nacimiento: Don Joaquín Altolaquirre Reja.

Las precarias circunstancias en que se desenvolvió al comienzo su actividad quirúrgica, con un medio auxiliar que él tuvo que formarse, hablan por sí solos del temple de su voluntad.

De sus aficiones a la Astronomía que compartía con el llorado y eximio catedrático Don Rafael Vázquez Aroca, de las que tuvo a la Historia y más circunstancialmente a la de Córdoba, vosotros las conoceis mejor que yó.

Su asistencia a las sesiones de esta Academia remozaban su ánimo en ese día fin de semana, tan sabiamente dispuesto para empezar la siguiente después de este gratísimo paréntesis.

En el último día de su vida nos dió dos ejemplos de los que, con marcada insistencia, me recordaba a diario con amor paternal: uno, visitar generosamente aquella tarde a uno de sus primeros y más consecuentes enfermos; el otro, escribir una carta que nos demostró cómo practicaba el Padrenuestro perdonando de corazón las ofensas.

Después de muerto él, he acertado a comprender su predilección por estos versos, fiel espejo de su vida:

«Hemos de ser justos, hemos de ser buenos,
«hemos de embriagarnos de pan y de amor
«y llevar el alma siempre a flor de labio
«y desnudo y limpio nuestro corazón.

«Hemos de olvidarnos de todos los odios,
«de toda mentira, de toda ruindad;
«hemos de abrasarnos en el santo fuego
«de un amor inmenso, dulce y fraternal.

.....

Hemos de estar siempre gozosos, tal dijo
Pablo, el elegido, con divina voz,
y a través de todos los claros caminos
caminar llevando puesta el alma en Dios.

Enrique Luque

24 de Marzo de 1942.



DON EMILIO (1)

Otra vez, el dolor de Córdoba, angustiada porque la Muerte trunció planes suyos de madre gloriosa. Otro hijo dilectísimo, que escapa de sus brazos, para desposarse con la tierra y con la eternidad.

Ayer, fué un hombre dinámico, fuerte de carácter, enérgico de acción, que, supo aprestarse, de pronto, a dar a su ciudad, —encendido de amor patrio y de filiales fervores,— aquello que su ciudad venía pidiendo; y que, pocos o ninguno, acertaban a darle.

Hoy, es el que se va al viaje sin retorno, un cordobés dulzón, modesto y humilde, amable y tranquilo; un hombre que profesó y que ejerció al largo de unos cuarenta años, la ciencia del médico y el arte y la ciencia del cirujano, llevando su tarea, sin torcerse un instante por trayectoria recta, segura de aciertos, limpia de vanidades; un empleado público que encarnó y personificó «lo benéfico», enamorándose de su misión y prendándose de «su Hospital», pensando que la Sala era Capilla y el Quirófano Altar, para officiar allí, con fervor, cada día, haciendo oblación devota de actividades y talentos, de energías y recursos, de privaciones y sacrificios, de fortuna y reposo, de bienestar y de vida entera, porque amaba a la vieja Casa, fruto de los caudales expoliados de la herencia del Sr. Cardenal, —después de a Dios y a los suyos—, sobre todas las cosas.

Era, quien acaba de pagar con la muerte la deuda de haber nacido, espejo de caballeros, ejemplo de instruídos, modelo de cordobeses; pues que, en la honesta artesanía de su padre aprendió a ser honrado y laborioso; y en la tarea incesante halló, hasta el último día, gozo y descanso; y supo construir un hogar de delicia para trono de dichas —hasta ayer no quebradas—, con sólido cimiento en el amor de la esposa solícita y de las hijas amantísimas; y en las Letras encontró su recreo, y se sorbió, con refinado deleite de curioso lector, libros y libros, destilando de

(1) Para completar la biografía del Dr. Don Emilio Luque, insertamos este artículo del Cronista de la Ciudad, que vió la luz en la prensa diaria, a raíz del fallecimiento del ilustre médico, y al cual alude el sobrino del finado en el artículo anterior.

ellos esencias que perfumaron su envidiable cultura; y, como cautivado por el embrujo de esta tierra sin par, y buen sabedor de su pasado, aprendió a auscultar, como pocos, los latidos del corazón de Córdoba...

Este era Don Emilio.

Así, a secas, «Don Emilio»; que, en el andar de ocho lustros, viene bastando su nombre de pila, —con título de honor y dignidad antepuesto, como en lo antiguo se señalara a los mejores y más salientes de la prima nobleza—, para que una ciudad compuesta de un ciento de millares de almas, entienda, sin equivocaciones, el designativo cariñoso. Don Emilio, —no más que Don Emilio—, como se le invocaba cada día, haciendo de un nombre propio un rayo de esperanza, polarizado en la fe humana, para filtrarse por las mansiones del dolor, lo mismo en las estancias suntuosas que en las ringleras de camas de las Enfermerías, que en los tabucos donde los pobres esconden su miseria, y curar y sanar y consolar y animar. Don Emilio, el nombre prestigioso del experto médico, abreviado así por la popularidad, desligándolo de patronímicos innecesarios, como si en Córdoba no hubiese nadie que se llamara como él, como si en el mundo no cupiera temor de confusión; nombre que en fuerza de correr, cabalgando sobre la fama, pero también de familiarizarse en boca de los incultos, se tornó en «Don Imilio» por corrupción inconsciente en los diálogos callejeros de cabo de barrio.

¡Se ha muerto Don Emilio! era la fórmula de la mala nueva, que como el estampido de una catástrofe inesperada, corría hace unas horas por todos los ámbitos de Córdoba, y los teñía de la angustia de lo irremediable.

¿Qué significa la muerte inesperada del Doctor Don Emilio Luque Morata? Para los suyos, profunda desgracia con rigores que la religión únicamente podrá templar, a cambio de pruebas de virtuosa resignación.

Para la medicina cordobesa, brecha que no se puede cerrar, dechado de buenas obras, sobresalientes en el conjunto de brillantísima ejecutoria profesional. Un día, día de sinceridades esmaltadas de natiya humildad, escribió Luque en documento de tono solemne: «Mi único mérito, si es que tengo alguno, ha sido mi amor al trabajo, mi constancia en un esfuerzo que empecé en la escuela de párvulos y que durará hasta el último día de mi vida». Y se ha cumplido su vaticinio: hasta el último día de su vida, ha



DON EMILIO LUQUE MORATA

Doctor en Medicina y Cirugía

Nació y murió en Córdoba: 2 Marzo 1876 - 19 Febrero 1939

ejercido su sacerdocio médico y ha derrochado con sus enfermos carismas de bondad. «El trabajo alimenta mi alma», estampó más adelante, en el mismo mensaje que impresiona ahora mismo nuestra alma y nuestros ojos, y, con este pertrecho, cuarenta años atesorado, se ha ido por las rutas de lo Eterno en busca del que sabe mejor que nadie premiar merecimientos de laboriosidad. «Debo a Dios el haber tenido buenos padres, que me enseñaron a ser modesto y a portarme con la mayor caridad posible para con mi prójimo», consignaba igualmente en aquel examen de su vida interior, y, a la hora de ser juzgado, arriba, como abajo, bien se destacarán esas virtudes, modestia y amor a los demás, en el cristiano ejercicio de su profesión; y, aún, habrá de volverse entonces sobre el recuerdo de las tres epidemias que asolaron a Córdoba; que él abnegada, solícita y generosamente combatió, y, que, «respetaron su cuerpo al par que fortalecieron su espíritu y sus actividades», según frase que de su boca recogimos.

Para Córdoba, madre de ingenios, la pérdida del hijo que en el año de 1930, señaló predilecto, será daño irreparable. Era ante sus conciudadanos el hombre-símbolo, de inclinación a la Ciencia; era, la bondad misma y la comprensión hecha hombre. «Yo no odio a nadie». «Yo no recuerdo ofensa de persona alguna»... dejó afirmado una vez, bajo los puntos de su pluma. Y otra vez, en una auto-crítica se le escaparon férvidas renunciaciones en un rasgo de humildad: «...lo que yo sea hoy, o pueda ser mañana; lo que yo pueda valer, no lo soy ni lo valgo yo, que es mi condición de cordobés; la sangre cordobesa que riega mi vida, la que me mueve y la que me inspira». Cordobés que así habla y que piensa y que siente de este modo, merecerá perennemente el ósculo de gratitud amorosa de su madre ciudad,

Para la docta Academia centenaria, también será dolor acerbo tachar el nombre del Doctor Luque Morata de la nómina de sus miembros numerarios actuales.

Quería él tanto a la vieja institución, que parece como si su asistencia a las tareas del sábado último, cuando ofrecía generoso, a elección, cuatro temas para desarrollarlos en conferencias sucesivas y articuladas, quisiera dar alcance de despedida eterna a la dádiva riquísima que prometía entregar. Ya nos había anticipado a nosotros privadamente, y horas antes, los términos de la opción: ¿Habría del tema histórico relacionado con su amadísimo Hospital? ¿Trataría del «derecho a la vida»? ¿Nos agradaba más un

estudio moderno acerca de la «función cerebral»? ¿Preferíamos que vulgarizara ante nosotros el epígrafe «Vitaminas»? Recuerdo felicísimo será para quien esto escribe, de aquí a siempre, el de aquella entrevista final al ritmo de un paseo de placer, —en la compañía de su hermano espiritual Manuel Villegas, del médico que con Luque hizo a principios de siglo un renuevo de la Cirugía—, paseo que remató, como tantas otras veces, ante el atril ancho, largo y abierto del patio acogedor de una Librería, eligiendo cada cual libros nuevos y haciéndonos Don Emilio el gran honor de consultarnos cuál sería la mejor obra para conocer cumplidamente la recia silueta española del portaestandarte de la Contra Reforma, de Iñigo de Loyola: y la gran merced de una confianza; el gran bien sentido en el alma por el amigo que nos hablaba, paladeando, regustando, las exquisiteces recogidas de volúmenes recién leídos, acerca de la sin par figura de Jesús, con ocasión de que nuestras manos hojeaban nuevas obras, sobre el mismo asunto, que, a la vista de los dos se nos ofrecían.

Para sus amigos menores, los que respetándolo como a los sabios y a los expertos es obligado respetar, le tratábamos con la confianza que inspira un niño; que, de niño era su sencillez y el candor de algunas de sus preguntas, y el gesto de su risa tímida, y el timbre de su voz; para los que en su afecto y en su acogimiento y en su palabra amable, hallábamos deleite, Luque, Don Emilio, será una enseñanza viva, por lo que tenía de cordobés cristiano y caballero. Este ha sido el último matiz que puede recogerse de su vida aprovechada: Su postrera noche, y en ella su postrer mirada; el destello último de sus aficiones, guarda una gran lección. Cuando el sueño iba cerrando sus párpados, horas antes del tránsito inadvertido desde esta vida a la otra, su última actividad ha sido de cordobés y de cristiano: leer en el Calendario de la Iglesia cordubense la pauta para la misa del día siguiente. Después de dejado el libro, se entornaron los ojos y ya no se abrieron hasta que los hirió vivamente la eterna luz y claridad de la Gloria.

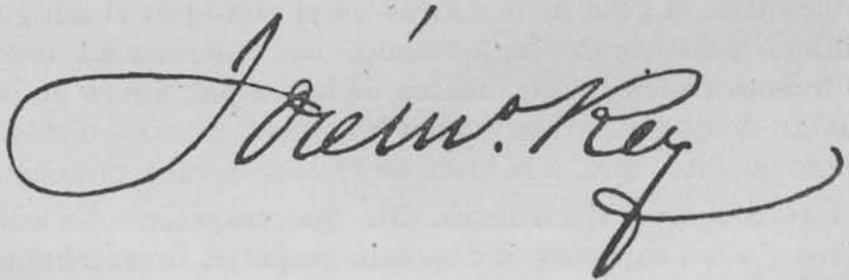
.....

Ignoramos, a estas horas, lo que podrá discurrir la Diputación Excelentísima para que la sombra y el dulce recuerdo de Don Emilio Luque, sean retenidos junto a los lechos del Hospital Real, «Calvario» de sus esfuerzos y trabajos; pero también «Tabor» de

su ascensión a las regiones de la superioridad profesional. No sabemos aún, la señal de dolor que dará la Academia, huérfana de su prestigio y de su nombre.

Tampoco se nos alcanza la orientación del homenaje, que legiones de amigos agradecidos y admiradores deberán rendir a su memoria grata. Ahora son oraciones, las mejores ofrendas que debemos brindarle.

Y, creer fervientemente, que la Virgen de la Fuensanta cordobesa, bajó ayer de su Trono, aureolado de tradición, a recoger su espíritu sano, para conducirlo de su santa mano a la presencia del Altísimo.

A handwritten signature in cursive script, reading "José María Rey". The signature is written in dark ink on a light-colored background. The letters are fluid and connected, with a prominent flourish at the end of the word "Rey".

Datos inéditos sobre la Restauración del Mihrab de la Mezquita de Córdoba

Al Excmo. e Illmo. Sr. Obispo y Cabildo
en testimonio de respeto y veneración.
Por Rafael Aguilar Priego.

Córdoba, que durante la dominación arábiga había llegado al mayor grado de su apogeo en las actividades culturales de todo orden, no podía por menos de mostrar arrogante y soberbia, un inusitado desarrollo en las Bellas Artes, dejando en ella una muestra sorprendente de belleza y encanto, que en unión de otros monumentos, hicieran de la misma la ciudad más importante de España, solo comparable con la corte de Bagdad; tal era su esplendor en palacios y construcciones.

De todos ellos, la Mezquita única, descuella con fulgores de hermosa perla arquitectónica; de muestra ingente del Arte; de quimérica combinación de motivos, ya de flora esquemática, ya geométricos, formando un apretado haz con las Matemáticas y otras ciencias para llegar a constituir auxiliares eficacísimos de cultura religiosa, fin a que estaba destinado el edificio.

Con ser hermoso y bello todo cuanto encierra el sin igual monumento, nada se encuentra comparable con el vestíbulo e interior del Mihrab. En este lugar parecen haberse dado cita cuanto de espléndido, magestuoso y exquisito existe, que combinado sabiamente por inteligencias preclaras y manejado con singular maestría por manos diestras, legaron a futuros siglos la más bella pieza que imaginarse pueda, formando con el resto del edificio el más grande monumento que los musulmanes alzarán en nuestra Patria, orgullo de Córdoba y del Arte, gloria de la humanidad y evocador perenne de la grandeza y esplendor de uno de los períodos cumbres de la historia de los pueblos.

Los primeros pasos que el Califa Alhaken II da a su subida al trono, van encaminados a hermopear, embellecer y ampliar la Aljama cordobesa. En 961 comienza la obra, que al par de llenar el último fin indicado, había de legarnos la sutileza y hechizo de sus mil afiligranadas labores, que hacen arrancar a los más ilustres historiadores y escritores de todos los tiempos, cantos y alabanzas dignas de recordación. Uno de ellos, Don Pedro de Madrazo, la ensalza en estos términos: «Obras de este género en ninguna parte se construían más que en Córdoba: nunca cristianos ni musulmes, habían visto creaciones artísticas semejantes; así que unos y otros contemplaban absortos el Mihrab y sus mosaicos cuajados de cinabrio, lapislázuli y oro, el vestíbulo y sus tres elegantes

cúpulas lanzadas gallardamente al espacio, el dombo principal reverberante y deslumbrador suspendido en el aire sobre un sutil anillo de puntas, la nueva macsurah y su soberbia talla, las encintadas arquerías de los dos recintos coronados de cimborios, las puertas de oro, la nave de tracería dorada, el mimbar de maderas aromáticas. Todos confesaban que ni en Constantinopla, ni en Damasco, ni en Aquisgran había maravillas semejantes».

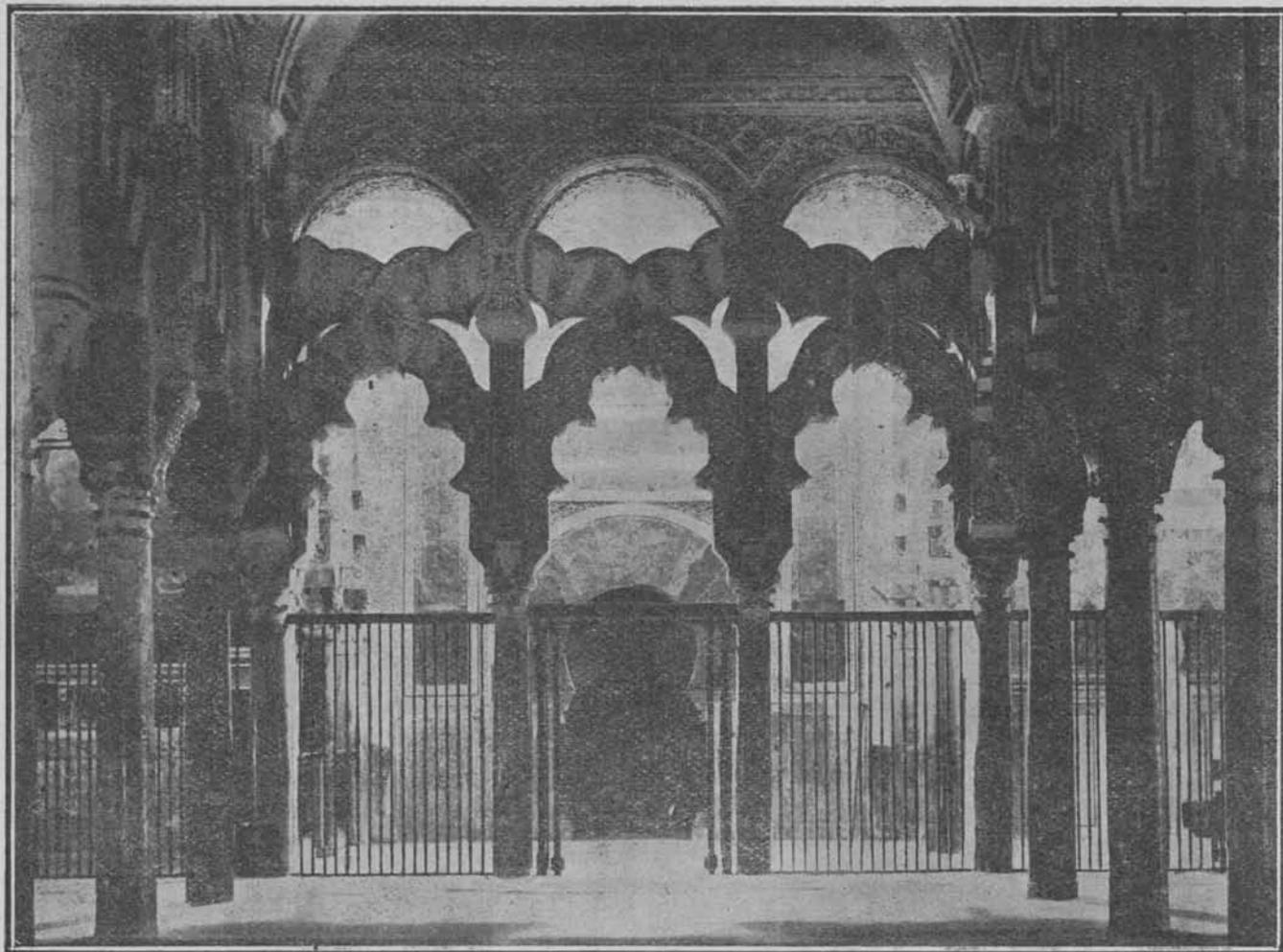
Los años van transcurriendo; el maravilloso recinto convirtiéndose después de la Reconquista en Capilla cristiana bajo la advocación de San Pedro; y este hecho había de producir necesariamente alteraciones y acaso mutilaciones para acomodarlo al nuevo empleo que se le daba; el abandono de sus patronos los Condes de Alcaudete y la acción demoledora del tiempo, harían sentir sobre sus elementos la desgarradora sombra de la destrucción.

Parte tan principal del edificio no debía sucumbir, y entendiéndolo así el Ilustre Cabildo de la Iglesia, determina su restauración, hecha en 1772 por el Arquitecto francés Don Baltasar Devretón, ascendiendo el costo de la obra a 24.000 reales. Por haber sido esta restauración objeto de un documentado trabajo publicado por nuestro admirado amigo Don Enrique Romero de Torres en el «Diario de Córdoba» en Noviembre de 1935, nos releva el dar detalles de la misma.

Pocos años más tarde, en 1815, sufre esta parte de la Mezquita una nueva restauración, sin que a pesar de ser cosa reciente sepamos el motivo de ella, pues nada se encuentra en los libros capitulares sobre el particular, pues si bien es verdad que a 12 de Julio de 1816 encontramos que el señor Racionero D. Pedro García celó «que se había vuelto a introducir el abuso de trabajar con estrépito de golpes en la Iglesia durante los Oficios divinos, hasta el extremo de no parar al tiempo de la Consagración ni quitarse los trabajadores los «pañuelos de las cabezas apesar de que en su vista se ponían los señores Capitulares de rodillas y se descubrían», por lo cual solicitó y obtuvo, se parase todo trabajo estrepitoso durante la celebración del culto. Esto bien puede referirse a la restauración de que vamos a tratar, o también a los trabajos de pavimentación que por entonces se empezaron por las naves del crucero. Solo las cuentas de fábrica suministran algunas noticias, escasas ciertamente, pero suficientes para aportar nuevos datos a la historia todavía inédita del incomparable y nunca bien alabado monumento digno de la atención de todos los cordobeses.

Por disposición del Ilmo. Sr. D. Pedro Antonio de Trevilla, Obispo de esta ciudad, fué desmontado el retablo que cubría la entrada del Mihrab, lo que dió lugar al descubrimiento de la bella portada y al deterioro que la misma había sufrido en el andar del tiempo. Considerando la importancia de lo descubierto y previo el asesoramiento necesario, determinóse la inmediata restauración de lo hallado para salvar de la ruina lo poco que quedaba. Había sido tal, que escaso era lo primitivo que existía. En cuanto al mosaico famoso, poco se conservaba, y es el que hoy admiramos, pues el renovado no es mosaico, sino una suplantación ingeniosa y original, ejecutada perfectamente, como indicaré en la recapitulación de estas notas.

Frente del Mihrab, con las verjas que lo cierran hasta la altura de los capiteles, como estuvo hasta hace años. Nótese en esta fotografía, como en todas las siguientes, la neta separación que se advierte en el arco del Mihrab, por reflejo de la luz, entre las dovelas inferiores restauradas, de cuya obra se trata en el presente artículo, y las centrales sin restaurar.



Problema arduo sería la busca de persona idónea para llevarla a cabo con la precisión y delicadeza que la obra requería. Se hallaba a la sazón al servicio de la Iglesia el afinador de órganos Don Patricio Furriel, hombre que ya había demostrado sus raras habilidades en otras clases de trabajos, y considerando el Cabildo por otra parte su amor a las antigüedades, él fué el elegido para llevar a feliz término una obra que necesitaba toda clase de recursos para su ejecución.

No sabemos por qué se dá la fecha del 22 de Enero de 1816 como inicial de la obra, cuando la primera noticia arranca del 8 de Julio de 1815, pues debe tenerse presente que la renovación no se redujo solo y exclusivamente al mosaico, sino que alcanzó a toda la singular pieza y con una envergadura muy superior a la realizada por Devretón. De ello dan idea las partidas que suministran las cuentas de Fábrica y que iremos enumerando por su orden cronológico para la mejor inteligencia de estos apuntes y con el deseo de que personas autorizadas puedan a su vista confeccionar un trabajo documental, importantísimo a nuestro juicio, que echaría por tierra tantas conjeturas y suposiciones que sobre este recinto se han hecho y hacen sin más fundamento que la exaltada imaginación de sus autores.

La primera que aparece dice así:

«Razón de los jornales y demás gastos que se han ocurrido en la obra de cantería que se está haciendo en la capilla del Zancarrón o Alcorán, desde el día 8 de Julio hasta el 19 de Agosto del presente año de 1815.

Juan de Mendizabal 19 días a 20 reales	380
Ignacio de Pan » » » »	380
Por el valor de dos trozos de piedra de jaspe que se compró para dos columnitas	230
Por la conducción de dichas piedras al taller ...	9

	998

Cuyas partidas importan la cantidad de novecientos y noventa y ocho reales de vellón.—Esteban de Alegría».

Hasta tanto no aparezca documento que acredite lo contrario, sustentamos por nuestra parte esta fecha como inicial de esta importante restauración, importancia que se irá acrecentando a medida que se conozcan las partidas posteriores. En esta ya se nota un dato bastante curioso, cual es la compra de los trozos de jaspe para *dos columnitas*, quedando la incógnita de su lugar, pues tanto puede ser en el vestíbulo como en el interior del Mihrab. Siempre se tropieza, desgraciadamente, con esta indeterminación de datos, que de ser más concretos llegaríamos al conocimiento de algo sensacional y que dejaría al descubierto tantos y tantos puntos que se relacionan con este insigne y legendario monumento; y que con su conocimiento podría formarse la historia del edificio de manera más clara y terminante de cuantas hoy existen.

Todos pasan por alto, a lo sumo reseñan brevemente esta renovación en

nuestra ciudad, y más señaladamente para la narración cálida del pasado de este soberano monumento, que cobija con sus múltiples arcadas la historia imperecedera de Córdoba, digna por todos conceptos del amor de todos sus hijos.

Aparece ya en esta partida el nombre de Don Nicolás Duroni, a la sazón Maestro Mayor de la Fábrica, es decir, que la dirección técnica de la obra no está en manos inespertas, sino en persona de reconocida solvencia y apta para el desempeño de esta delicada misión.

La partida primera, fechada en Septiembre, dice: «Razón de los jornales y demás gastos que sean ocurrido en la obra de cantería que se está aciendo en la Capilla del Zancarrón, desde el día 4 de setiembre asta el 7 de dicho mes del presente.

Juan de Mendizabal 3 días a 20 reales	60
Ignacio de Aguirre » » » »	60
El coste de la sierra de piedra	96
La columnita negra y conducción	25
	241

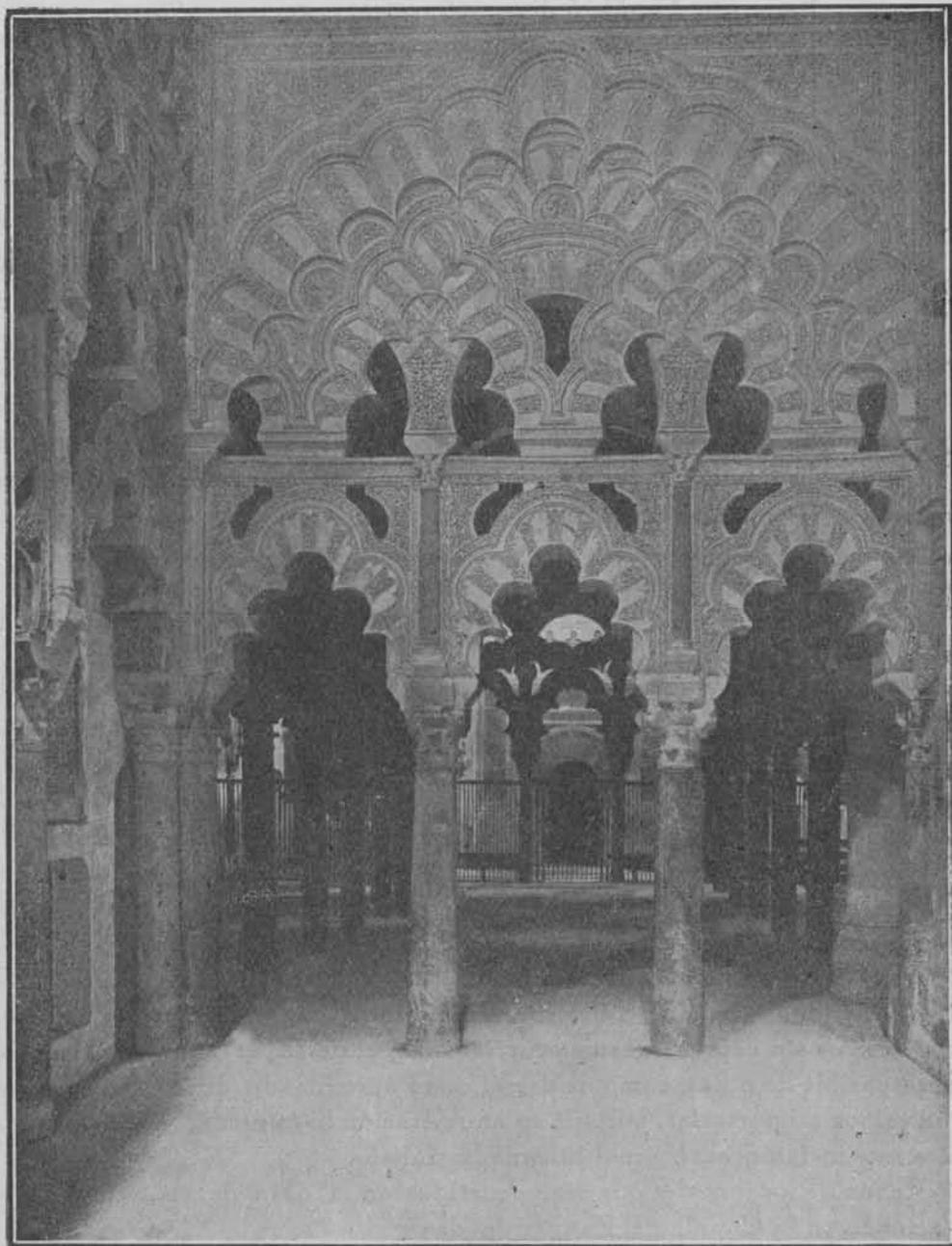
Cuyas partidas importan la cantidad de doscientos cuarenta y un reales que e recibido de Dn Nicolas Duroni—Cordoba 9 de setiembre 1.815—Esteban de Alegria.

Nótase en esta partida una nueva columnita negra, que como las indicadas anteriormente, ignoramos el lugar de su colocación de manera fehaciente, aunque no sería aventurado suponer sea alguna de las que decoran la bóveda del vestíbulo, ya que las correspondientes a los seis arcos lobulados del interior del Mihrab son todas de color rojo o encarnado. Que no fué solo las columnas, sino incluso las basas o pedestales; las que fueron renovadas nos lo demuestra la segunda cuenta de Septiembre del tenor siguiente: «Razón de los jornales y demás gastos que sean ocurrido en la obra de cantería que se está haciendo en la Capilla del Zancarrón desde el día 7 de setiembre asta el 30 del mismo mes del presente año.

Ignacio Aguirre un día a 20 reales	20
Juan de Mendizabal un día y medio	30
Pedro Serrano un día a 16	16
Bernardo Alcaide 4 días a 16	64
Ignacio Aguirre un pedestal adestajo	460
Juan Mendizabal iden iden	460
Pedro Serrano iden iden	460
Aguzaduras de Erramientas	25
	1.535

Cuyas partidas importan la cantidad de mil quinientos treinta i cinco reales, los que he recibido de Don Nicolas Duroni.—Cordoba 30 de setiembre de 1.815—Esteban de Alegria».

La correspondiente desde el 2 de Octubre al 7 del mismo mes y año, importa 137 reales, y en ella solo se especifican jornales. La siguiente dice: «Razón



Vista lejana del fondo de la nave del Mihrab desde la capilla de Villaviciosa.

de los jornales y demas gastos que sean ocurrido en la obra de canteria que se esta aciendo en la Capilla del Zancarrón desde el día 9 de octubre asta el 14 de dicho mes del presente año.

Juan de Mendizabal 5 días a 20 reales.....	100
Ignacio de Aguirre » » »	100
Pedro Serrano 4 1/2 días a 16 reales	72
Bernardo Alcaide 6 días a 16 reales.....	96
Juan de Mendizabal un pedestal adestajo....	460
Ignacio de Aguirre otro	460
Pedro Serrano otro	460
Aguzaduras de Erramientas	11
	—
	1.759

Cuyas partidas importan la cantidad de mil setecientos cincuenta i nueve reales, los que errecibido de D. Nicolas Duroni. — Cordoba 14 de Octubre de 1.815 — Esteban de Alegria».

Nos dá a conocer esta cuenta la labra de otros tres pedestales para otras tantas columnas que carecían de él. Pudiera parecer al pronto pueril señalar estas partidas en la anterior liquidación, pero a poco que se vayan hojeando estas notas se llegará al convencimiento que no carecen de fundamento estas pesadas e inoportunas llamadas, ellas son hijas del vehemente deseo de llamar la atención sobre estas cosas al parecer insignificantes, pero que a la larga darán mejor idea de la importancia de esta restauración tan desconocida como poco estimada, y que creemos merece la atención de los inteligentes y el estudio de los eruditos.

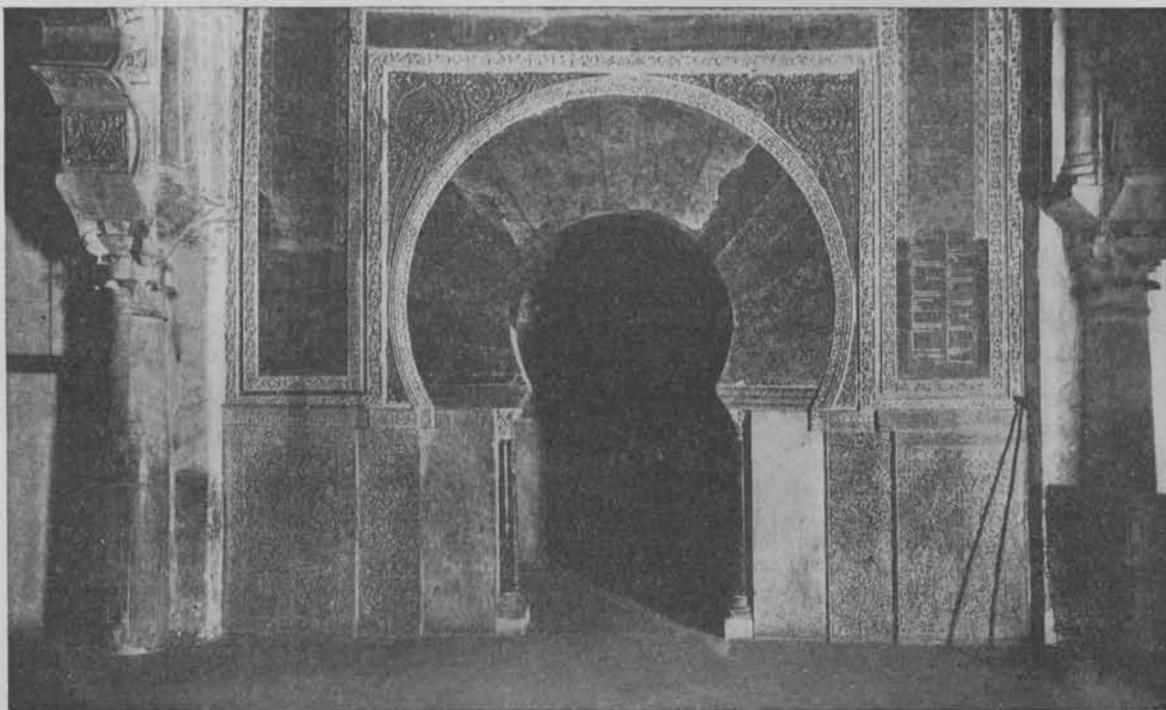
Quizás obras de esta envergadura se hayan llevado a cabo en el resto de la Mezquita sin que no sea dado el descubrirlas o determinarlas, o lo más probable es que pasen desapercibidas; pero esta que nos ocupa, por afectar a la parte primordial del edificio, no puede caer en el olvido. Por lo que es de extrañar esa frialdad, y desde que se nota en nuestros historiadores al hablar de esta renovación, primeramente refiriéndose solo al mosaico y callando el resto, y en segundo lugar el calificativo de *torpe* que dan a la misma. No compartimos este criterio de opiniones tan autorizadas, pues a nuestro modesto entender no hay nada más lejos de la realidad.

A partir de la fecha del 14 de Octubre, solo se hace mención del importe de los jornales sin detallar gastos ocurridos. En el deseo de aportar el mayor número posible de notas, como de dar el costo aproximado de la obra, es por lo que vamos a insertarlas, aunque su enumeración haga pesada y de monótona lectura este insignificante y mal hilvanado trabajo.

«Razón de los jornales que sean ocurridos en la obra de cantería que se está haciendo en la Capilla del Zancarrón desde

el dia 16 de Octubre asta el 31 de dicho mes.....	440 reales.
Iden iden desde al 23 al 28 de Octubre	423 »
Iden iden desde el 30 de Octubre al 4 de Noviembre	267 »
Iden iden desde el 6 al 12 de Noviembre	248 »
Iden iden desde el 13 al 18 de Noviembre	263 »

Iden iden desde el 20 al 26 de Noviembre.....	245 reales.
Iden iden desde el 27 de Noviembre al 2 de Diciembre.....	269 »
Iden iden desde el 4 al 9 de Diciembre.....	209 »
Iden iden desde el 11 al 16 de Diciembre.....	251 »
Iden iden desde el 18 al 23 de Diciembre.....	404 »
Iden iden desde el 27 al 30 de Diciembre.....	231 »
Iden iden desde el 2 al 5 de Enero de 1.816.....	236 »
Iden iden desde el 8 al 15 de Enero de ».....	364 »
Iden iden desde el 22 al 27 de Enero de ».....	178 »
Iden iden desde el 29 al 3 de Febrero de ».....	209 »
Iden iden desde el 5 al 10 de Febrero de ».....	269 »



Frente del Mihrab con igual efecto de reflejo ensombrecido en las partes restauradas.

Todas estas cuentas que llevamos reseñadas se hallan firmadas por Esteban de Alegria. Las siguientes lo son unas por Alegria y otras por Juan Ruiz. Antes de pasar adelante no queremos dejar de transcribir un recibo que por su contenido ha de llamar poderosamente la atención, y que en unión de otras cuentas que en su lugar se insertarán, corroboran de manera plena el descubrimiento hecho por mi señor padre, hace años, de pinturas en el intrados de algunos arcos de los que dan luz al vestíbulo del Mihrab; por ser estos de reducidas dimensiones, no es posible que a ellos solos se refieran las cuentas de la pintura. En la recopilación se encontrará determinado este punto.

Puede parecer a primera vista que la transcripción de estas notas se efectúa

sin orden ni concierto, pero ello es debido, a parte de nuestra impericia, a la norma que desde un principio nos trazamos, es decir, mostrar los documentos por un riguroso orden cronológico; esta es la razón del recibo que precede. Dice así: «Quenta del Gasto que se ha haciendo en la capilla del Alcoran en la Catedral de esta Ciudad, por orden del Sr. Obrero, desde el día 25 de Enero del presente año de 1.816 asta el día de la fecha sean gastados en oro, colores y trabajo, quatrocientos treinta y tres reales—Cordoba 10 de Febrero de 1.816—Juan Ruiz.»

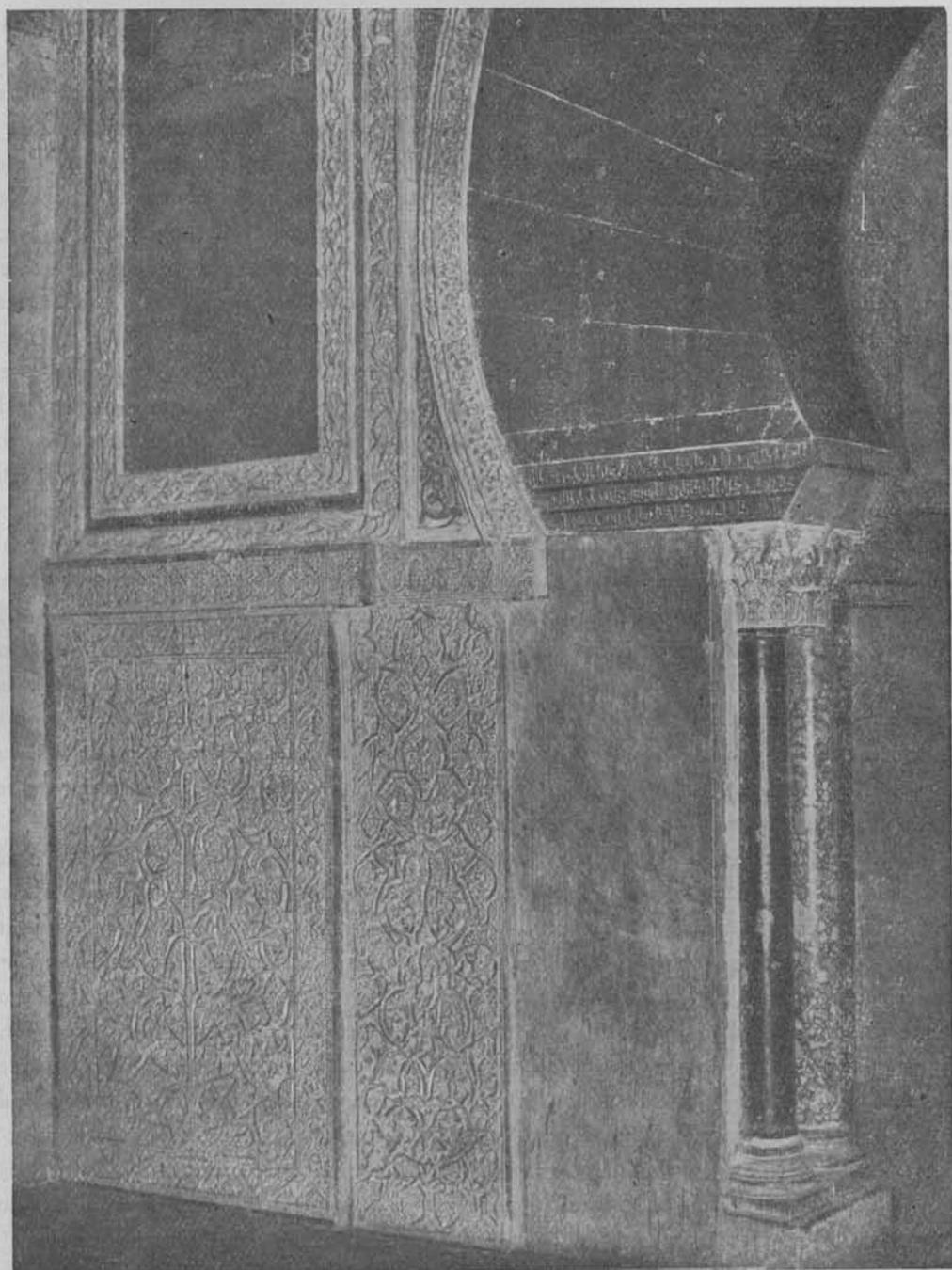
El conocimiento de este recibo hubiera causado verdadero asombro y estupor, que se acrecentarán cuando demos a conocer las cuentas de la obra de pintura, que junto con la de cantería, mosaico y yesería, hacen que adquiera esta restauración límites insospechados. Por cuyo motivo insistimos una vez más en la necesidad de un estudio a fondo para darnos un historial completo y documentado de este sitio que ha merecido, merece y merecerá la atención de la humanidad culta y el cariño y respeto de todos cuantos apartados de estas arduas cuestiones ven en él algo único e incomparable que con solo mirarlo cautiva y embelesa. No es de extrañar pues, que todos los cordobeses sintamos orgullo de poseerlo, sin olvidar el sagrado deber que nos incumbe de conservarlo, juntamente con el resto del edificio, para legarlo a futuras generaciones como herencia inestimable que recibimos de nuestros padres.

En las cuentas siguientes marchan al unísono las partidas de Alegría y Ruiz, sin que nos sea posible determinar si las de este último corresponden a pintura o a otros menesteres; toda vez a finales de 1.817 y principios del 18, aparece el importe de la obra de pintura realizada. Hecha esta advertencia, prosigamos la inserción de cuentas.

Cuenta de Alegría desde el 12 al 17 de Febrero de 1.816	
Importo.....	226 reales
Iden iden de Ruiz iden iden iden.....	184 reales
Iden iden de Alegría de el 19 al 24 iden.....	249 reales
Iden de Ruiz de 19 al 24 de iden.....	138 reales
Iden de Ruiz fechada en 2 de Marzo.....	206 reales
Iden de Ruiz » en 9 de Marzo.....	205 reales
Iden de Ruiz fechada en 16 de Marzo de iden...	116 reales
Iden de Alegría fechada en 1.º de Marzo de iden.	188 reales
Iden de Ruiz fechada en 23 de Marzo de iden...	115 reales
Iden de Alegría fechada en 30 de Marzo de iden.	279 reales
Iden de Ruiz fechada en 30 de Marzo de iden...	385 reales
Iden de Alegría fechada en 6 de Abril de iden...	299 reales
Iden de Ruiz fechada en 6 de Abril de iden.....	169 reales
Iden de Alegría fechada en 13 de Abril de iden..	95 reales
Iden de Alegría fechada en 20 de Abril de iden..	139 reales

A continuación se halla el siguiente recibo: «Recivi por mano de D. Juan de Niebes, Beedor de la Fabrica de esta Santa Iglesia, dos mil reales vellón por

cuenta de la obra de Yeso que tengo echa en la Capilla del Alcorán de esta Sta. Iglesia, y por no saber firmar Luis Agustín lo Ace por el Miguel de Luque Cap.ⁿ de Beintena de esta Sta. Iglesia - Miguel de Luque - son // 2.000 re. Vⁿ //».



Detalle de un lateral bajo del Mihrab.

Por carecer de fecha el anterior recibo, no sabemos si corresponde al año 16, del que vamos ocupándonos, pero por encontrarse en este lugar en las cuen-

tas de la Fábrica, es por lo que hemos creído oportuno transcribirla tal y como nos la encontramos. Mas que estas circunstancias, hace precioso su hallazgo el hecho de confirmar la obra de yesería por algunos dudada y que de por sí viene a atestiguar una vez más lo que llevamos ya dicho sobre la importancia de esta renovación, que va acentuándose por sí misma a medida que surgen las notas.

Siguen al recibo mencionado una cuenta de Ruiz, su fecha 20 de Abril de 1.816, que importó 112 reales; otra de Alegría del 27, su valor 162 reales, y otra de Ruiz de igual fecha, su cuantía 142 reales. Todas corresponden a jornales.

Intercalado entre las partidas antecedentes y precedentes, nos encontramos con el recibo que sigue: «Recibí del Sr. D. Juan de Niebes, Beedor de la fábrica de esta Santa Iglesia; novecientos reales Vⁿ importe de la obra de Yeso que tengo trabajada para la Capilla del Sancarrón, y por ser verdad lo firmo en Cordoba 4 de Mayo de 1.816.—Luis Agustín—Son // 900 Reales Vⁿ // (figuritas de yeso).»

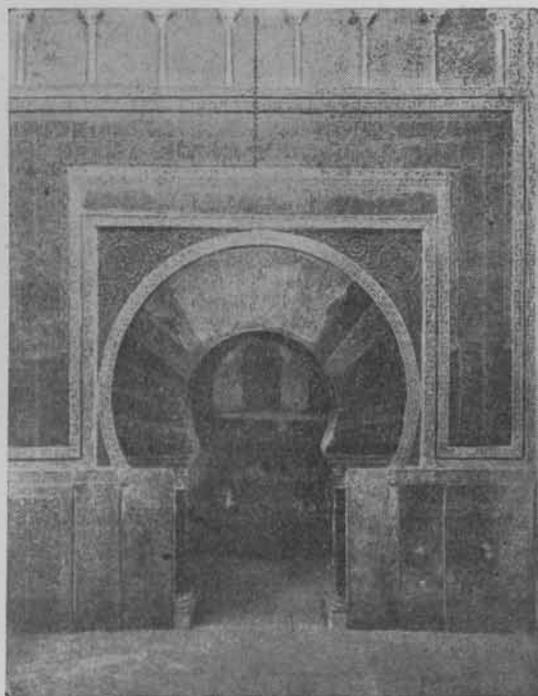
Con ser interesante y curioso todo lo que llevamos apuntado, hay algo en este recibo, aparte de su importancia como tal, que llama poderosamente la atención, y es el encontrar entre paréntesis las palabras «figuritas de yeso». Una y mil veces hemos visto cuidadosamente todos los adornos de yeso que decoran este lugar, sin que por ello hayamos encontrado nada que se relacione con estas palabras. Por otra parte no es presumible que a las labores que realizan esta decoración se les diera tal denominación, y por otra parte está fuera de duda que el recibo mencionado corresponde a esta restauración, pues así lo acredita al mencionar terminantemente «para la Capilla del Sancarrón». Podría argüirse, o bien atribuirse al capricho del firmante; por nuestra parte no creemos semejante suposición, ya que en cuantos libros y documentos que hemos visto y revisado carecen de indicios por los cuales pueda pensarse tal hecho. Por tanto no tenemos más remedio por ahora que contentarnos con ello, hasta que personas competentes descorran el velo del misterio.

Quien con atención vaya siguiendo el curso de este trabajo, habrá notado ya la falta de noticias sobre la restauración del mosaico que se dice empezó en Enero del 1.816, pero hasta la presente nada se encuentra relacionado con este punto, pues las cuentas que de tal hablan o a él hacen referencia, corresponden a años posteriores. El caso es extraño y curioso, pues parecería natural que se fueran presentando las cuentas a medida que la obra se hacía y no en fecha lejana, pero como todo lo que hace referencia a esta maravillosa pieza parece rodeado de leyenda y de soñadora historia, un caso más, no viene nada más que a aumentar el confusionismo y la desorientación que se observa, nacida, a nuestra insignificante opinión, de la falta de un estudio concienzudo y prolijo de este insigne monumento, que no perdonará a los que a ello son obligados esta falta que pesa como losa sepulcral sobre todas las bibliotecas públicas y privadas. Por esta razón, cuando cualquiera eleva la voz para decir alguna cosa que se relacione con el edificio, bien sea español o extranjero, suena generalmente como algo que suena de ultratumba, y que por lo tanto asusta y asombra, y sin embargo no asusta y asombra la despreocupación y abandono con

que son miradas todas sus cosas. Bien sabido es las veces que sobre ello se ha hablado y las voces autorizadas que se han alzado en demanda de este fin, por lo que sería necia presunción por mi parte el pensar ni remotamente que la mía pudiera encontrar eco.

Cierto que nos hemos apartado un poco del camino trazado, pero vuestra benevolencia sabrá perdonarlo; y así volvamos al camino de nuestra tarea.

Cuenta de Ruiz fechada en 4 de Mayo de 1.816 importo	248 reales
Cuenta de Alegria fechada en 4 de Mayo de 1.816 importo	246 »
Cuenta de Ruiz de 11 de Mayo de 1.816 importe	296 reales
Cuenta de Alegria de 11 de Mayo de 1.816 importe	119 reales
Cuenta de Ruiz de 18 de Mayo de 1.816 importe	106 reales



Otra vista del frente del Mihrab, siempre con igual efecto de reflejos que diferencian lo restaurado del original.

Cuenta de Ruiz	fechada 25 de Mayo	de 1.816 importe	304 reales
» » Ruiz	» 1 de Junio	» »	162 »
» » Ruiz	» 8 de Junio	» »	167 »
» » Ruiz	» 29 de Junio	» »	166 »
» » Ruiz	» 6 de Julio	» »	182 »
» » Ruiz	» 13 de Julio	» »	228 »
» » Alegria	» 13 de Julio	» »	455 »
« » Alegria	» 20 de Julio	» »	638 »
» » Alegria	» 27 de Julio	» »	324 »

Cuenta de Ruiz fechada	27 de Julio	de 1.816	importó	323 reales
» » Ruiz	» 3 de Agosto	»	»	162 »
» » Alegría	» 3 de Agosto	»	»	373 »
» » Alegría	» 10 de Agosto	»	»	263 »
» » Alegría	» 16 de Agosto	»	»	290 »
» » Alegría	» 24 de Agosto	»	»	399 »
» » Alegría	» 31 de Agosto	»	»	93 »
» » Alegría	» 7 de Septiembre	»	»	207 »
» » Alegría	» 14 de Septiembre	»	»	723 »
» » Alegría	» 21 de Septiembre	»	»	468 »

En esta fecha queda interrumpida la relación de cuentas, apareciendo la siguiente con fecha 28 de Octubre, firmada por Alegría, que importó 89 reales. De esta salta a Diciembre en que ya vuelve a aparecer la relación que seguidamente transcribimos.

Cuenta de Alegría su fecha	7 de Diciembre	1.816	importó....	200 reales
Cuenta de Alegría su fecha	21 de Diciembre	»	»	481 reales
Cuenta de Alegría su fecha	28 de Septiembre	»	»	77 reales
Cuenta de Alegría su fecha	4 de Enero de	1.817	»	90 reales
Cuenta de Alegría su fecha	11 de Enero	»	»	124 reales
Cuenta de Alegría su fecha	18 de Enero	»	»	352 reales
Cuenta de Alegría su fecha	1 de Febrero	»	»	528 reales
Cuenta de Alegría su fecha	el 8 de Febrero	»	»	105 reales
Cuenta de Alegría su fecha	de 15 de Febrero	»	»	97 reales
Cuenta de Alegría su fecha	19 de Febrero	»	»	155 reales
Cuenta de Alegría su fecha	8 de Marzo	»	»	445 reales
Cuenta de Alegría su fecha	15 de Marzo	»	»	257 reales
Cuenta de Alegría su fecha	22 de Marzo	»	»	252 reales
Cuenta de Alegría su fecha	29 de Marzo	»	»	208 reales
Cuenta de Alegría su fecha	12 de Abril	»	»	375 reales
Cuenta de Alegría su fecha	10 de Mayo	»	»	407 reales
Cuenta de Alegría su fecha	24 de Mayo	»	»	51 reales

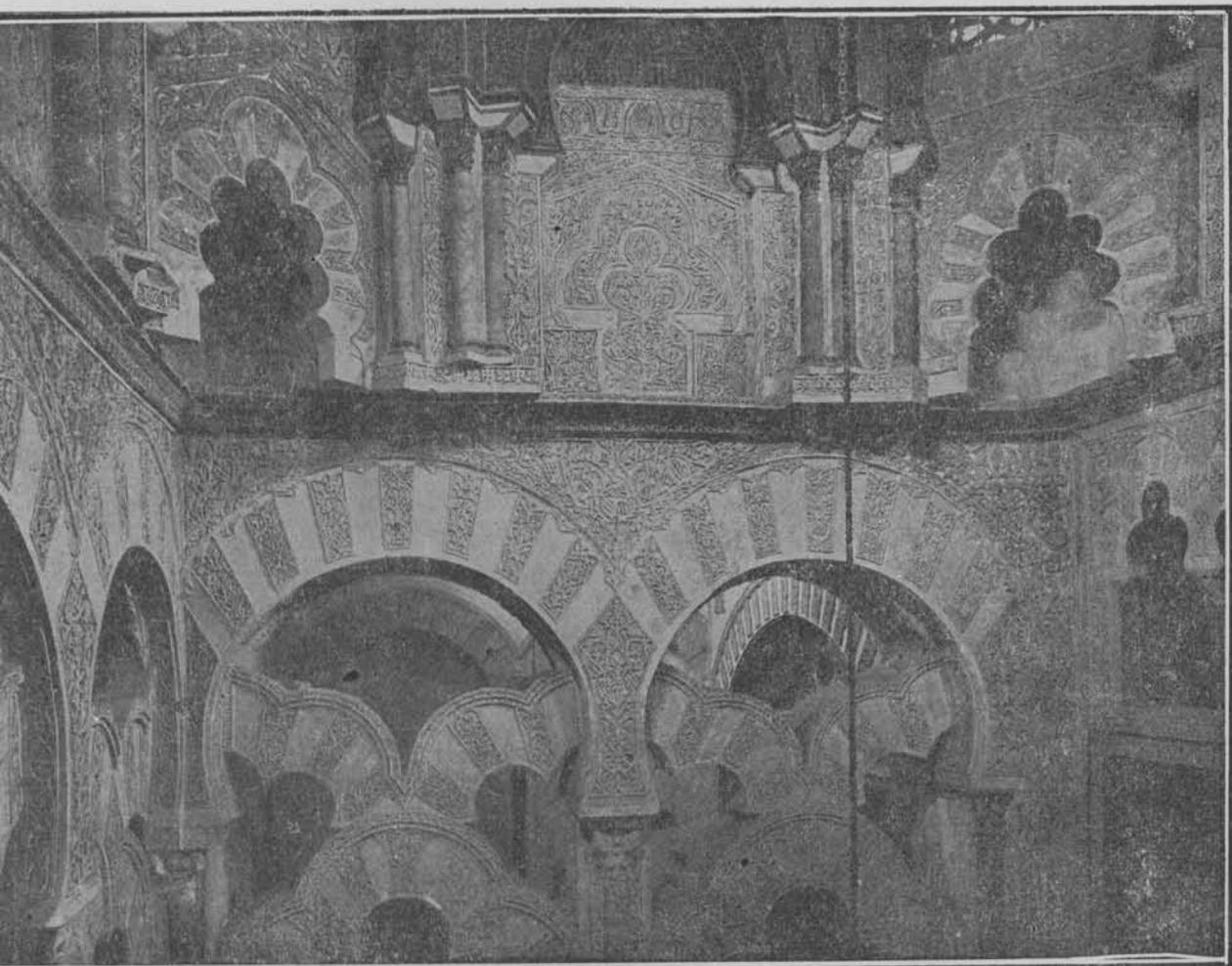
Viene a continuación otra relación de Juan Ruiz, que es como sigue:

Cuenta de Ruiz fechada en	11 de Octubre	de 1.817	importó .	290 reales
Cuenta de Ruiz fechada en	18 de Octubre	»	» .	280 reales
Cuenta de Ruiz fechada en	25 de Octubre	»	» .	171 reales
Cuenta de Ruiz fechada en	31 de Octubre	»	» .	250 reales
Cuenta de Ruiz fechada en	8 de Noviembre	»	» .	320 reales
Cuenta de Ruiz fechada en	15 de Noviembre	»	» .	399 reales
Cuenta de Ruiz fechada en	22 de Noviembre	»	» .	391 reales
Cuenta de Ruiz fechada en	29 de Noviembre	»	» .	313 reales
Cuenta de Ruiz fechada en	6 de Diciembre	»	» .	345 reales

Estas dos relaciones son las últimas que aparecen de jornales invertidos en

la obra; las siguientes y los recibos que se irán insertando, determinan claramente su fin y objetos especiales.

Conocidas las cuentas antecedentes, pasemos a relacionar las de la obra de pintura llevadas a cabo.



Detalle de partes altas del Mihrab.

JUAN RUIZ

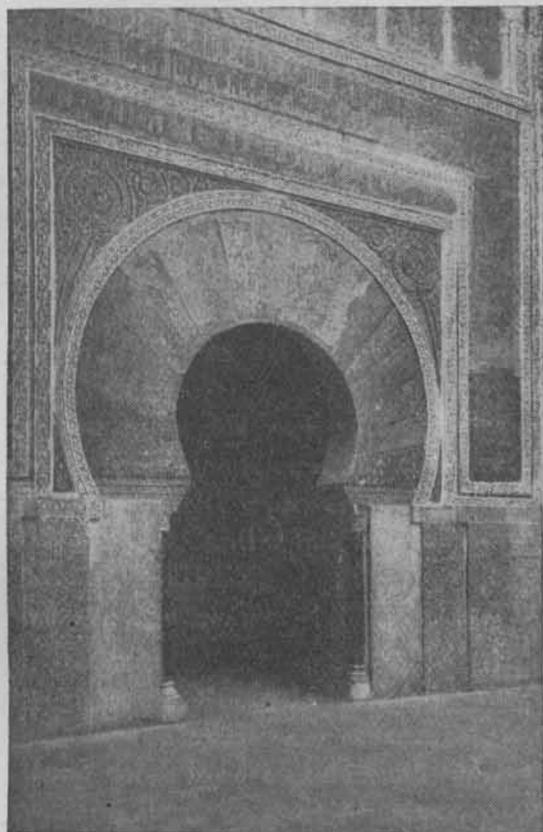
Cuenta del 12 de Octubre	de 1.816.....	121 reales
» » 19 de »	»	94 reales
» » 2 de Noviembre	»	154 reales
» » 9 de »	»	118 reales
» » 16 de »	»	93 reales
» » 23 de »	»	214 reales
» » 7 de Diciembre	»	156 reales
» » 14 de »	»	182 reales

Cuenta del 21 de Diciembre de 1.816	107 reales
» » 11 de Enero 1.817	105 reales
» » 18 de »	252 reales
» » 25 de »	231 reales
» » 1 de Febrero	308 reales
» » 8	171 reales
» » 15	307 reales
» » 22	321 reales
» » 1 Marzo	753 reales
» » 8	418 reales
» » 15	439 reales
» » 21	320 reales
» » 5 Julio	312 reales
» » 19	265 »
» » 9 de Agosto	483 »
» » 23	306 »
» » 30	252 »
» » 6 Septiembre	266 »
» » 13	104 »
» » 20	248 »
» » 27	277 »
» » 4 de Octubre	189 »
» » 13 de Diciembre	308 »
» » 20	485 »
» » 3 de Enero 1.818	361 »
» » 10 de »	171 »
» » 18	391 »
» » 18 Abril	341 »
» » 25	621 »
» » 2 Mayo	556 »
» » 9	507 »
» » 16	455 »
» » 23	253 »
» » 30	391 »

La simple enumeración de estas cuentas, proporciona una nueva sorpresa en estas notas que me estoy permitiendo exponer a vuestra consideración. Sorpresa que con marcada intranquilidad ha mantenido durante días enteros mi atención hasta dar con el origen, o mejor dicho, aplicación de estas partidas numerosas de pintura. Al final quedará aclarado este punto.

Con ser de por más interesante y de importancia capital los datos que hasta el presente, llevamos citados, se observará la falta de los que hacen relación directa con la restauración del famoso mosaico, punto neurálgico de cuantos han hecho mención de esta obra, prescindiendo de las llevadas a cabo al mismo tiempo en el bello recinto.

He de confesar que en el transcurso de la búsqueda de noticias, sentí más de una vez el desconsuelo de ver fallidas mis esperanzas de encontrar algo que con él se relacionara. Realmente la cosa es natural y lógica para todo el que, como yo, está en los primeros pasos de estas aficiones, y como por otra parte los recibos que a ello hacen referencia no mencionan mosaico, sino cristal o piedras meladas, hacía más confusa esta cuestión. Dado con la clave del asunto, que daré a conocer, paso a transcribir el recibo siguiente, que nos suministra la



El arco del Mihrab en vista lateral.



primera noticia. Dice así: «Recibí del Sr. D. Juan de Nieves vehedor de la Fábrica de la Santa Iglesia Catedral, la cantidad de quatrocientos dos r. v.ⁿ bator de treinta y seis gruesas de piedra melada a precio de doce reales gruesa ymporta la dicha cantidad, y dichas piedras se las he entregado al Sr. D. Patricio Furriel para la obra de la Capilla del Alcorán. Cordoba y Marzo 20 de 1.817.—Francisco Antonio López.»

Transcribir uno a uno todos los recibos de piedra suministrada, haría demasiado monótono su lectura, por lo cual me limitaré a relacionarlos, con expresión de la cantidad, valor, fecha y proveedor.

Piedra melada para la Capilla del Mihrab:

FRANCISCO LOPEZ

50 gruesas — 600 reales — 5 Abril 1.817

RAFAEL VARGAS

16 gruesas — 128 reales — 18 de Mayo	1.817
24 gruesas — 192 reales — 31 »	»
19 gruesas — 114 reales — 7 de Junio	»
16 gruesas — 128 reales — 20 »	»
4 gruesas — 32 reales — 2 de Agosto	»
21 gruesas — 147 reales — 16 de »	»
19 gruesas — 104 reales — 24 de »	»
38 gruesas — 209 reales — 6 de Septiembre	»
38 gruesas — 209 reales — 13 de »	»
21 gruesas — 105 reales — 20 de »	»
20 gruesas — 100 reales — 7 de Octubre	»
20 gruesas — 100 reales — 18 de »	»

Hasta aquí las gruesas de piedra melada que aparecen en el año 1.817.

Seguidamente enumeramos las de cristales que aparecen en el año indicado y principio del venidero.

RAFAEL VARGAS

20 gruesas — 20 reales — 25 de Octubre	1.817
150 gruesas — 150 reales — 31 »	»
150 gruesas — 150 reales — 8 Noviembre	»
150 gruesas — 150 reales — 15 »	»
150 gruesas — 150 reales — 22 »	»
150 gruesas — 150 reales — 23 »	»
150 gruesas — 150 reales — 6 Diciembre	»
150 gruesas — 150 reales — 13 »	»
150 gruesas — 150 reales — 20 »	»
150 gruesas — 150 reales — 27 »	»
150 gruesas — 150 reales — 24 Enero	1.818

Posteriormente, en Octubre de 1.818, aparecen nuevos recibos que hacen referencia a piedras y cristales que iré transcribiendo por su orden.

«Recibi del Sr. D. Juan de Nieves beedor de la fabrica de esta Catedral la cantidad de cincuenta y cuatro reales vellón, por cincuenta y cuatro gruesas de cristales para la capilla de los araves y mas treinta y seis reales que importan otras seis gruesas de piedras meladas a precio de seis reales cada gruesa para dicha capilla que componen las dos partidas noventa reales vellón. Cordoba 16 de Octubre de 1.818.—Rafael Vargas.—V° B°—Furriel».

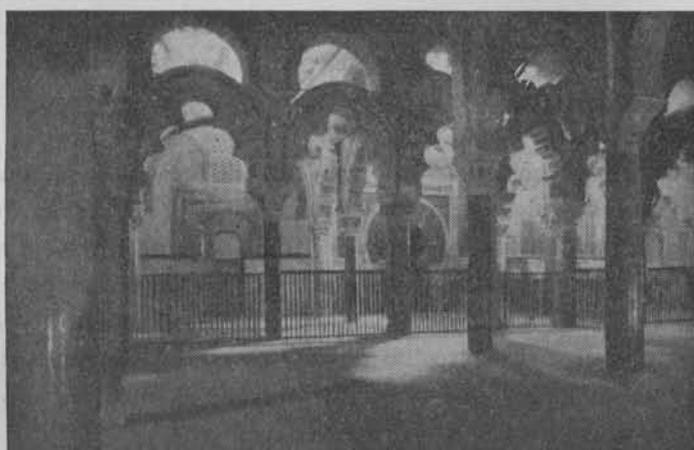
«Recibi del Sr. D. Juan de Nieves, veedor de la fabrica de esta Catedral la cantidad de setenta y dos reales vellón, que importa doce gruesas de piedras que he traído para la Capilla de araves de las meladas y mas cuarenta y cuatro gruesas de cristal ordinario a real cada gruesa, que importa todo ciento doce reales vellón—Cordoba 26 de Octubre 1.818.—Rafael Vargas - V° B° -Furriel».

«Recibi del Sr. D. Juan de Nieves, veedor de la fabrica de esta Catedral la cantidad de ciento cincuenta y seis reales de vellón, por ciento cincuenta y seis gruesas de piedra para la Capilla de los Arabes — Cordoba 7 de Noviembre de 1.818 — Rafael Vargas — V° B° — Furriel».

«Recibi de el Sr. D. Juan de Nieves, veedor de la Fabrica de esta Catedral sesenta y un reales vellón por setenta y una gruesas de piedras para la Capilla de los Arabes — Cordoba 15 de Noviembre de 1.818 — Rafael Vargas — V° B° — Furriel».

«Recibi del Sr. D. Juan de Nieves la cantidad de ciento quarenta y cinco reales, de ciento quarenta y cinco gruesas de piedras y por ser belda lo firmo en Cordoba a 20 de Noviembre de 1.818—Francisco Cobaleda—V° B°—Furriel».

«Recibi de el Sr. D. Juan de Nieves, veedor de la fabrica de la Catedral



Vista general del arco central del Mihrab y de los dos laterales; el de su derecha, restaurado por Velázquez, y el de su izquierda, de ingreso al sabath, a través de la columnata y arquerías de cierre

de Cordoba la cantidad de siento setenta reales por siento setenta gruesas de cristales para la Capilla de los Arabes — Cordoba 21 de Noviembre de 1.818— Rafael Vargas — V° B° Furriel».

Con este último recibo termina la serie de los que hacen referencia al suministro de piedras y cristales.

Los siguientes, relacionados asimismo con esta restauración, se refieren a diversas actividades, pero como han de servir para satisfacer muchas curiosidades y poner algunos puntos en claro, creo imprescindible su copia.

Comenzaremos por la instancia que dirigió el oficial de albañilería Juan de Dios Zurita al Sr. Obispo en demanda de una remuneración ofrecida, fechada en Córdoba a 24 de Abril de 1.818. Dice así: «Juan de Dios Zurita, vecino de esta Ciudad primer oficial de la Fabrica de la Santa Iglesia Catedral a V. S. I. con el mas profundo respeto hace presente que está sirviendo a dicha Fabrica hace treinta y quatro años sin interrusion alguna, habiendo desempeñado las obras y demas operaciones las mas delicadas que en tan dilatado

tiempo han ocurrido a satisfacción de los Sres. Obreros que le han manifestado toda estimación. Y ultimamente ha estado y está a su cargo por lo respectivo de albañilería la reedificación de la capilla antigua de San Pedro y de la Cena donde ha ejercido las obras mas prolijas y penosas sufriendo las interperies de los inviernos sin el menor descanso ni desahogo, en vista de lo cual el Sr. Don Tiburcio María de la Torre, que en paz descanse, le ofreció remunerarle con una ayuda de costa y proporcionado a tan extraordinario trabajo»,

No sabemos si esta súplica sería atendida, por no haber encontrado nada que con ello se relacione. Lo que sí contiene de innegable, es la afirmación que tantas veces llevamos hecha de la importancia de esta obra, que viene a confirmarla el primer oficial de albañilería al decir rotundamente en su instancia que tiene a su cargo la reedificación de la capilla antigua de San Pedro. Esto en labios de una persona capacitada, como sería el tal Zurita, tiene a nuestro parecer más fuerza que cuantos recibos, cuentas y suposiciones puedan aportarse.

Otro dice: «El Receptor y administrador de los bienes y rentas de la Fabrica de la Santa Iglesia Catedral, entregará al Padre Fray Miguel Bellver, por todo el tiempo que ha trabajado en la Capilla del Alcoran // dos mil reales vellón // que con su recibo se le abonará en cuenta — Cordoba tres de Septiembre de 1.817.—Andrés de Trevilla — Recibí — Fr. Miguel Pedro Bellver.»

Reza otro: «Para la división de la capilla del Zancarrón, se han echo unas rejas de hierro para cuatro claros, yebando un par de puertas y para sujetarla a las columnas se hicieron ocho chapas de diez y seis tornillos que liquidada esta cuenta con el Señor Obrero importa // cinco mil ochocientos ochenta y nueve reales de vellón // los que Recivi por manos de D. Juan de Nieves — Cordoba 14 de Febrero de 1.818 — José Guera.»

Dice otro: «Recibí del Sr. D. Patricio Furriel la cantidad de setenta y siete reales vellón de siete docenas de tornillos para la capilla de los Arabet — Cordoba 22 de Agosto de 1.818 — Francisco de Huertas.»

Otro: «Recibí de Don Juan de Nieves veedor de la fabrica de la Santa Iglesia la cantidad de quinientos reales vellón valor en que contrató el arreglar los llesos en la capilla del arcorán y para que conste firmo en Cordoba a 4 de Septiembre de 1.818 — Juan Clavijo — V° B° — Furriel.»

El siguiente, asimismo de Clavijo, dice: «Reciví del Sr. D. Juan de Nieves, veedor de la Santa Iglesia la cantidad de trescientos reales a quenta del trabajo que tengo ajustado en segundo trato en la Capilla del Arcorán y para que conste lo firmo en Cordoba a 25 de Septiembre de 1.818 — Juan Clavijo — V° B° — Furriel.»

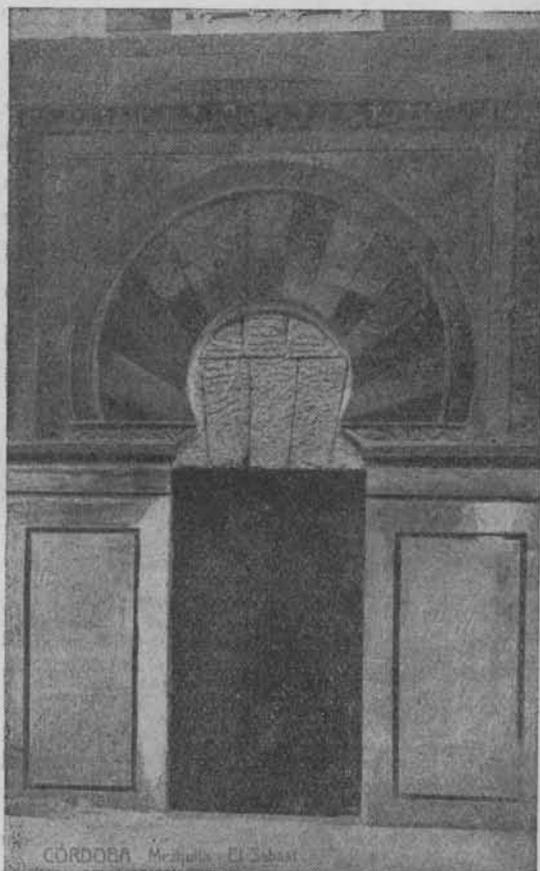
De interesantísimo puede clasificarse el que precede, de este tenor: «Recivi del Sr. D. Juan de Nieves, Beedor de la Santa Iglesia Catedral // dos mil reales vellón // en que traté el dorado, pintado y poner los cristales de las dobelas del arco de la capilla del Alcoran, que tengo concluidas;—Cordoba y Nobiembre veinte y uno de 1.818 — V° B° — Furriel.»

El que sigue, aunque silencia su objeto, es transcrito por referirse a la capilla que nos ocupa. Dice así: «Recibí de el Sr. D. Juan de Nieves veedor de

esta Catedral la cantidad de ciento treinta reales con que se me acaba de pagar mi trabajo echo en la capilla de los Arabes — Cordoba 21 de Diciembre de 1.818 — Rafael Martinez — V^o B^o — Furriel —».

Queda la incógnita de lo que realizara este Rafael Martínez en la susodicha obra, pues aparte de callarlo este recibo, dáse el caso de ser el único por él presentado.

Otro de Ruiz, reza así: «Recibi del Sr. D. Juan Nieves, Beedor de la Santa



Arco del lateral del Mihrab, de ingreso al sabath o pasadizo con el Alcazar califal, que igualmente denuncia los reflejos de las restauraciones.

Iglesia quinientos y cincuenta reales del último trabajo i gasto que se hizo por mi en la Capilla del Alcorán hasta la fecha — Cordoba — Henero 15 de 1.818— Juan Ruiz — V^o B^o — Furriel.»

Con esto termina la relación de recibos que hemos encontrado, que se refieran a esta obra tan importante.

No hay duda, pues así lo atestigua el visto bueno que llevan todos o casi todos los recibos, que la persona que llevó el timón del trabajo realizado en esta famosa capilla fué D. Patricio Furriel Crespo, afinador de los órganos de esta Santa Iglesia Catedral. Corroborra lo dicho las atenciones y deferencias que el

Obispo y Cabildo prodigaban a su persona, algunas de las cuales quedan probadas con las siguientes libranzas: «El Receptor de la Fábrica de esta Santa Iglesia Catedral otorgará a D. Patricio Furriel, organero della tres mil r^s vⁿ que le ha concedido S. E. I, nuestro Prelado por remuneracion de los trabajos extraordinarios que ha dado asi en la fundicion de las canales de plomo que sirven en los tejados, como en la obra de la capilla de los Arabes y otras que han ocurrido por el beneficio que ha resultado a la Fabrica cuya cantidad le será abonada en ctas. mediante esta libranza y el recibo del interesado puesto a continuación — Dado en Cordoba a 18 de Enero de 1.819 — Andres Trevilla — Recibi — Patricio Furriel.»

«El Receptor de la fabrica de esta Santa Iglesia Catedral entregará a Don Patricio Furriel organero de ella la cantidad de Tres mil reales vón, que le ha concedido S. E. I. Nuestro Prelado, por remuneración en las obras que se le ha confiado: cuya cantidad le será abonada en cuentas mediante esta libranza y el recibo del interesado puesto a continuacion. Dado en Cordoba a ocho de Febrero de mil ochocientos veinte. Andres Trevilla - Patricio Furriel y Crespo.»

Por último citaremos las dos postreras notas que se refieren a D. Patricio, con ocasión de su fallecimiento, y que a título de curiosidad insertamos.

Dice la primera: «Deseando honrar de algun modo la buena memoria de D. Patricio Furriel, Organero de esta Sta. Iglesia Catedral, asi por los dilatados años de sus importantes servicios, como por su constancia en sostener y mejorar los monumentos de antigüedades y bellas artes, que cultivaba con gloria, se dispondrá q-º su funeral se celebre con la solemnidad y forma de uso y costumbre a expensas de la Fabrica que abonará su importe al hijo mayor, y con su recibo y este decreto se incluirá en la cuenta semanal — Obrería Mayor de la 1ª Iglesia Catedral de Cordoba 14 de Diciembre de 1834 — Andres de Trevilla — Recivi Francisco de Paula Furriel.»

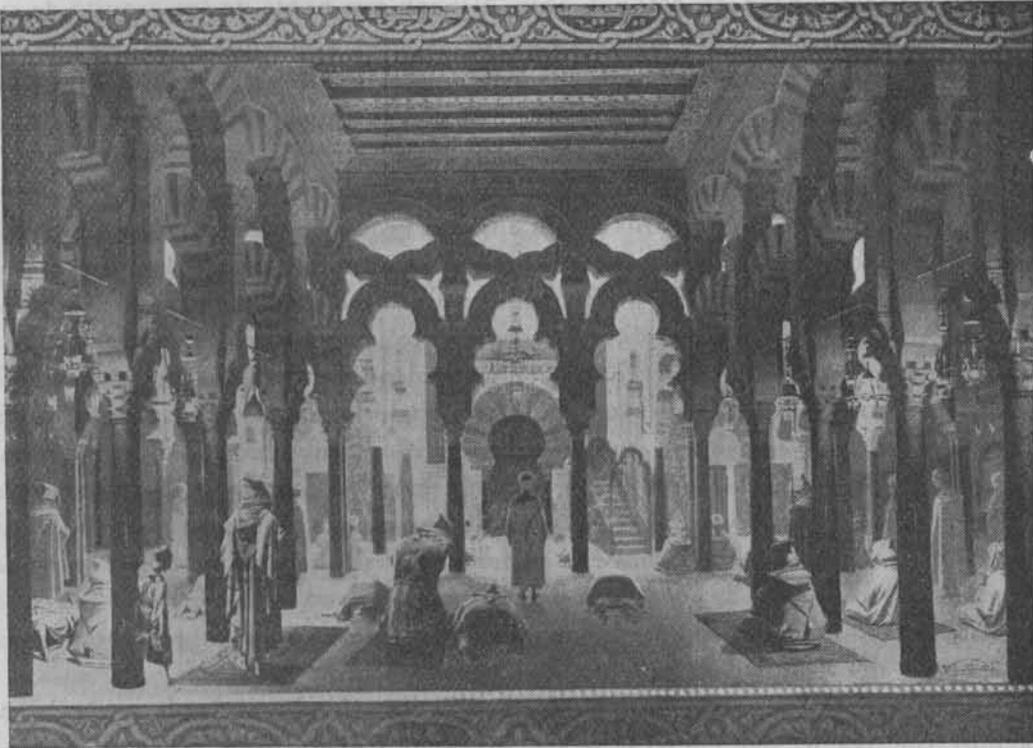
La segunda del funeral, es del tenor siguiente: «Gasto de entierro solemne que se hizo en la parroquia de Santa Marina a D. Patricio Furriel que en paz descanse en 11 de Diciembre de 1,834 con las partidas siguientes.

Primeramente de los derechos Parroquiales de entierro solemne	234 reales
De doce cirios alquileres y consumo y porte de ellos.....	18 »
De seis sacristanes que llevaron los cirios en dicho entierro y después al campo Santo a 8 reales cada uno	48 »
De dos misas que se dijeron a la hora del entierro	12 »
De la obencion para la fabrica	1 »
De la sepultura propia que se compro para el difunto	30 »
De cal, ladrillo y trabajo de solado de ella	14 »
De los derechos de enterramiento para los que lo hicieron.....	10 »
De dos balletas que se llevaron para debajo del cuerpo	8 »
De candelabros y blandones que se llevaron alquilados	4 »
Del porte de ellos	2 »

De tres libras de cera que se llevó para lumbrar dicho difunto....	24 reales
De la caja nueva, forro, cinta, tachuelas y trabajo	120 »
De meter el difunto en la caja.....	3 »
Del doble de la Catedral que se pagó.....	18 »
De la Agencia y pasos en todo lo que ocurrió asta su conclusion de todo.....	50 »

Total.....	596 reales

Cuya cantidad he recibido de los hijos del difunto, y para que conste como



Cuadro que presentó para ingreso en la Real Academia de Córdoba el Numerario D. Victoriano Chicote, que representa una vista del Mihrab con sus aditamentos e iluminaciones originales, el cual guarda dicha corporación.

encargado en dicho funeral doy la presente que firmo en Cordoba a 12 de Diciembre de 1.834 — Jose Rodriguez.

De esta manera honró el Cabildo la Memoria y dilatados servicios de este fiel servidor que estuvo a sus órdenes por espacio de 69 años.

A vista de todas las partidas y recibos reseñados, podemos determinar el costo aproximado de la obra en 64.847 reales vellón. De ellos corresponden:

A las presentadas por Alegria.....	20.162, r. v
A las presentadas por Ruiz.....	22.061, r. v
A los que se refieren a yeso.....	3.700, r. v
Importe de las piedras meladas.....	3.040, r. v
Importe de los cristales.....	1.788, r. v
Varios.....	14.096, r. v.

De lo cual se deduce que esta restauración superó en cuantía a la realizada en 1.772, en 40,847 reales, y por consiguiente de mayor importancia y trascendencia que la primera.

Hecha la exposición de datos antecedentes, réstanos incluir breve recopilación de la obra llevada a cabo en esta singular pieza e indicar las particularidades observadas en la parte afectada por la misma.

Es el Califa Alhaken II, quien con su padre Abderraman III comparte la gloria de haber elevado el Califato a su más alto grado de cultura y esplendor. Y en su tiempo tiene lugar la segunda ampliación de la gran Mezquita-Aljama, construyéndose, entonces, este soberbio Mihrab que había de ser orgullo de su tiempo y admiración de los siglos. Los artistas más afamados y los más especializados obreros comparten con los enviados bizantinos la ardua tarea de levantar, ornamentar y decorar este recinto, con la suntuosidad y riqueza que caracterizaba época tan esplendorosa.

Como sueño legendario y quimérico van apareciendo los airoso arcos lobulados del vestíbulo que enlazando entre sí producen al mirarlos una agradable impresión e ilusión fantástica; el levantamiento de su bóveda elegante y magestuosa con la nó menos prodigiosa resolución de los problemas arquitectónicos planteados, que forman este conjunto armonioso de entrecruzados arcos; la construcción de su fachada con su espléndido mosaico de vivos colores, donde juegan airoso papel los arcos trebolados con sus elegantes dibujos florales escritos en los vanos, que la coronan; la delicada traza del interior del Mihrab, con sus ocho tableros de rosado mármol; la cornisa afliggranada que sobre ellos descansa sirviendo al unísono de basamento a los arcos lobulados que embellecen el recinto; la bóveda en forma de concha que lo cobija; la ornamentación y decorado de todas sus partes y tantos prodigios y bellezas más que en apretado haz harían de este lugar una de las piezas más interesantes para la Historia del Arte.

Sabido de todos es que el rico mosaico de (foseifesa) empleado en la decoración, fué regalo del emperador de Bizancio Constantino Porfirogenito al Califa, y que incluso obreros bizantinos intervinieron en su colocación.

A su feliz terminación una alegría espiritualista embargaría el ánimo de los seguidores del Profeta. Orgullosos podían estar de ellos, pues las Bellas Artes, manejadas sabiamente y puestas al servicio de un alto ideal religioso, habían alcanzado tal excelsitud que plasmada quedaba en la obra terminada, gloria de sus días y peremne pregonera de sus desvelos y afanes. No podía ser de otro modo; el Mihrab y su vestíbulo constituían joya de arte inimitable, donde estaban representadas las maravillas decorativas que el siglo X había llevado a su máximo esplendor en Constantinopla y Cordoba. A esta época de supremo esplendor, sucédese la triste y sombría del derrumbamiento del Califato.

Luchas y revueltas interiores; egoísmos y traiciones por doquier tienen lugar; la gloria pasada es el único talismán que aún mantiene viva una esperanza que no llegará.

Los ejércitos cristianos, cada vez más fuertes y poderosos, van menguando el campo musulmán; las fronteras de los primeros se ensanchan, el territorio agarenense se reduce. Y en medio de tantas alegrías para unos y desdichas para otros, la Mezquita insigne se yergue arrogante y magestuosa contemplando la lucha que a sus muros se avecina, añorando por una parte el verse alejada ya para siempre de los suyos, y por otra sintiendo el inefable gozo de verse destinada para el culto del verdadero Dios.

Pasarán los siglos; se sucederán las generaciones, y tú, ¡oh belleza inigualada! seguirás pregonando las magnificencias del Arte hasta el día que el Supremo Hacedor te tenga señalado de existencia.

La suerte de la ciudad está decidida: los ejércitos cristianos acampan en sus arrabales; el cerco y sitio cada vez asfixian más a sus moradores; la situación se hace insostenible: la caída es inminente. Llega el 29 de Junio, festividad de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo del año 1.236, y los sitiados, agobiados por la fatiga del prolongado sitio de seis meses, sin esperanzas de recibir socorro, capitulan, entrando triunfante en la ciudad el Rey San Fernando, acompañado de su cortejo de Obispos, religiosos y de los principales de su ejército. El gran templo del Islán muéstrase como aparición fantástica a los ojos atónitos de los guerreros. La gran Aljama, la Caaba de Occidente dejó de ser para siempre santuario mahometano. El Obispo de Osma Don Juan, en ausencia del Arzobispo de Toledo Don Rodrigo, la bendice y purifica, se canta el «Te Deum laudamus», celebra en ella de pontifical y la dedica a María Santísima en su glorioso misterio de la Asunción a los cielos.

Pasan los años, y las necesidades del nuevo culto hacen que empiecen a adaptarse a él parte del edificio. En lo posible respétase toda clase de mutilaciones que la despojen de su primitiva y original belleza. Comienzan después las construcciones de capillas y en 1.368 se funda la de San Pedro en el vestíbulo del grandioso Mihrab por el caballero Don Alonso Fernández de Sotomayor.

Erígese retablo que se arrima a la fachada del santuario sin tocar para nada a su decoración, sirviendo el interior del mismo de sacristía.

Esta capilla fué sucesivamente patronato de los descendientes del Adelantado Mayor de Andalucía, su fundador, que al decir verdad fué cayendo en el más lamentable abandono, viéndose el ilustre Cabildo de la Iglesia en la necesidad de hacer, a expensas de su fábrica, las obras de consolidación indispensable en 1.772, que, como indicamos al principio, pasamos sobre ellas por haber sido ya estudiadas.

En el siglo XIX empiezan a reformarse muchas de las herejías artísticas que en la Mezquita se habían cometido. Debido a la iniciativa feliz del Obispo Don Pedro Antonio de Trevilla, se desmontó el retablo que cubría la fastuosa decoración de esta pieza peregrina, quedando al descubierto la mutilación que el mosaico había sufrido en algunos trozos, junto con otros deterioros en el resto de la fábrica, encargando la restauración del mismo al organero don Patricio Furriel.

Estas mutilaciones, como ya hemos indicado, no se refieren solo al mosaico, sino que alcanzan al resto de la cámara, y por ello se decide una renovación a fondo de todas sus partes afectadas.

Dase principio por la obra de cantería, renovando los daños causados por el tiempo y el abandono de sus patronos. En qué consistió ésta es difícil de determinar, pero ahí quedan las cuentas como testimonio irrefutable de su ejecución.

Como consecuencia de ella, se hace preciso la de yesería, que igualmente se lleva a cabo. Toda la decoración interior del Mihrab desde la cornisa de alabastro hacia arriba, es de esta época; un ligero estudio convencerá al más exigente. Para ello una simple comparación entre esta y la primitiva que en algunos sitios del vestibulo se conserva, demostrará la diferencia enorme en la perfección del trabajo y en la delicadeza de la ejecución. La mayoría de los lindos capiteles de los arcos lobulados del interior, tienen sus ábacos igualmente de yeso, y después dorado como todo el capitel y su base, operación esta que también fué realizada en la indicada obra. Hemos dicho en algunos sitios del vestibulo por entender que esta parte alcanzó igualmente a la restauración, y como prueba de ello tenemos la decoración de las enjutas del gran arco de la fachada que fueron decoradas y restauradas en esta ocasión. Es más, aunque suponga atrevimiento por mi parte, sustento la creencia de que la famosa bóveda en forma de concha monumental que cobija el santuario y que en tiempo de su construcción sería de mármol y en la actualidad de yeso, fué hecha en esta restauración.

¿Cuándo y por qué fué quitada la de mármol? ¿Lo fué aún en tiempo de los mismos árabes? ¿Con qué fin? De haberlo sido, ¿qué uso se le dió? ¿Fué quitada después de la Reconquista? De ser así, ¿serviría para pila bautismal u otro uso análogo? Estas y otras muchas interrogaciones saltan a la pluma, pero todas quedan envueltas en el más sombrío misterio. Solo la realidad se abre camino y trunca nuestra ilusión con el peso de la verdad, y esta no es otra, que la famosa concha que de niños había hecho abrir desmesuradamente nuestros ojos para contemplarla y que de adultos nos causaba admiración, es de yeso y no de mármol como nos habían acostumbrado a creer. Sea cual fuese el motivo de su sustitución, no por ello vamos a mermar el prestigio y grandeza del lugar, que se encuentra por encima de estas alteraciones impuestas por el tiempo, pues no en vano pasan los siglos con su fuerza abrumadora de desgaste y destrucción.

Vayamos por último a la restauración del famoso mosaico. Ya hemos indicado en diferentes lugares la extrañeza que nos produjo la lectura de las cuentas de pintura y compra de cristales. Sin comprender el motivo de ellas, miraba y remiraba cada vez con más interés el referido mosaico, y siempre me llamaba poderosamente la atención el brillo que observaba entre sus partes, brillo que se hacía más patente cuando en lugar de dirigir la mirada en sentido perpendicular al mismo lo hacía en el vertical. Esto me indujo a no descansar hasta dar con el origen de ello. Sirviendo este hecho como base y previo un detenido estudio, se aprecia perfectamente la parte afectada.

Comprende esta once dovelas del arco de herradura de la fachada, seis del lado derecho y cinco al izquierdo; el intradós del mismo; parte del arrabá en una altura de 1,10 m. por 0,76 cm. de ancho; las inscripciones alcoránicas que embellecen el gran marco adintelado y la faja de inscripción que hay entre la archivolta del arco central y el arco adintelado.

En las dovelas se hace la restauración de la siguiente manera o de otra muy parecida: recortada ésta es dibujada, después pintada en colores y más tarde se pegan sobre ellas pedacitos de cristal blanco de forma cuadrangular o rectangular que permite traslucir los colores del fondo, dando la sensación de ser verdadero mosaico. Una vez ya terminada es fijada con tornillos, cuyas cabezas se cubren por el mismo procedimiento o bien se pintan, como ocurre con algunos de los que sostienen las planchas del intradós del arco de acceso al santuario.

La suplantación es tan ingeniosa y bien hecha, que no es fácil distinguirla sin una prolongada observación. Es más, si Furriel en lugar de dibujar las dovelas al gusto barroco, lo hace tomando el motivo de las originales, hubiese resultado tal confusión, que difícilmente hubiera sido posible de determinar. Tal acontecerá, probablemente en el transcurso del tiempo con la restauración hecha en la cámara oriental. Por ello creo que este su parecer fué un acierto y no una torpeza.

He de advertir que no toda la renovación se hizo siguiendo el mismo sistema, sino que en algunas partes se pegó primeramente el cristal y después se le dió el color; en este caso se encuentra casi toda la parte que asemeja mosaico dorado.

Además de esto resultan las siguientes particularidades: en la doveia novena del arco central, empezando a contar por el lado de Occidente, que es de las primitivas, se nota en su parte media falta de mosaico que ha sido suplido con pintura, siguiendo el dibujo que ostenta; en el listel que circunda todas las dovelas, se observa asimismo estas faltas suplidas por el mismo procedimiento, e igualmente la de ser pintados imitando mosaico, el intradós de los siete arcos lobulados que coronan la fachada.

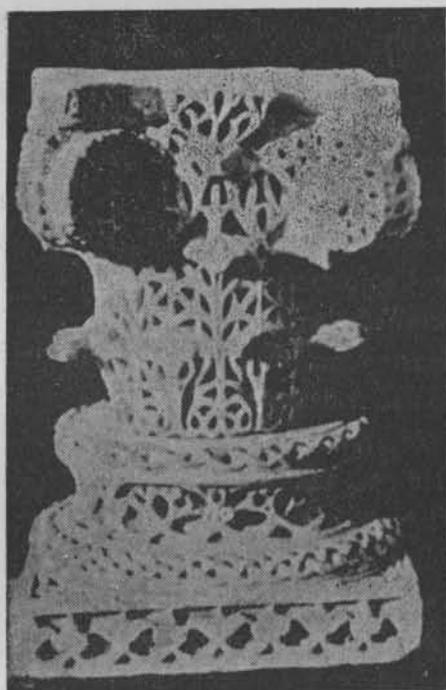
También data de esta fecha la restauración de la fachada de la cámara occidental. En ella lo fueron ocho dovelas completas, cuatro a cada lado; la parte inferior de otras cuatro; buena parte de las inscripciones alcoránicas y otros adornos que la embellecen. Aquí se siguió casi por entero el sistema de pintar los cristales por encima.

No alcanzaría solo a estas partes la obra de D. Patricio, pues sin duda la gran bóveda del vestíbulo también participó de esta restauración que no puede determinarse a simple vista por su altura, pero que si poseyendo los elementos necesarios para apreciarla más de cerca, si hiciese un pequeño reconocimiento, seguramente aparecerían trozos renovados. Creemos que las pinturas que cubren algunos intradoses de los arcos que sirven al vestíbulo de lucernario, datan de este tiempo y no de la restauración de 1.772.

Sería curioso poder descifrar las clases de pegamentos utilizados para fijar el cristal encima de la pintura sin menoscabo de su transparencia. Quizás lo fuese un silicato de sosa, llamado «Vidrio soluble», empleado por vez primera en 1.809. Quede su esclarecimiento para los peritos de esta materia. De todo lo cual se deduce que la restauración que la totalidad de autores han pasado por alto, o al menos reseñaron brevemente, es la más transcendental que se ha efectuado en esta parte del edificio y que sin duda de ningún género es la que ha salvado para el Arte esta joya inestimable, única y envidiada del Mihrab de la Mezquita de Córdoba, gracias a la generosidad y protección de la Iglesia.

Que al lado del inventario de las riquezas y galas patrias, brille siempre el denuedo de este Ilustre Cabildo, que en todo tiempo puso a contribución sus anhelos y caudales, para conservarte al fin de que siguieras proporcionando, a los que con respeto y veneración traspasan los umbrales de tus puertas, las infinitas emociones que brindas a los devotos de tu pasado y a los amantes de tu existencia.

Rafael Aguilar



Ensayo sobre las ideas estéticas de Don Juan Valera

(Premiado por la Agrupación de
Amigos de Don Juan Valera,
de Cabra, en 1944).

I

Don Juan Valera nació bajo el signo de Apolo. En el pueblo más lindo quizá de Andalucía, vió la primera luz el que había de ser andando el tiempo ornamento y orgullo de su pequeña patria. Hay cierta correspondencia formal entre la cuna hechicera del eminente polígrafo y su verbo maravillosamente terso, sugestivo y en ocasiones muy inspirado. Nada más justo y oportuno que un ensayo sobre las ideas estéticas de este hombre en cuya privilegiada mente no reñían, sino que casaban con maridaje feliz la comprensión y la extensión. El gran andaluz no solo *abarcaba* mucho, sino que *apretaba* intensamente como diría el vulgo. Para mí el egregio egabrense es uno de los escritores mejor dotados por la naturaleza y al par de los más estudiosos no ya de España, sino de la literatura universal.

Discursos académicos, Novelas, Teatro, Poesías, Crítica literaria, Estudios sobre Filosofía y Religión, Historia y Política, Cartas Americanas, Folk-Lore, Miscelánea, Artículos periodísticos; de todo escribió con singular competencia y extraordinaria galanura. Hay que evocar a Quevedo, a Vinci, a Goethe, para encontrar algo paralelo a la obra multiforme y bella de Don Juan. Su mano hábil pulsó todas las cuerdas del mágico instrumento y podía decir sin jactancia como otro Luis XIV de la Estética: «La *literatura* soy yo».

Y es aún más de aplaudir el acuerdo de la Sociedad de Amigos de Valera al señalar como tema del concurso un estudio sobre su Estética, porque la ignorancia o la novelería y también el ruin espíritu sectario, han tejido una leyenda de excepticismo en derredor de este noble y cultivado ingenio que acaso desconfiaba del mundo pero creía firmemente en la *causa sin causa* de todas las cosas y saturaba todas las producciones de entrañable espíritu cristiano.

Mi *dulce Valera* le llamaba Menéndez Pelayo, y aunque el gran polígrafo santanderino aludía con este adjetivo al encanto de su prosa flúida y seduc-

tora, es para mí cosa indudable que la dulzura de Valera —como demostraré más adelante—, tenía la comprensión y amable indulgencia de un alma creyente y bondadosa.

I I

Lo bello, lo sublime, lo gracioso y lo cómico, son los cimientos de la Estética. Lo *bello* es una forma de perfección de las cosas, engendradora de agrado espiritual. Lo *sublime* es la misma belleza en grado mayor de extensión, fuerza o intensidad (aquí del sublime *matemático* y *dinámico* justamente distinguidos por Kant). Lo *gracioso* es cierta modalidad de origen psicológico que avalora con singular relieve los seres y las obras. Lo *cómico* es toda derivación de la normalidad en la vida y los actos del hombre, y brota del contraste. Lo feo y lo cómico suelen ir del brazo, aunque algunas veces lo cómico linde con lo patético y hasta con lo sublime. Cómica es una vieja desgarbada y achacosa presumiendo de juventud y gentileza, y patético es Don Quijote retornando a su aldea triste y abatido por la derrota que la realidad influye a sus generosos ensueños. Lo ridículo y lo grotesco están fuera de los dominios de la Estética porque son caricaturas de lo bello

Tampoco caben dentro de los límites de esta ciencia lo pornográfico, lo sectario y lo meramente filosófico o científico. Nunca serán bellas las descripciones de las funciones orgánicas, el grosero realismo que pretende idealizar los apetitos sensuales y nuestro eximio Alarcón llamaba la *mano puerca* de la literatura. Tampoco deleitarán nuestro ánimo los problemas de Algebra y Cálculo Diferencial, ni las distinciones metafísicas entre la *esencia* y la *existencia* que tan sabiamente puntualizó Tomás de Aquino. Y no es que la ciencia riña con la belleza, sino que aquella, para cumplir su misión, le basta con demostrar la verdad y esta tiene por jurisdicción el mundo de los sentimientos donde la emoción es más fuerte que los resultados del método inductivo y las normas de la dialéctica. No merecerán igualmente el preciado título de bellas las producciones donde se rinde culto al odio y se *deifica* al partidismo o se pone en tela de juicio la existencia de un orden sobrenatural, fundamento supremo de la Ética y del Derecho.

Han existido y existen escritores impíos dotados de gran ingenio y de brillante pluma, pero sus libros deslumbran más que persuaden o envenenan el alma de los lectores de reducido horizonte mental, con la exposición de doctrinas liberticidas, de negaciones satánicas y de imposibles paraísos. El rencor nunca puede ser bello y la utopía está más cerca de lo cómico o de lo ridículo, que de la verdad ennoblecida por el arte.

III

La característica mental de este gran escritor es el buen sentido, harto distante del llamado sentido común, que por ser común, rara vez es bueno y anda más cerca de la ramplonería que de la recta y elevada percepción de la realidad. Valera, como Platón, cree que lo bello es el resplandor de lo verdadero, y por creerlo así, no da beligerancia en sus escritos a lo sofístico, ni a lo afectado, ni a lo histriónico. Su estilo, inconfundible, es también la verdad hermoseada por la elegante sencillez.

Su psicología crítica en alarde feliz de ponderación, ecuanimidad e hidalguía. Todas estas altas cualidades están avaloradas por una donosura sin ejemplo en los fastos literarios de España. La erudición y la gracia se besan en sus obras y hasta cuando toca los áridos temas de la Metafísica y la Economía Política, lo hace con tan peregrina y seductora dialéctica, que se diría que su pluma tiene *ángel* como llaman sus paisanos al hechizo de ciertos rostros.

Para distinguir el genuino gracejo andaluz de la chocarrería o el chiste sándio de los saineteros vulgares o escritorzuelos cursis, hay que tener el arte innato de Estébanez Calderón, de Valera, de Ralosisillas, de Rodríguez Marín o de los hermanos Quintero.

La gracia no surge de la servil imitación de los modelos ni se aprende en los centros docentes, sino que brota, como diría el pintoresco y paradógico Unamuno, del hondón de nuestro espíritu.

La gracia, como el humorismo, es cualidad más temperamental que obra de estudio, y Valera nació con ella.

¡Bienaventurados los que nos aleccionan sin exasperarnos, los que nos instruyen deleitándonos al par, los que con su sabia risa educadora nos enseñan el secreto de la vida donde lo dramático y lo cómico suelen maridar en lazo indisoluble. La gracia de Valera es culta, pero tiene honda raigambre castiza y española. Devoto de la Paremiología y del Folk-Lore, extrae hábilmente el jugo sustancioso de lo que llamar pudiéramos dogmática popular, hija muchas veces de felices intuiciones y otras de una experiencia tan exacta como amarga.

Optimista como todo hombre equilibrado, parece advertirnos que no hay mal que por bien no venga, y los personajes de sus novelas rara vez caen, por angustiosa que su situación sea, en la misantropía o la desesperación. Todos sienten y proclaman la alegría del vivir y no suelen poner ante el destino adverso el rostro torvo, ni renegar de esos poderes ocultos que labran calladamente las penas o recompensas, presentes o futuras, de los actores en esta gran tragicomedia del mundo.

El pesimismo es más bien producto del Norte que del Mediodía.

Este sol andaluz que el poeta Byron llamó *indecente* porque invita al sueño o al pecado, podrá aguijar las pasiones sensuales o fomentar la pereza, pero nunca producirá téticas figuras de filósofos al estilo de Schopenhauer o de Hartmann. Hijos espirituales de Séneca, los andaluces saben poner al mal tiempo buena cara y dicen por boca de sus congéneres:

Cuando el español canta,
o rabia o no tiene blanca.

Escritor representativo de la psicología de su región, es para mí D. Juan Valera el literato más erudito de los andaluces y el más donosamente andaluz de los eruditos.

I V

¿Qué podremos decir que nadie ignore respecto a la instrucción variadísima y sólida del gran polígrafo cordobés? Estudioso y lector incansable, conocía profundamente a clásicos y modernos; asimilador poderoso diseurría sobre Historia, Filosofía, Legislación y otras disciplinas; con raro acierto sin beber en aguas estancadas o ponzoñosas, sino en claros y puros manantiales.

Poseía el griego, latín, francés, inglés, italiano y alemán. Sus viajes y el trato de relevantes personalidades extranjeras, ensancharon y robustecieron el acerbo de su espléndida cultura.

Nada humano le fué ageno y aprendió a estimar hondamente a su patria, cuanto más se alejaba de ella en el espacio y el tiempo.

Devoto como su ilustre colega Menéndez Pelayo, de los modelos clásicos, Valera parece a ratos un greco-latino por la forma, pero es en el fondo menos heleno que el autor del Fausto, y por los cauces de su prosa corre el río sonoro y cristalino del pensamiento y la sensibilidad española. ¿Cómo no ha de tener el gusto y la vocación de lo bello, quien como él se inspiró en las fuentes del aticismo y en las normas perdurables de los grandes maestros del arte literario? Asombra la cantidad de conocimientos que atesoran sus libros y las perspectivas mentales que nos brinda su atinada y galana exposición. Ovidio, Homero, Virgilio, Anacreonte, San Agustín, Montaigne, Kant, Hegel, etc., se nos presentan evocados por su crítica sagaz, como algo nuevo y sorprendente, fruto de una interpretación justa y de un criterio analítico limpio de prejuicios.

Apesar de las protestas de modestia que formula, se advierte cuan firme es el paso con que camina por todos los campos del saber.

Con igual competencia nos habla del Observatorio de Greenwich, que de la Crematística, del lirismo de Espronceda, de la historia de la decadencia

española, de la originalidad y el plagio, de las comidas y cenas de su pequeña patria, la pintoresca tierra cordobesa, de la libertad en el Arte, de la Metafísica y la poesía, de todas las materias que interesar puedan, al humano espíritu.

Ojeando el vasto panorama de su sabiduría, se comprende que un escritor de su talla no haya alcanzado popularidad.

En España, y aún creo que en todo el mundo, la popularidad rara vez acompaña no ya al genio, sino ni aún al talento, al glosador concienzudo o al pensador original. El mismo Valera lo confiesa al contestar por encargo de la Academia al discurso de recepción del novelista Picón: «Nunca —dice— ni durante la vida, ni en los períodos de su actividad más fecunda, el sabio investigador, el crítico erudito y profundo, puede jactarse de gran popularidad entre nosotros. Rara vez su fama, aunque la envidia no ahogue su voz con murmullos, se extiende más allá del estrecho círculo de sujetos de la misma profesión y de algunos devotos aficionados. La muerte no hace olvidar entonces porque lo que no se aprende no se olvida.»

Mas Valera no ha sido ni puede ser olvidado. Sus obras justifican su renombre, aunque la envidia, esa pasioncilla que está siempre flaca porque roe y no come, según feliz expresión de Quevedo, haya clavado sus diente-cillos en el egregio autor de *Pepita Jiménez*.

Y ya que de la envidia hablamos, bueno será recordar que las diatribas o los rencorosos silencios de los envidiosos, labran el pedestal de la estatua de los grandes hombres. Ya sé que la envidia es dolencia muy humana y por tanto universal, pero juraría que aquí en España está la clínica de los incurables. ¿Tuvo Valera envidiosos? Sin duda. Tenía demasiado talento para no despertar en las almas mezquinas y toscas el rencor o el disimulado menosprecio, hacia todo lo excelso y peregrino. Su labor poliforme y bella, jamás podrá ser anulada por el sectarismo ni por la envidia. ¡Pobres envidiosos! ¿Qué suplicio mayor para quien lo sufre, que esa dolencia espiritual, amenudo incurable, porque nace de la incomprensión, hermana gemela de la impotencia? Digamos con Clarín: «La envidia es un pecado que lleva en el pecado mismo la penitencia».

V

La Lógica exige que para dar una idea, siquier somera como corresponde a un ensayo, de las ideas estéticas que informarán la producción total del insigne egabrense, encaminamos los diversos géneros literarios donde desplegó su actividad infatigable, servida por una pluma gallarda como pocas y diáfana como ninguna.

En los discursos académicos, huye cuanto puede del enfadoso purismo y

la vana redundancia, aunque algunas veces caiga en la tiesura y engolamiento, inseparables, por cierta perniciosa rutina de tales disciplinas. No hay, con todo, en los períodos de *conformación* y *peroración* de sus trabajos oratorios, ese corriente afectismo que dá la sensación de un arte falso. Valera odia por un instinto, que pudiéramos llamar innato, toda simulación. Lo contrahecho, lo afectado, lo laberíntico, no rezan con este artista recto y luminoso como camino real bañado por el sol. Sus observaciones sobre la Poesía popular y la Libertad y el Arte, son modelos de docta sinceridad. En la interpretación de la inmortal novela de Cervantes, acierta como ninguno distinguiendo lo *caballeroso* de los disparatados libros de caballerías. Sus juicios sobre la Inquisición española podría suscribirlos cualquier pensador ortodoxo no contaminado de intrasigencia ni mojigatería. En sus discursos sobre el *Misticismo*, reconoce la importancia de esta modalidad filosófico-poética, tan acorde con el espíritu soñador e idealista de nuestro pueblo.

Los elogios de Núñez de Arce y Cánovas, sin tocar en el tono panegírico, hacen cumplida justicia al estro vibrante y castizo del autor de *Los gritos del combate* y al espíritu ecuánime y docto del honrado estadista que historió con rara imparcialidad las causas de nuestra decadencia y coronó su gloriosa vida muriendo en defensa del orden social. Lo mejor —para mí— de las piezas oratorias coleccionadas en los dos volúmenes, es el elogio de Santa Teresa.

El más fervoroso apologista del catolicismo, no acertaría a dibujar semblanza tan justa y persuasiva de la doctora abulense.

Aquella sublime mujer, la más santa de las españolas y la más española de las santas, encontró su más fino e inspirado crítico en el maestro cordobés. Valera reconoce el supernaturalismo de la santa, no solo en su vida, sino en sus escritos.

Cualquier escritor de primera o segunda fila, podrá ser más correcto, más técnico, más devoto de la sintaxis que la inmortal autora de *Las Moradas*, pero nunca tan emotivo y sugerente, porque este libro portentoso está muy por cima de la Gramática y de la Retórica. Flaubert, el impecable escritor, nos ofrece en su novela *Salambó* un dechado de documentación y pureza, un modelo de literatura arqueológica, pero *Las Moradas* de Santa Teresa, más que obra de erudición y de estilo, constituye una visión genial del amor a Dios y parece un destello del infinito.

V I

Para el gran cordobés la finalidad de la novela es deleitar al lector, ennoblecendo al par su alma, ya que la belleza nunca riñó con las buenas costumbres. Todo lo alambicado, sibilino, obsceno o pedantesco, está fuera de la jurisdicción de un arte de tan elevado abolengo. La novela llamada de *Tesis*,

como el teatro del mismo nombre, son denominaciones hijas de la vanidad cuando no síntomas de pobreza creadora. El arte de novelar no exige propósitos docentes ni pone cátedra de austeridad. La vida es por sí misma un riquísimo arsenal de provechosas enseñanzas, y las acciones humanas llevan en su génesis y desarrollo una variada fenomenología espiritual más aleccionadora que los tratados de Ética.

Hay en la novelística de Valera tipos masculinos representativos de dolencias psíquicas, como por ejemplo *Las ilusiones del Doctor Faustino*, excelente análisis del llamado delirio de grandezas, pero en casi todas el más importante papel corre a cargo de las mujeres. Octavio Picón, en plano inferior a Valera, es otro novelador del espíritu femenino. Las mujeres de Valera no son coquetas vulgares, ni cortesanas frívolas, ni *Damas de alquiler*, como diría Quevedo.

No pecan por la paga. Labran su propia dicha al labrar la de otros. Alguna de ellas podría hacer suyas las palabras del inmortal Obispo de Hipona: «Amad y después haced lo que queráis, que todo lo que hagáis amando, será bueno». Otra podría suscribir el pensamiento un tanto satánico de Schopenhauer: «Cuando un hombre y una mujer se aman con amor completo, sean solteros o casados, se pertenecen por derecho divino». Ni Tirso de Molina, ni Benavente, han comprendido la verdadera feminidad como Valera. Ha sido su más esforzado paladín y su mayor intérprete. Profundamente femeninas son todas sus mujeres (Pepita Jiménez, Juanita la Larga, Doña Luz, Rosita, Beatriz, Luisa, Irene y Rafaela, la Magdalena pródiga en limosnas de amor como a dulce pecadora de Oriente).

Decía el novelista Alfonso Kan, que los hombres que hablan mal de las mujeres, son de tres clases: los que no las aman, los que las aman demasiado y los que no han sido amados de ellas. Aludía sin duda a los misógenos o invertidos, a los que exigen de la mujer perfecciones casi sobrenaturales y a los roídos por el despecho de sus tal vez merecidos fracasos amorosos.

Don Juan no pertenecía a ninguna de estas categorías. Conocía muy bien a las mujeres; fué luchador victorioso en las lides amatorias y tuvo siempre para el bello sexo la gratitud del afortunado, la hidalguía del hombre bien nacido, y la comprensión del crítico sagaz que no pide a las criaturas humanas excelsitudes solo posibles en seres de contextura evangélica, lindantes con los divinos arquetipos.

Hay con todo en su producción una mujer singular por su rectitud e idealidad, y es Doña Luz. Esta dama comprende que el amor verdadero riñe con los apetitos codiciosos y desprecia olímpicamente a los cazadotes que tratan de redimirse económicamente al amparo del artículo 1.347 de nuestro Código Civil.

Este artículo sanciona la obligatoriedad de la dote, dando carta de natura-

leza a la yernocracia y es el puerto de refugio de todos los fracasados en arte y ciencia y nada celosos de su dignidad personal. Por algo esa mujer se llama Doña Luz, y aborrece todos los velos y penumbras tras los que esconden sus mezquinas aspiraciones los *coburgos* de ayer y los de hoy, falsificadores sempiternos de esa divina fuerza que, como dice el Dante, mueve al Sol y las estrellas.

V I I

Y pues que de mujeres de Valera hablamos, ¿cómo olvidar a «Pepita Jiménez», la deliciosa mujer encarnación del genio de la especie que diría el filósofo? No necesitaba Don Juan haber escrito otra novela para conquistar justísimo renombre. La Condesa de Pardo Bazán, admiradora entusiasta de su autor, decía que «Pepita Jiménez» era una obra que solo un andaluz, dotado del talento de Valera, podría escribir. Esta «Pepita», tan linda y tan humana, bulle por ahí, dentro y fuera de Andalucía, y sus encantadoras diabluras y correrías por los reinos del amor, quebrantarán con frecuencia las más firmes vocaciones.

Don Marcelino Menéndez Pelayo, al expresar su autorizado juicio sobre la obra del eximio polígrafo cordobés, dice que a muchos parece «Pepita Jimenez» un triunfo del naturalismo pecador sobre el anhelo de lo celeste. Estas palabras del autor de los *Heterodoxos españoles* que reproduce el sabio Jesuita Alberto Risco en la página 138 de su *Literatura Española y Universal*, no las creo acertadas.

Con todos los respetos debidos al prodigioso erudito y gran hablista, honor de nuestras letras, yo no veo en «Pepita Jiménez» esa victoria de los apetitos mundanos sobre los deliquios ultraterrenos. En «Pepita Jiménez» no se pone el amor humano o pagano —si se quiere mejor— por cima de las aspiraciones a lo divino.

Yo, en mi modestia, no encuentro en la hermosa novela intención alguna irreverente o sectaria. Solo hallo en ella una justa estimación de la fuerza del temperamento y el sano instinto orgánico harto más poderoso a menudo que las sublimes visiones de la mística.

No debía de ser muy firme la inclinación a lo celestial del simpático seminarista, cuando éste, viendo a su gentil amada refugiarse llorosa en su cuarto, corre tras ella y olvida la Teodicea y los cánones para rendir pleitesía al amor humano. «Entre santa y santo, pared de cal y canto», dice sabiamente el vulgo y el estudiante carece de energías para romper la pared divisoria subyugado por los atractivos de «Pepita». No le excremos por ello ni excremos tampoco a «Pepita» que no nació para monja. Al ceder una y otro a los impera-

tivos fisiológicos y cordiales, hacen obra patriótica y cristiana; que el amor es fundamento de la sociedad y siempre será preferible un buen padre de familia a un mal sacerdote.

Se me objetará que el aspirante a clérigo pudo vencerse a sí mismo y resistir al influjo de su albedrío las asechanzas de la carne. No se deben exigir a los seres normales victorias de tan elevada naturaleza. Si el seminarista hubiese estado en posesión de un temple anímico como el del casto José, la crisis no existiría ni la novela tampoco. Firme y decidido, el aspirante a sacerdote hubiera roto los vínculos que le ligaban a «Pepita» poniendo mordaza a sus impulsos eróticos.

Su albedrío no era lo bastante enérgico para ganar la batalla frente a un enemigo de tal calidad. El temperamento, la herencia y el medio, obraron como fuertes cadenas opresoras de su libertad. ¡Pobre albedrío el nuestro que con harta frecuencia no es otra cosa que una trémula luz sacudida acá y acullá por vientos de todos los cuadrantes!

VIII

En el cuento y la poesía, como en sus obras teatrales, sigue Valera fiel a su criterio católico, aunque su talento no brille con los fulgores que en otros géneros literarios. *Asclepígenia* es un bello cuento, acaso menos intenso de lo que pide la índole de estas composiciones donde la difusión es pecado. *Genio y Figura* y de *Varios colores*, acreditan a Don Juan de atinado costumbrista.

Como poeta es devotísimo del clasicismo, pero amenuño le falta ese *quid divinum* propulsor de la emoción que surge más del temperamento que de la sumisión a los modelos y estricta obediencia de las reglas. Es un versificador irreprochable, pero frío. Más poesía encuentro en su prosa que en sus rimas. Los poetas *natos* son más inspirados porque obedecen al calor del sentimiento más que a los cánones de la Poética. Yo no creo que la poesía sea exclusivamente prosa musical, sino más bien gritos del alma que de la entraña brotan y aparecen coloreados con los matices de la fantasía. Lo poético más se siente que se define. Las definiciones —decía Platón— son obra de Dioses. Solo el buen gusto, ligado a una exquisita sensibilidad, puede actuar de irrecusable juez en materias de poesía, pero *pulcrum est paucorum hominum*.

Cierto que de gustos no hay nada escrito, pero no es menos cierto que hay gustos que merecen palos. Tampoco era el teatro campo adecuado a la observación y espíritu finamente analítico de este gran escritor. Literatos de muy alta prosapia como Balzac, la Condesa de Pardo Bazán y Clarín, fracasaron en sus intentos dramáticos aunque les sobraba el talento. El teatro es una disciplina en que el ingenio y hasta la potencia psicológica están como

bloqueados por los influjos de la acción y se mueven en círculo harto reducido.

El autor dramático o cómico es un intérprete del espíritu colectivo que se paga más de los efectos que de la lógica real. Un capítulo del Quijote vale más que la *Numancia* y los *Tratos de Argel*, apesar de que en estas obras se advierten las huellas de un alto ingenio. Los grandes autores teatrales como Tirso de Molina y Calderón, sin olvidar a nuestro Benavente, reproducen el ambiente social sin ahondar mucho en él, porque el teatro es impresión que dimana más de lo objetivo que del intelecto del autor. Sin negar el inmenso talento poético de Lope y la fuerza dramática de Tirso y Calderón, puede afirmarse que sus obras se engendraron al contacto de las pasiones y prejuicios de épocas pretéritas que riñen con la evolución de los tiempos. Nunca morirán porque el arte les presta perenne juventud, pero les falta adaptación al modo de ser actual.

Lo clásico debe renovarse sin perder sus intrínsecas excelencias, porque la vida de hoy no casa con la de ayer como no conciertan bien el ferro-carril y el aeroplano con las llamadas *galeras aceleradas* y los tranvías de sangre.

I X

Catorce volúmenes componen la obra crítico-literaria de D. Juan Valera. Examinadas en conjunto y en detalle, sin espíritu cicatero ni hiperbólico, estas producciones ponen tan en alto a su autor, que no conocemos ninguno, no ya que le sobrepuge, sino que le iguale. La crítica que Sainte Beuve llamó *décima musa*, ha caído entre nosotros en gran descrédito, porque salvando preclaras excepciones, fué función de criticastros o criticones, cuando no de panegiristas con ribetes de aduladores. Valera y Menéndez Pelayo, salen por juro de sus méritos de la caterva de los lisonjeadores o maldicientes que han venido ejerciendo la función judicial—digámoslo así— en la mal llamada república de las letras. No se concibe crítica sin competencia ni imparcialidad y los más de los que por críticos pasaron y pasan, carecen de una y de otras y juzgan por vanas impresiones subjetivas cuando no por prejuicios de secta o rencores inconfesables.

Existen también critiquillos tan indulgentes o tan devotos de la personalidad del autor, que impulsados por ceguedades del afecto, inciensan al amigo en la misma proporción que vapulean al adversario.

Así pudo decir con sinceridad Teófilo Gautier que él no podía hablar mal de ningún literato parisino porque había almorzado con todos, y Zola, que para vencer la repugnancia que le producían los críticos deformadores, tenía la costumbre de desayunarse con un sapo.

Leyendo las críticas de Valera se advierte una ponderación al enjuiciar nada frecuente. Ni se deja seducir por el autor amigo, ni azota despiadadamente al que le es antipático. No se concibe un fiscal apasionado, ni tampoco un defensor tupido de falacias lisonjeras.

El criticastró y el criticón, distan del crítico auténtico lo que la ignorancia de la sabiduría, el enfermo del sano y el fariseo del creyente. No conozco crítico más sereno y comprensivo que Don Juan Valera. Hasta cuando juzga al desesperado Leopardi, al hiperestésico Byrón, al satánico Carducci, se muestra no ya moderado, sino hasta magnánimo. Perdona los arrebatos, los pesimismos y las rebeldías de estos poetas en gracia a las bellezas formales en que abundan sus composiciones.

Otro tanto hace con Espronceda y Núñez de Arce. Se inclina reverentemente ante la grandilocuencia de Donoso Cortés, pero encuentra exageradísimo su dogmatismo. A Castelar le aplaude como artista genial de la palabra sin perjuicio de refutar con lógica irrefutable sus poco meditadas afirmaciones.

El estudio que hace de *Los Miserables*, de Victor Hugo, y de las inverosimilitudes en que incurre al referir el éxodo de Juan Valjan, tiene una fuerza persuasiva capaz de convencer al más fervoroso apologista del autor de *Las Orientales*. Los grandes pensadores judíos como Averroes y Maimónides, no le merecen las diatribas que sobre su personalidad filosófica dispararon ortodoxos intransigentes y por tanto injustos.

Al ocuparse del drama religioso en España, distingue lo sectario de lo profundamente cristiano elogiando sin reservas el magnífico drama de Tirso *El condenado por desconfiado*, porque si la contrición salva las almas, la contumacia y el excepticismo las pierden. Encomia en párrafos saturados de entusiasmo, la obra del insigne Menéndez y Pelayo, sin compartir algunos de sus juicios poco ecuanimes.

Pone el bálsamo en la herida y solo tiene merecidos reproches para los embaucadores e histriones, verdaderos malhechores de la literatura.

La hipocresía le saca de quicio y la simulación le exaspera.

Como San Mateo flagelando a los fariseos, arremete contra los que en materias de arte o religión embozan su personalidad, diciendo lo que no sienten. El ama la verdad por la verdad misma, y al arte por su misión idealizadora, capaz de producir cuando el artista no está divorciado del moralista, la *cura de almas* de que hablaba Moreno Nieto. En resumen: Don Juan Valera no cierra sañudo contra los escritores equivocados, porque sabe que *errare humanum est*, pero una cosa es el error inherente a nuestra limitación, y otra la mentira denunciadora de perversidad espiritual.

Nadie más opuesto en ideología política a Valera que Pi y Margall, y sin embargo al refutar sus opiniones le reconoce dotes de escritor que solo la envidia o la mentecatez podrían regatearle.

Si no pareciera algo irreverente, diría que Valera, al juzgar sobre los libros de algunos tontilocos literarios o filosóficos, hace suyas las palabras del Hijo de Dios: «Perdonadlos Señor, porque no saben lo que hacen».

No ha existido ni existe crítico tan hidalgo como Velarde. ¡Con cuanta generosidad defiende a Campoamor de los que le acusan de plagiario! ¡Qué caballeroso al combatir los arrebatos del gran Aparisi y Guijarro, del cual dijo un escritor satírico que *hubiera sido perfecto de no ser como fué carlista*. Jamás he leído una página de Valera en que el gran escritor maltrate o desdeñe groseramente al adversario en ideología!

Con una sátira sin hiel se burla de las incongruencias, peticiones de principio y sofismas del llamado neo-catolicismo, verdadero pastel de liebre sin liebre. Don Juan, al escribir, tira por debajo de la mesa todas las pasioncillas que pudieran enturbiar la claridad de sus juicios y trata con absoluta equidad a Tirios y Troyanos, Gúelfos y Gibelinos. En éste aspecto muéstrase más equilibrado a mi juicio que el eruditísimo Menéndez Pelayo, el cual, en Ciencia Española y en la Historia de España, tiene páginas que deslustran un tanto su magnífica labor filosófico-literaria:

X

La interpretación de «Don Quijote» dada por Valera, coincidiendo con Menéndez Pelayo, es la racional y estética. Cervantes se volvería loco como el héroe de su novela, tomando en consideración las absurdas comparaciones y disparatados simbolismos que hicieron cervantistas y quijotistas de su libro inmortal. Para unos el aventurero de la Mancha es un caso clínico de manía de grandezas; para otros la imagen de la España intolerante que quiere imponer sus ideales a golpes de lanza; quien ve en «Don Quijote» a Felipe II; otros al propio Cervantes; a quien le mira como un anarquista cristiano, y me aseguraron que un antiguo socio del Ateneo de Madrid, coronel de artillería, consideraba a Alonso el Bueno como un Napoleón del siglo XVII. Hasta conocí hace años a un malagueño muy ingenioso, D. Victoriano Lomeña, que miraba a Cervantes como un precursor de Bacon y del método experimental, y no se propuso otra finalidad al componer su imperecedera sátira que ridiculizar los idealismos de la filosofía clásica.

El académico Sr. Pons y Umbert afirmó en un discurso leído en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que el personaje del Toboso era un enamorado de la justicia pura, limpia de legalismos y tocada de un sentido casi divino por lo trascendental.

Examinados los actos y hazañas de «Don Quijote» a la ley del derecho

positivo, son verdaderos delitos de estafa o imprudencia unos, de lesiones y desacatos a la autoridad otros

Mas no debe olvidarse que su autor era un loco que creía como ciertas sectas que el fin justifica los medios y trataba de imponer sus premáticas a cintarazo limpio, pensando como un Bismarck del siglo XVII, que la fuerza es algo anterior y superior al derecho.

He de repetir, por tanto, lo que en páginas anteriores de este modesto ensayo dije: a saber, que Valera, como el egregio hijo de Alcalá de Henares, distingue entre la caballeridad y los libros de caballerías, ponderando la primera como virtud cristiana y cívica, y cerrando contra los segundos como si de un *morbo* perturbador se tratase.

Aún prende en ciertos cerebros infantiles o estultos, la falsa interpretación del «Quijote» y hemos visto en el Cinematógrafo, personajes y escenas en nada diferentes de las de los llamados libros de caballerías; que ni educan, ni reproducen la realidad y antes por el contrario, siembran en los cerebros las malsanas semillas del desafuero y las rebeldías antisociales.

Cuando «Don Quijote» habla cuerda y bellamente, como en el discurso de las Armas y las Letras, o describe la visión utópica de la Edad de Oro en párrafos inspiradísimos, es porque se encuentra en un intervalo lucido y su monomanía huye por algunos momentos para ceder el paso a la razón y al sentimiento henchidos de patriotismo y de alta poesía, pero cuando arremete contra todo elemento que su nublada razón miró como pernicioso, es el loco que solo recobrará la integridad mental al acercarse la hora de la muerte, convencién-dole de que en los *nidos de antaño no hay pájaros hogaño*, y de que la persuasión y la justicia no pueden componerse a golpes de lanza.

Lo que sucede es que el «Quijote», única obra sin precedentes en el campo de las letras, ya que los tienen hasta la Divina Comedia y el Fausto, aparece como un poliedro luminoso y míresela por donde se la mire, destella ideas y perspectivas mentales, engendradoras de peregrinas concepciones.

Mas no ya un entendimiento tan claro y poderoso como el de Don Juan Valera, sino cualquier espíritu medianamente sensato, puede identificar al sabio aleccionador de Sancho Panza con el delirante y obcecado aventurero que confunde a los molinos de viento con gigantes y a las tímidas ovejas con escuadrones de un ejército.

Por ello, he creído y afirmado en alguno de mis modestos trabajos, que «Don Quijote y Sancho» no son entelequias, sino algo tan consustancial a nuestro ser, como el alma y el cuerpo, y que raro será el hombre que no lleve dentro de sí mismo algo de la exaltación del primero y de la prudencia egoísta del segundo.

XI

Y vamos a los estudios críticos sobre Filosofía y Religión del maestro cordobés. ¿Era D. Juan Valera panteísta, materialista o agnóstico? ¿Fue un espíritu excéptico que disfrazaba sus dudas con las sales del ingenio? ¿Debemos considerarle como un mariposeador de gran talento, como un *dilettante* de la Filosofía que libaba en todos los jardines y hacía posada en todos los credos?

Nó era D. Juan una especie de anguila que resbalaba por todos los sistemas sin dejarse catalogar en ninguno.

Tampoco profesaba el *credo qui absurdum*, sino el *rationabile obsequium*. Es bueno creer, pero hay que saber lo que se cree, decía Kant, y Valera tenía demasiada lucidez intelectual para confundir la superstición y la mojigatería con la firme creencia en una *causa sin causa*, principio y fin de todas las cosas.

La duda es un período necesario en el proceso evolutivo de la verdad. ¿No dudaron San Agustín y San Pablo? ¿No fueron herejes Huysman y Papini? Para creer hay que querer, decía el Obispo de Hiponia, y Valera quiso creer. El creía en un Dios personal y distinto del mundo y por ello no comulgaba en las ideas de Spinoza, ni en las de Hegel, apesar de la grande y justificada admiración que sentía por el filósofo alemán.

También creía en el libre albedrío limitado y podía decir con el maestro macedonio, que este mundo es como un gran Laboratorio donde todos los seres humanos trabajan para perfeccionarse.

Su estética maridaba en consorcio perfecto con sus ideas filosóficas y religiosas. No hay oposición entre lo bello y lo bueno, porque uno y otro son formas de perfección del ser.

La lealtad es bella porque es virtud, y la traición fea por ser pecado o vicio. Las dudas de Valera —si las tuvo—, se resolvieron al cabo en afirmaciones consoladoras.

No era solo verdad la experiencia sensible como pregonaba el filósofo de Koenigsberg. Había algo más alto: existía la intención de lo sobrenatural que el mismo Kant profesaba al escribir en las primeras líneas de su *Crítica de la Razón práctica*, estas bellísimas palabras: «La ley moral está en mi corazón y sobre mi cabeza el cielo estrellado».

Lo que a D. Juan encocoraba —lo repetimos—, eran la hipocresía y la intransigencia rencorosa, denunciadoras de ánimos poco o nada cristianos y de harto limitados horizontes mentales.

«La ley del amor es la esencia del Cristianismo», decía San Pablo, y el

Divino Maestro, sentenciaba: «Amad a los que os aborreeen, orad por los que os persiguen y calumnian».

El odio corrompe la vida y abre abismos entre los hombres. Siendo la religión cosa voluntaria, no se concibe la persecución enconada y sistemática a los que no comulgan en nuestros credos.

El negocio del *alma*, que diría Santa Teresa, no puede encomendarse a inquisidores y energúmenos. Ha de ser objeto exclusivo de nuestra reforma interna, de nuestras convicciones, de nuestra fe.

Hay enorme diferencia entre el verdugo y el misionero. Por ello Valera repugnaba el catolicismo agresivo de Donoso Cortés y las lucubraciones pseudo-metafísicas de Campoamor.

Las puertas del Paraíso no se abren a golpes de espada, como afirma el *Koran*, sino a fuerza de cordiales ejemplos y prácticas de abnegación.

La proscripción, el patíbulo y los autos de fe, no han curado ni curarán las herejías. Castigando el cuerpo no se curan males del alma. ¿Qué pensaría Don Juan Valera al contemplar el espectáculo del mundo actual, roído por mezquinas codicias o fratricidas pasiones? ¿Es que el Hijo de Dios tenía preferencias por esclavos o sajones, por razas blancas o amarillas?

Las apelaciones a la violencia son la triste confesión de nuestra incapacidad para sentir la justicia. De seguro que el autor de «Pepita Jiménez», al presenciar la horrible pugna entre estados que presumen de naciones cumbres, hubiera recordado las palabras de Santa Teresa, al definir el infierno como un *lugar donde no se ama* y al *demonio* como un ser desdichado por incapaz de amar.

Yo no he visto en los escritos de Valera nada antidogmático, ni farisáico, ni excéptico. Acaso no creía en los hombres, como tampoco cree en ellos el humilde autor de este ensayo, pero creía en Dios y nunca desoyó sus redentoras enseñanzas.

La Iglesia, salvando la infalibilidad pontificia en materias de fe moral y disciplina, puede caer en el error y está sujeta como todo lo finito a lamentables equivocaciones. El gran polígrafo cordobés nunca puso rostro ceñudo a sus leyes y cánones, pero se reservó el derecho de abolengo divino de separar el oro de la escoria, haciendo recto uso de su razón. El no llegó a decir con el sectario ¡Oh Física, líbranos de la Metafísica!, sino que subordinó la jurisdicción de la primera al campo de lo experimental y sensible y pasa a la segunda donde debe estar siempre: en el mundo vasto y luminoso de las cosas inmateriales. El culto a la belleza presupone el culto a Dios, fuente de toda perfección y cimiento de toda doctrina estética, limpia de impurezas y aberraciones.

XII

Al defender a Campoamor de la acusación de plagiarlo que le imputó un escritor de segunda o tercera fila, sienta Valera la doctrina racionalmente estética y cimienta también de la verdadera originalidad literaria. No se nace con ciencia infusa. Ningún hombre puede jactarse de ser propietario exclusivo de una idea. Las ideas —decía el que fué mi maestro ilustre y venerado Don Felipe Sánchez Román, al fundamentar el derecho de propiedad intelectual— *no son de nadie, sino de quien las dice como nadie*. Es decir, que se es original no por la esencia, sino por la forma. *Todos hemos de morir* es una idea basada en la universal experiencia y accesible al más tosco de los individuos. Pero llega un alto poeta y la expresa diciendo *palida mors aquo pulsat pede pauperum tabernas, reguenque turris* y conquista con su bella expresión la originalidad. Coincidir en un concepto no es plagiar. Nada tiene de extraño que los pensadores coincidan porque son como viajeros que hacen el mismo camino. Así coincidieron Quevedo y Séneca por ejemplo. Los que no coinciden con nadie son los que no piensan. El que copia un concepto ageno reproduciendo literalmente las palabras que lo expresan, no es plagiarlo, sino desvergonzado ratero.

Igual puede afirmarse de los poetas y en general de todos los literatos. Generalizando la especie de los plagios, solo podríamos encontrar un solo ser original: Dios que sacó el mundo de la nada.

Desde Adán a nuestros días y hecha excepción de los que padecen lesión orgánica cerebral, todos hemos pensado las mismas cosas, pero no las hemos expresado de igual forma.

Un hombre puede sentir la poesía de una puesta de sol, aunque sea analfabeto, en las soledades del Atlántico o en la más alta cima del Himalaya, pero si carece del léxico adecuado, jamás traducirá en bella forma sus emociones. No es la idea la que perdura, sino la forma, alma de la Estética. Fray Luis de León será siempre original, aunque siguiera las huellas de Horacio, porque sobre el mismo tema del *Beatus ille* escribió su famosa *Oda a la vida del campo*, mejorando la composición del vate latino. Sobre todos los Madrigales a unos ojos, es también hasta hoy el más original el bellísimo de nuestro Gutierre de Cetina.

Dije en anteriores páginas de este ensayo, que será rarísima la obra literaria sin antecedentes, pero así como sobre el lienzo traza el pintamonos una figura sin relieve y pinta Velázquez un retrato inmortal, el literato ramplón describe ampulosa o torpemente un paisaje, y el genial en cuatro palabras justas y sentidas nos transmite la sensación perdurable de su hermosura.

Para gloria de España y de su autor, es el «Quijote» un libro que no tiene

precedentes. Sin regatear un ápice de su inmenso mérito, no puede afirmarse lo mismo de la «Divina Comedia» ni del «Fausto». A nadie —sin embargo— que esté en su juicio se le ocurrirá llamar plagiarlo a Goethe por haberse inspirado en la *Leyenda del diablo* o el *Mágico prodigioso*, de Calderón, ni a Don Juan Valera por haber dado vida a su «Doctor Faustino», que es un pobre iluso en nada semejante al «Fausto».

XIII

El tema propuesto por la Sociedad de Amigos de Valera, trae a nuestra memoria el recuerdo de la Historia de las ideas estéticas de Don Marcelino Menéndez Pelayo. Todo individuo lo bastante capacitado para formarse idea de su mérito, hará con nosotros cumplida justicia a la ciencia portentosa y al talento de su autor.

Menéndez Pelayo y Don Juan Valera, son sin disputa los mejores críticos que ha tenido España. Crítico teatral de enjundia fué Larra y crítico literario de indiscutible capacidad *Clarín*, pero el primero brilló más en la sátira costumbrista y el segundo mostróse en extremo apasionado, al juzgar no pocas obras de sus contemporáneos.

Decía el mismo *Clarín* que *nadie debe opinar cuando está enfermo*, pero el ilustre escritor palentino parecía en muchas ocasiones aquejado de algún morbo *hepático* o tocado de rencores y prejuicios indignos de su prosapia intelectual al emitir dictamen respecto a las producciones de ciertos autores que no le eran simpáticos. Así fué injusto con Velarde, con Cavestany, con Manuel del Palacio y maltrató sañudamente a escritores dignos de estima. El que al pronunciar juicio sobre las obras de un autor no puede desprenderse de ciertas pasioncillas hijas de su temperamento atrabiliario o de una ciega antipatía, debe abstenerse de practicar la crítica. Menéndez Pelayo y Valera fueron harto más ecuanímenes y a su gran autoridad sumaron un criterio ético y estético digno de todo aprecio.

Tal vez el primero, ofuscado por nobles ceguedades doctrinales o de índole confesional, dejóse llevar del arrebató cayendo en lamentables exageraciones, pero en general muéstrase ponderado, aunque nunca en el grado que lo fué Valera. El gran escritor montañés pensaba, al hacer crítica, más en la ideología religiosa del criticado, que en su valer estético. Su ardiente catolicismo le hizo execrar a Larra suicida y no comprender en toda su importancia el talento de otros literatos de tibia fe, a los cuales me aseguraron que calificó alguna vez de energúmenos.

Valera y Menéndez Pelayo representan algo así como las mitades de un todo cuasi perfecto. Menéndez Pelayo es más erudito; Valera más ingenioso;

Menéndez Pelayo tiende a la grandilocuencia; Valera encarna con singular acierto ese estilo *medio* tan alabado de los preceptistas; Menéndez Pelayo encuentra en lo pretérito la verdadera grandeza de España: Valera, sin desdeñar lo tradicional, reconoce la fuerza de la evolución y su eficacia transformadora; Menéndez Pelayo cree que España debe volver a ser lo que fué, y Valera piensa con Heraclito, que la corriente de la historia, semejante a las aguas del río, no pasa dos veces por el mismo sitio; Menéndez Pelayo en aras de su cálida religiosidad lo subordina todo a las enseñanzas de la Iglesia; Valera, sin dejar de ser creyente, opina que la razón es tribunal inapelable para sentenciar los más áridos problemas de *tejas abajo*; Menéndez Pelayo llega en su ferviente catolicidad a la indignación y al sarcasmo contra los enemigos de su credo; Valera tiene para los extravíos y errores humanos una mirada de indulgencia; Menéndez Pelayo flagela con el látigo de su encendida prosa, a disidentes, contumaces y heterodoxos; Valera profesa el *Panfilismo* (amor a todo lo creado) que en el fondo es cristianismo, porque quien ama a las criaturas ama a Dios su creador; Menéndez Pelayo en ocasiones apela, lleno de honrado ímpetu, a la invectiva; Valera sabe que la sátira violenta, lejos de mejorar a los hombres, los exaspera; el autor de *Horacio en España* mira más al cielo que a la tierra; Valera distingue entre lo ideal y lo real. Menéndez Pelayo juzga a los hombres como debieran ser y Valera como son; Tiene el gran polígrafo santanderino la luz y los ardores del sol de mediodía y Valera las medias tintas y el encanto de los crepúsculos.

XIV

En los estudios críticos sobre Historia y Política, ratificó una vez más Valera su ejecutoria de analítico sagaz y ponderado. La historia a la que Aristóteles negó carácter científico, porque según él no hay ciencia de lo *mudable*, es un género literario no reñido con el arte, ya que la verdad por sí sola es bella, y su exposición puede, sin dejar de ser imparcial, adornarse con estéticos atavíos. El mismo Menéndez Pelayo habla de historiadores artistas como Carlyles. Don Juan Valera en esta, como en todas las disciplinas que cultivó muéstrase hablista galano y en ocasiones elocuente. El mejor comentario de un hecho es el hecho mismo. La historia se prueba con documentos y testimonios, pero aquellos pueden ser en ocasiones apócrifos y estos apasionados; más del hecho en sí derivanse indeclinables efectos que no pueden ser arbitrariamente negados por la sofistería o el espíritu de banderías.

Valera deja que los hechos hablen por sí mismos y luego deduce con el criterio de la razón autónoma sus consecuencias sociales y políticas. Su crítica es perfectamente objetiva. No ignora que la *maestra de la vida*, como obra

de los hombres, puede caer en el sectarismo y acaso desconfía como su ilustre colega Campoamor, de la veracidad de la historia antigua al ver cómo se escribe la moderna, pero por cima de todos los testimonios interesados o venales, sienta el concepto lógico y mesurado de un verdadero filósofo.

Así con la misma imparcialidad que niega la *leyenda negra* que nos pinta como al pueblo monopolizador del fanatismo y la crueldad, reconoce que el espíritu inquisitorial, puso trabas al pensamiento español dificultando su desenvolvimiento.

El heterodoxo era para nuestras viejas leyes un criminal cuya trasgresión se castigaba con pena capital porque con sus libros o sus actos violaba la conciencia de un pueblo y de un estado que consideraba la religión como el fundamento de toda justicia y de todo orden estable, pero Valera profesa el *distingue tempora y concordabis jura* y se explica las intolerancias aunque no las justifique.

Al hablar de la libertad religiosa el polígrafo cordobés, no saca la caja de los truenos ni prorrumpe en diatribas contra los impíos de toda laya. Acaso piensa que la salvación eterna es cuidado que atañe a los hombres más que al estado y que éste, en pura tesis de razón, no debe tener subjetividad religiosa, pero se rinde al hecho abrumador de una tradición secular favorecida por el espíritu soñador e idealista del pueblo español.

Igual procede al tocar otros temas de carácter histórico y confesional, y su pluma, semejante a la salamandra, pasa sin quemarse por todos los incendios.

Repito y repetiré que no conozco crítico de tan sereno criterio y noble independencia, como este eximio cordobés, paladín del buen sentido y mentalidad equidistante de los prejuicios de tirios y troyanos.

No es ecléctico porque como se ha dicho, el eclecticismo es el sistema de los que no tienen ninguno, sino espíritu razonador y justo, enemigo de toda suerte de perniciosas intransigencias.

Dios está sobre toda discusión, porque es obra de la fe, pero las afirmaciones sobre lo absoluto, hechas por ciertos filosofastros que despojan al ser infinito de toda realidad extramundana, son partos de la necesidad en alianza con la soberbia.

Al creyente discreto no le puede sorprender que el mal reine sobre la tierra con más frecuencia que el bien.

Recuerda el pecado de origen, confirmado por la ciencia antropológica y cree con el teólogo que el hombre más justo peca siete veces al día.

Al exponer su juicio sobre la escuela llamada integrista, pone de relieve sus exageraciones sin perjuicio de pagar el debido tributo a los talentos de Necedal.

Defiende a España de imputaciones calumniosas y bendice las ofensas

que sobre su historia lanzaron escritores tocados de un orgullo nacional reñido con la verdad.

El hecho de haber militado en partidos de orden, no le impide mostrarse severo con toda tendencia que da calor a los nepotismos y privilegios detentadores de la justicia distributiva. No suscribe los optimismos infundados ni tampoco el pesimismo desalentador, sino que vé con el filósofo popular «que no hay mal que por bien no venga» y que el mismo exceso del primero clama por la instauración del segundo con lógica inexorable.

Decía Pascal que en el hombre hay algo de angel y algo de bestia, y Valera, como el filósofo francés, está convencido de esta duplicidad de fuerzas en un solo ser que no le permiten en toda ocasión hacer uso recto de su libertad.

No basta querer el bien. Es necesario que a realizarlo nos ayuden la sociedad y la naturaleza.

X V

Sin dejar de ser un espíritu noblemente cosmopolita, Valera es devotísimo de la patria en que nació, y en aras de ese sentimiento más poderoso que la razón misma, encuentra generosas disculpas para las observaciones y vicios nacionales.

Así hace la apología de las corridas de toros combatiendo a un escritor tauróforo que las juzga como causa de envilecimiento y corrupción. Don Juan no cree que el riesgo que corre la vida del torero en el coso sea mayor que el del gimnasta en el trapecio o el del albañil en el andamio.

A la fiesta de los toros —dice— van las gentes a divertirse, no a cosechar ideas ni a procurar su redención espiritual con sermones ni prácticas morales.

Además es seguro que Don Juan, como fiel adorador de todo lo vistoso o pintoresco, había de complacerle la visión de una plaza de toros poblada de lindas mujeres y henchida de alegres colores.

Es tal vez este aspecto el único en que discrepo de Valera.

En mi modestia creo que la fiesta taurina es un espectáculo un tanto salvaje y estúpido, y me rio como un bendito cuando leo los artículos de ciertos periodistas en que se llama *divino* al Gallo, *monumento* a Manolete y *terremoto* a Belmonte.

Pienso como Unamuno que la plaza de toros es un desahogadero de la grosería nacional y que bastantes de los espectadores que a ella concurren y se desprenden con pródigo gesto de cantidades nada despreciables por ver muletear y dar muerte a un toro, escucharían tal vez con indiferencia al tullido

o al anciano que les pidiera una limosna. Ya sé que esto que digo choca con la casi total adhesión del público al espectáculo y estoy convencido de que por pensar así me calificarán de *cursi* y de *mal español* y hasta de *invertido*, los majaderos y energúmenos de toda laya, pero no quiero renunciar al placer de decir lo que siento, aunque esto parezca pecado de herejía a los que califican de *héroe* a cualquier codicioso que expone su vida no por un ideal, sino por unos cuantos miles de duros o pesetas.

Respeto la opinión de Valera, de quien soy como puede verse leyendo este ensayo, admirador fervoroso, pero *amicus Plauto sed magis amicus veritas*,

Si el arte es una colección de reglas para conseguir un fin, la tauromaquia será un arte, pero si este consiste en la realización de la belleza, no veo en ella nada que concuerde con los cánones estéticos. Indudablemente seré un ser vulgar y un aguafiestas, pero no voy mal acompañado en la antipatía que me inspira la llamada fiesta nacional.

Como yo pensaron Isabel la Católica, Lope de Vega, Jovellanos y Cajal, y piensa Benavente, sin olvidar al gran Costa, que en memorable discurso flagelaba la escoria social ebria de vino y de salvajismo inundando las plazas de toros el día de la derrota de Santiago de Cuba. Fuera del aspecto ornamental que ofrece el circo taurino y de la polícroma exhibición que nos atrae con sus contrastes y juegos de luz, no veo belleza alguna en una corrida de toros. He dicho corrida y rectifico. Debiera llamarse mejor *martirio* de reses educadas para la lidia. El toro es tal vez lo único hermoso que encuentro en la fiesta. Su arrogancia y gallardía me admiran. Su gesto al acometer y al defenderse de los que le burlan o maltratan, me seduce.

Lo preparan para una muerte alevosa, picándolo y banderilleándolo, y llega jadeante y agotado al último tercio de la lidia que para él significa la cesación del martirio.

XVI

En sus *Cartas Americanas*, primeramente publicadas en el prestigioso periódico «El Imparcial», de Madrid y coleccionadas después en cuatro nutridos volúmenes, analiza con el acierto de siempre todas las manifestaciones del arte literario en las repúblicas sudamericanas.

Antes había escrito notables artículos sobre el mismo tema en otras naciones del continente y en especial sobre El Brasil.

Fiel a su táctica crítica nunca se deja llevar de apasionamiento y juzga a los escritores de los pueblos hermanos con ejemplar equidad. Me ha hecho mucha gracia su opinión sobre Ruben Dario. Este hombre —dice— parece por su nombre y apellido judío y persa, y en cuanto al contenido de su obra, es

incatalogable. No sé como clasificarle. No es simbolista ni parnasiano y le considero como un poeta francés nacido en Nicaragua.

Exactísimo. Ruben Dario a quien no se le pueden negar dotes de muy alto poeta, fué un enamorado de Verlaine, a quien dedicó un *responso* con honores de ditirambo. La mayor parte de sus composiciones están empedradas de vocablos de origen mitológico y de galicismos, dando la sensación de lo exótico. Es la antítesis de un gran poeta español: de Gabriel y Galán el autor inspiradísimo de *Castellanos y Extremeños*. Las estrofas de Gabriel y Galán resuenan en mi corazón como una música nacional. Las de Rubén se me antojan música de concierto o baile parisino.

Don Juan pasa revista a las literaturas argentina, colombiana, peruana, mejicano-francesa —como él dice con gracia—, y sin eufemismos de ninguna especie reverencia al mérito donde lo hay y fustiga sin acritud y con donaire la obra de los que el ingenio y descarado Fray Candil llamaba los *sinsontes y grafomanos* de América.

En las naciones hermanas o afines hay poetas de la talla de Asunción Silva, Guillermo Valencia, Santos Chocano, Amado Nervo, etc., y prosistas como Rodó, Ricardo Palma y Montalvo, entre otros.

Creo que fué Menéndez Pelayo quien llamó a Colombia la Atenas de América. Desgraciadamente la literatura francesa ha ejercido malsana influencia en las letras de América, y el número de los escritores afectados y pedantescos, así como de los tocados de un prurito erótico lindante con la pornografía, es considerable. Víctor Hugo, príncipe de la hipérbole, llamó a París *cerebro de Europa*. Con más exactitud pudo llamarle *cerebro de la América Hispana*. El gabachismo lo ha invadido todo y esa invasión, reñida con el buen gusto y hasta con el decoro de la prosa, ha sido y es fomentada por algunos literatos nacidos en España, aunque extranjeros por el espíritu que, según palabras del erudito Navarro Ledesma, hacen con nuestra rica lengua lo que los borrachos con la capa: arrastrarla por el fango.

XVII

Don Juan Valera no cree como el filólogo Julio Cejador, que el lenguaje es algo que brota como las plantas del suelo, y que el pueblo sea su exclusivo creador. En los pueblos como entre los individuos, son muchos los que solo tienen una vestidura y quienes además de la de uso diario poseen otras más galanas y bellas para los días festivos. Hay que dar al *sermo vulgaris* lo que es suyo, y al *sermo nobilis* lo que le pertenece. No sería justo poner a un Ovidio y un Horacio en el mismo plano del cochero de la esquina, ni a Cervantes en el de un rústico analfabeto.

Aparte de esto el autor de *Doña Luz* admira como pocos nuestro espléndido refranero y en todas sus obras reproduce dichos y sentencias populares, en que el gracejo alterna con la exacta visión de la realidad engendrada por la experiencia de la vida.

El «Quijote», nuestra más nacional y magna producción, está saturado de proverbios y el llamado despectivamente *vulgo ignaro* ha sido precursor de muchas hipótesis científicas.

Antes que Tarde formulara con aparatoso énfasis la ley de *imitación*, decía el pueblo que *un loco hace ciento*. El principio de la *adaptación al medio*, de Darvín, está no ya vislumbrado, sino contenido en aquel apotegma de *quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija* y la llamada *ley de herencia* intuita en la certera observación de que *de casta le viene al galgo el ser rabilargo*.

Séneca es el más popular de nuestros filósofos, precisamente por expresar con arte lo que la opinión de la masa social dice sin retóricos aliños. Las causas de las cosas ha de investigarlas la filosofía, pero el pueblo en la práctica y observación de los hechos, se adelanta a los sabios y echa las bases del edificio del conocimiento. No podemos prescindir de la experiencia, piedra de toque para aquilatar la verdad, y nuestras más atrevidas especulaciones vienen a tierra si les falta ese precioso sustentáculo. Don Juan Valera, siendo como es un literato atildado y pulcro, es la suma sencillez cuando discurre y expone, porque, como observa Balmes, la sencillez es el carácter de la verdad.

El encanto de la prosa y de los razonamientos de Valera, está en decir con claridad meridiana lo que gran número de escritores expresan con arte sibilino.

Nuestro gran compatriota no vela con nieblas y terminología pedantescas los conceptos, sino que los viste con inconfundible propiedad, y si, en ocasiones su grandísima cultura puede constituir un obstáculo para ser entendido de los indoctos, nunca le falta el ejemplo y la comparación adecuada para incrustar en el espíritu del lector la lógica de sus afirmaciones.

La afectación no reza con él y hasta cuando trata de sistemas metafísicos, encuentra el vocablo preciso y justo para ser comprendido sin apelar a ese tecnicismo enfadoso que desconcierta al lector de Kant, con ser este como es uno de los más grandes pensadores que ha conocido el mundo. Otra vez he de repetir, hablando de la estética de Valera, la definición de lo bello que nos dá el discípulo de Sócrates: «La belleza es el resplandor de la verdad». Ser, erudito a secas es un mérito relativo, pero hacer agradable la erudición matizándola con las sales del ingenio, es preciado privilegio de que pocos pueden ufanarse.

«Si quereis ser leídos, sed amenos», decía el académico Castro Serrano,

el autor de la famosa «Novela del Egipto», y el hijo ilustre de Cabra lo es en grado eminente aunque no faltaron escritores que le encontraban fastidioso porque no concebían la profundidad en alianza con la gracia. En materias de crítica filosófica, religiosa o política, es muy difícil hacer lo que hace Don Juan Valera: convencer y deleitar al propio tiempo sin caer en la ligereza de la mariposa ni en la pesadez del paquidermo.

XVIII

Este hombre singular cultivó con lucimiento —como hemos dicho—, todas las disciplinas y entre ellas la literatura periódica. Los artículos de Valera insertos en la «Gaceta de Madrid», se apartan del periodismo *corriente* y *moliente* que diría Cervantes. No son impresiones fugaces, ni juicios poco meditados, ni alardes de erudición de acarreo.

Distan de lo que llamó «la gacetilla estirada», tanto como de la enfadosa redundancia. Tienen la extensión que reclama la importancia del tema y ni encocoran por difusos ni pecan de concisos. Son como sugerencias que al par que nos agradan por su estilo, nos permiten descubrir bellas perspectivas mentales. El periodista moderno, salvando esclarecidas excepciones, escribe para el día y sus artículos duran lo que la vida de ciertos insectos que nacen y mueren en veinticuatro horas. Los trabajos periodísticos de Valera trascienden del estrecho marco del comentario liviano y ponen una vez más de relieve el maduro juicio y la dialéctica de su autor.

En el volumen titulado *Meseolanza*, hace alarde de su extensa y bien asimilada instrucción y discurre sobre los más varios asuntos con verdadera maestría. El ensayo sobre *Crematística* o ciencia de la riqueza, desarrolla un tema de por sí árido con donosura inimitable.

El elogio de la mujer cordobesa es un estudio acabado de las virtudes domésticas de sus pasiones y de su pintoresco lenguaje.

Al ocuparse de sus habilidades culinarias, hace un estupendo inventario de la cocina cordobesa. Se advierte leyéndola que Don Juan Valera no era un *gourdan* (tragón), sino un *gourmet*, es decir, un sibarita. Hasta en estas materias al parecer prosaicas, demuestra su buen gusto y abolengo estético. La delicadeza espiritual se revela no solo en el diálogo, en los libros y en la conducta, sino también en las comidas. De todos modos, leyendo el ditirambo de Valera a la cocina cordobesa y a las sabias manos que la preparan y condimentan, se abre el apetito. ¡Pobres de los hambrientos, de los cesantes y dispépticos que lo lean! Los dos primeros renegarán de la desigualdad económica que les impide ingerir tamañas excelencias nutritivas, y los terceros sufrirán

un nuevo empacho gastronómico-cerebral, agravatorio de su incapacidad digestiva. En otro estudio contestando al señor Liniers, acerca de la supuesta perversión moral de la España de nuestros días, el señor Valera combate el mismo prejuicio que en otras materias refutó con sana lógica reforzada por abundante documentación.

Con razón decía el poeta elegíaco:

Como a *nuestro parecer*
cualquiera tiempo pasado fué mejor.

El que por su corto horizonte mental o desconocimiento de la historia, cree que vivimos en el peor de los mundos posibles, incurre en gran error y además niega el principio cristianísimo de la perfectibilidad humana.

No somos peores que nuestros antepasados, ni vivimos con más estrechez, ni rendimos menos culto a la probidad y a la justicia, fundamentos del bienestar social.

Ningún Jefe de Estado cobra hoy del presupuesto la suma de cuatrocientos cincuenta mil ducados que percibía por sus oficios el Conde Duque de Olivares. No sé de ningún monarca contemporáneo que se haya visto obligado a empeñar su gabán para comer como Enrique III el Doliente, ni que para cubrir los gastos que exige su elevado cargo, tenga que vivir de los préstamos de ciertos comerciantes genoveses como Felipe IV, según afirma D. Francisco Silvela en el prólogo a las cartas de la ilustre monja Sor María de Agreda. Tampoco creo que la fidelidad conyugal y el pudor sean hoy menores que en tiempos pretéritos.

Leyendo a nuestros clásicos se descubre al través de sus lamentaciones la gran bancarrota de la moral social.

Las mujeres no son más puras, ni los funcionarios más íntegros, ni los hombres más honrados.

Al contrario, el adulterio, la prevaricación y el fraude eran el pan nuestro de cada día y el desenfreno reinaba por doquier en alianza con la hipocresía.

Léase a Calderón, a Lope, a Quevedo, etc., y sobre todo al sabio y valentísimo Baltasar Gracian y se verá que en aquel mentido paraíso vivían más serpientes que palomas. El culto al honor era verbalista y declamatorio y a lo más que llegaban, por ejemplo, los pacientes maridos de aquellos tiempos era a no permitir que los trocara en *rumiantes del Rey abajo ninguno*. No vivimos en la edad de oro tan bellamente descrita por Cervantes; pero existe alguna *plata* y no abunda tanto el cobre como en los pasados siglos que una patriotería absurda mira como dechados de virtud y espejos de continencia.

XIX

La delicadeza espiritual de Valera acreditase aún más al tocar el tema del industrialismo literario. Nunca fueron las letras medio rápido de hacer fortuna pero hoy juzgando por las ediciones reales o simuladas de sus obras, bastantes autores deben ser muy ricos.

El autor de «Pepita Jiménez» miraba el cultivo de las letras como un *puro lujo del espíritu*. Tenía demasiada riqueza interior para poner en el lucro el punto de mira de su ardiente vocación estética.

Así decía sin asomos de tristeza que la más alabada de sus obras no le había producido dinero bastante para comprar un vestido a su esposa. La literatura es, comercialmente hablando, un mal negocio que rara vez produce ingresos de cuantía, pero el escrito de sangre *entero*, como diría la Condesa de Pardo Bazán, no para mientes en ello. Para ser sabio o artista hay que desprenderse de anhelos crematísticos y en ocasiones hacer voto de pobreza.

Hoy existen algunos *cucos* literarios que alhagando los apetitos literarios o el mal gusto del vulgo alcanzan un relativo bienestar económico.

Valera pensaba como el místico:

«No me tienes que dar porque te quiera,
porque si cuanto espero no esperara
lo mismo que te quiero te quisiera

¿Cuantos miles de pesetas o duros no habrá producido «La Corte de Faraón», La «Gatita Blanca», «Al Agua Patos», etc?

¿A cuanto no ascenderán los ingresos metálicos de los llamados Reyes del Trimestre?

Véase en cambio el significativo ejemplo de Galdós, que después de haber producido cerca de dos centenares de obras, llegó a la vejez ciego y pobre y hubo de promoverse en favor suyo una suscripción nacional que encontró in-calificable resistencia.

Si una bella novela como *La Casa de la Troya* hizo rico por caso fortuito a su autor, yo quisiera saber lo que *El Escándalo*, *El Sombrero de Tres Picos* y *El Sabor de la Tierruca* habrán producido a Pereda y Alarcón, por no citar otros renombrados novelistas.

«Antes, decía el inolvidable Ganivet, teníamos el dolor de ver a los genios morir de hambre; hoy tenemos el consuelo de ver gordos y colorados a muchos escritores que no tienen nada de genios.»

Igual puede afirmarse de ciertos conferenciantes no tan elocuentes como vanidosos, que predicán la regeneración de España haciéndose pagar el placer inefable de escuchar su *pirotecnia* verbal a diez pesetas la butaca. No tengo

noticia de que Donoso Cortés, Castelar y Vázquez Mella hiciera lo mismo, pero ¿quién tiene la culpa de que fueran tan poco prácticos? Cuando alguien nos diga con más o menos sincera melancolía que el cultivo de la ciencia y de las letras rara vez permite alcanzar la independencia económica, debemos recomendarle que haga acto de contricción y rectifique el rumbo de su vida abriendo un *bar* o instalando un cinematógrafo o emulando, si ello fuera posible, las hazañas de Belmonte, el Gallo y Manolete, seguro de que, aunque no le hagan académico de número de la R. A. de la Lengua, nunca le faltarán panegiristas cantores de sus hazañas, más o menos interesados, ni buenas cuentas corrientes en los Bancos Oficiales.

He creído que no repugna al tema propuesto por la Sociedad de Amigos de Valera, tratar, aunque sea con la obligada concisión de este aspecto que parece prosáico del industrialismo literario, pero que tiene indudable fondo ético y estético. Como hay cortesanos de la plebe lisonjeadores de sus apetitos, existen también literatos cortesanos del vulgo que espolean sus instintos amenuado groseros o pedestres.

El que escribe para ganar dinero o adular al populacho, nunca merecerá el título de amante de la belleza.

Desde Homero hasta Valera no ha existido escritor de hidalga estirpe que haya llevado por *debe* y *haber* como cualquier comerciante su cuenta con el público. No se ha preocupado más que dar a luz lo que bullía en su entraña espiritual, rindiendo así el debido tributo a la divina misión del arte que no mira al provecho sino a la difusión de las ideas o estados de ánimo vestidos con el ropaje de la hermosura formal.

Las cantidades que percibieron Cervantes, Zorrilla y Lamartine por sus obras fueron harto inferiores a las que obtienen las cupletistas, los tenores y hasta los que profesan el *Foot-Ball* que es una especie de esgrima de los miembros inferiores, mediante la cual el jugador se coloca en un plano inferior.

La belleza es cosa que está por cima de granjerías y lucros y la Divina Comedia y las Moradas de Santa Teresa distan de la utilidad lo que el Sermon de la Montaña de una fábrica de tejidos.

X X

Reasumiendo ¿Cuáles son las ideas estéticas de Don Juan Valera?

Para mí la Etica y la Estética son inseparables como otras hermanas siamesas. La belleza es un aspecto del bien y el bien es lo adecuado a la naturaleza del ser.

Un corcobado nunca será bello, ni un traïdor tampoco, por correctas que sean sus facciones y bien proporcionado su cuerpo.

Lo inmoral no puede ser bello, ni lo sofístico, ni lo mordaz, ni lo absurdo. La belleza va del brazo de la verdad y la justicia y solo puede ser apreciada por la razón.

Definió San Agustín la ley eterna como «la razón y voluntad de Dios que manda conservar el orden natural de las cosas y prohíbe su perturbación». Lo mismo puede afirmarse de la Estética. El orden natural es su ley y quien la infringe nunca llevará la emoción a nuestro espíritu ni el convencimiento a nuestra mente.

Valera huye por instinto y por disciplina mental de todas esas perturbaciones maliciosas o necias que solo acreditan la soberbia en alianza con la impotencia creadora.

No hay literatura vieja ni nueva sino libros buenos o malos y éstos últimos duran lo que el *beno*, del cual dijo el poeta:

a la mañana verde
seco a la tarde

El libro bueno deja siempre huellas gratas en nuestra alma y solicita repetidas veces nuestro estudio.

El tiempo, que es una Providencia estética infalible como Dios, mata inexorablemente lo malo y conserva lo que deleita o seduce.

El libro bueno lo es por el continente y por el contenido, y lo mismo que existe una perfección esencial (ética) hay una perfección formal o estética. En el Arte como en la vida, no se concibe un fin bueno con medios malos.

Valera rinde cumplido acatamiento a este apotegma. Corrige sin humillar al corregido y jamás manchará la túnica de Apolo con obscenos naturalismos.

Los cimientos de su estética son la verdad, la justicia y el decoro del estilo, modelo de claridad y al par de galanura.

Si el arte literario está principalmente en la forma, no debemos olvidar que esta no revela siempre la esencia de las cosas y muchas veces obra como ciertos venenos gratos al paladar pero enemigos de la salud espiritual.

Se ha tachado de excéptico a D. Juan Valera y nada más lejano de la verdad que tamaña afirmación. Sólo la ignorancia o la envidia pueden regatear al autor de *Doña Luz* su generosa entraña, su recto juicio y sus sentimientos cristianos.

Acaso una larga y dolorosa experiencia le hizo desconfiar del mundo, pero creía en Dios y su rica obra literaria, vista sin espíritu de secta, es una confesión elocuentísima de firme religiosidad.

Reduciendo a reglas sus aciertos descriptivos, su penetrante visión de los

seres y de las cosas y su dicción soberana saturada de donosura encantadora, podría escribirse un libro de Estética superior a los de *Richter*, *Winkelman*, *Baumgarten*, *Ruskin* y *Croce*, entre otros renombrados tratadistas.

Y aquí pongo fin a este ensayo, repitiendo lo que hace cerca de cuarenta años escribí en uno de mis libros, a saber: que este mago de nuestra lengua y de nuestras letras, merecería con más títulos que algún endiosado extranjero, ser unánimemente elegido diputado por la belleza.

Pascual Santacruz

Córdoba 1944.





Estatua romana hallada el año 1928 en las ruinas de una villa romana en el arroyo de Pedroches, cercano a Córdoba, y excavada oficialmente por el Ilmo. Sr. Don Enrique Romero de Torres, cuya estatua se halla en el Museo Provincial de Bellas Artes.

La nueva pila de Almiría, y las representaciones zoomórficas califales



En el año 1926 apareció la hermosa pila califal tipo almanzoreño, que hoy guarda el Museo arqueológico de Córdoba, al ser destruidas, por su propietario, el Conde de Artaza, las ruinas que excavó oficialmente Don Ricardo Velázquez (1) en la bella finca al



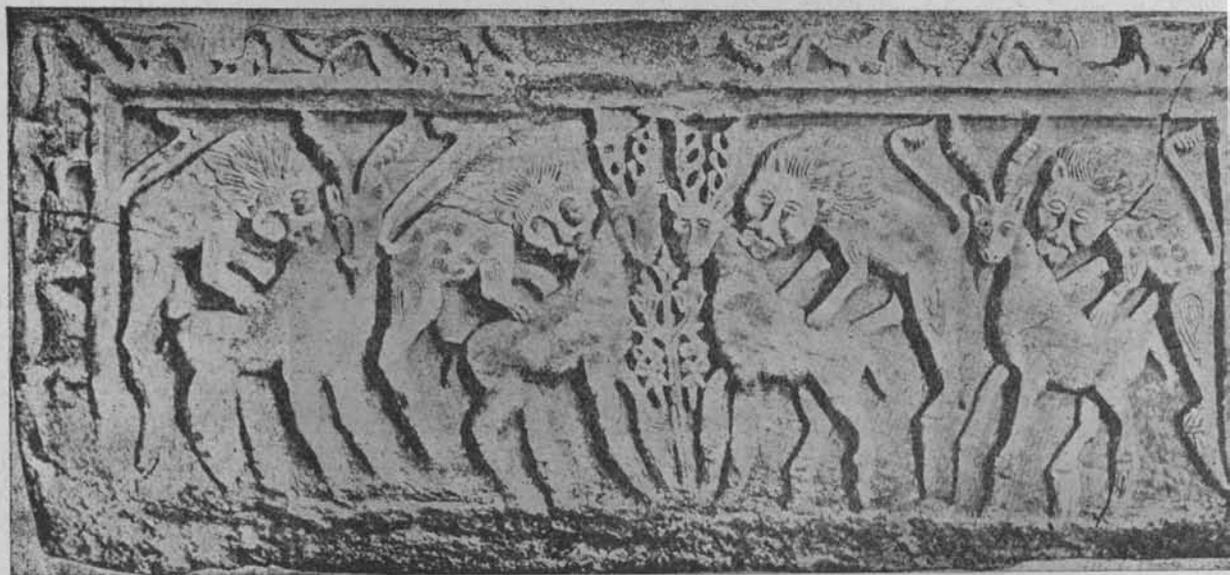
Pila califal hallada el año 1926 en las ruinas de Almiría, el palacio de Almanzor en la Sierra de Córdoba y depositada en el Museo Arqueológico de esta ciudad

occidente de Córdoba, poco más allá de Medina Az-Zahra, que fué propiedad del célebre háchib de Hixen II. (2)

Aquella hermosa pila, descrita y publicada en informe oficial de la Comisión de Monumentos de Córdoba (3), parecía representar el momento pleno del arte escultórico perteneciente a los últimos decenios del siglo X, en que Almanzor es el árbitro del Califato español.

Esta primera pila de Almiría tiene 0'95 mts. de longitud, por 0'68 mts. de anchura, y una altura vertical de 0'26 mts., con una profundidad interior de 0'21 mts. Sus cuatro caras están análogamente decoradas, con vigorosa talla, de una fila inferior de hojas

de acanto lisas, gemelas de los capiteles califales de la mezquita de Córdoba, pero de mayores dimensiones; entre cada dos de ellas se eleva un caulículo que se abre en dos cornezuelos enrollados labrados en estrías; y sobre cada uno de estos tallos, cabezas alternas de leones y cabras. En los ángulos, la cabeza de cabra, por la dirección espiróide de los cuernos, parece más bien de oveja o carnero. Las cabecitas de león, con grandes mostachos, tienen un vago aspecto antropomorfo.



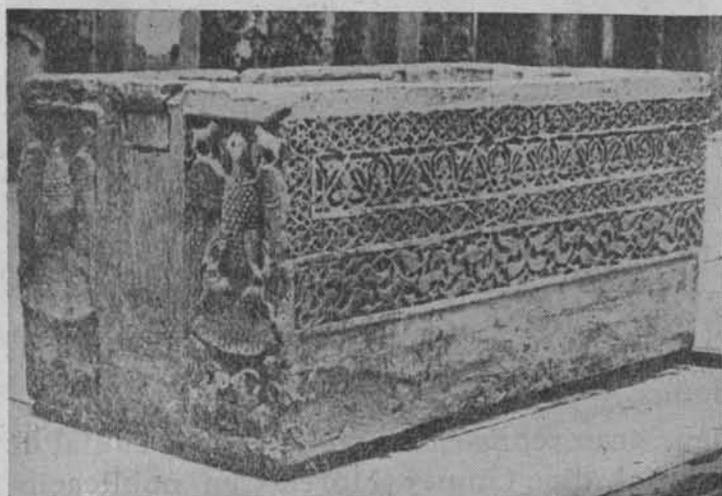
Frente posterior del pilar de la Alhambra, el cual, apesar de aparecer fechado en 704H. (1305 de J.C.), ya sospechó Amador de los Rios, en 1913, y luego han confirmado posteriores epigrafistas y arqueólogos, que es un pilón califal de Córdoba, cuya inscripción original fué relabrada. En su leyenda actual, esta inscripción empieza: «Badis ben Habus el Sanhachí (hizo transportar) todos los mármoles al alcázar de su capital Granada...» y el ilustre arabista francés Levy-Provençal, en sus *Inscriptions arabes d'Espagne*, 1931, p. 199, se pregunta cual sería la ciudad, sin duda Elvira, que dicho soberano mandó desposeer de sus mármoles, para enriquecer con ellos Granada, siendo lo cierto que fueron las dos grandes creaciones califales de Córdoba, Medina Az-Zahra y Medina Zahira, las que sufrieron las devastaciones y saqueos almoravides, según consta de numerosos testimonios. En su artículo sobre *Incripciones árabes de la Alhambra y del Generalife*, del profesor A. R. Nyckl, publicado en «Al Andalus», IV, 1936, p. 446, se opina que esta pila procede de Medina Az Zahra.

El hallazgo de esta pila, aunque fuera desgraciadamente debido al arrasamiento de las ruínas de Almiría, a las cuales perteneció (4), marca una etapa decisiva en el arte califal. El arqueólogo francés H. Terrasse (5), dice de ella: «esta escultura, de una vigorosa estilización, está verdaderamente en alto-relieve. El arte del Califato no nos ha revelado todavía nada semejante. Por el contrario, la decoración de esta pila hace pensar en ciertas esculturas visigodas y más todavía en ciertos capiteles de Volubilis. Se puede creer que esta pila es anterior al Islam». Como se demuestra en el trans-



Pilón califal, hallado en Sevilla el año 1888, y hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, cuya inscripción aparece dedicada a Almanzor en el año 377 H.—987 J.C.

Pilón de la medersa de Ben Yusef, en Marrakech, dedicado a Abdelmélic, el hijo y sucesor de Almanzor, que gobernó los años 392-398 H. (1002-1008 J.C.)



Otros frentes del pilón de Marrakech, muy análogos, como el anterior, a los del pilón de Madrid.

curso de este trabajo, la opinión de Terrasse, como la de otras atribuciones arqueológicas de la Mezquita cordobesa, es equívoca, a pesar de la gran autoridad de este maestro del arte hispanomusulmán. (6)

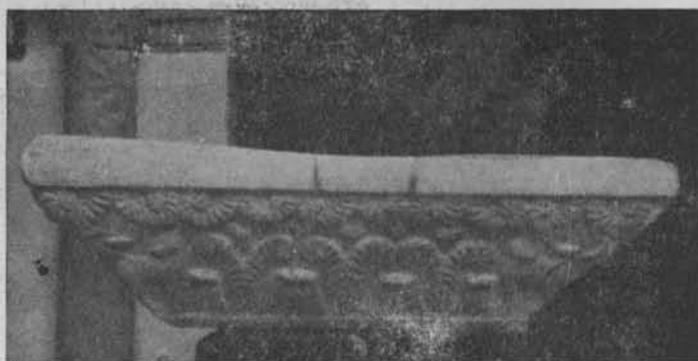
La identificación almanzoreña de la pila de Almiría es incues-



Frente de la pila de Játiva.

tionable. El lugar y circunstancias del hallazgo, el mármol en que está labrada, la composición general, los temas estilísticos, todo ello la sitúa dentro del marco general del arte califal omeya de España. Respecto al vigor y alto-relieve de su talla, a la luz de los recientes hallazgos de Medina Az-Zahra (7), no es sorprendente. Se venía estimando que el arte del Califato de Córdoba era blando y sin relieve, y que su progenio bizantina respecto a la labra plana, había perdurado e incluso dulcificado en Andalucía. Notorio error, que los modernos hallazgos han venido a enmendar, y que no es de este lugar especificar. Se puede ya asegurar, sin temor a engaño, que la reciedumbre española vigoriza el arte califal, en el

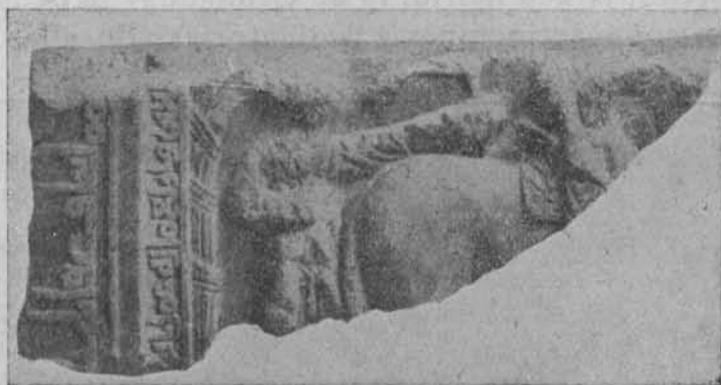
Nueva pila, procedente de Almiría, descubierta en 1945, y donada al Museo Arqueológico de Córdoba.



que descuellan individualidades artísticas, que le dieron personalidad fuerte y apasionada.

La figura animal tiene gran representación en el arte califal de Córdoba. «En el arte califal, dice Gómez Moreno en publicaciones del año 1932 (8), aparecen figuras de hombres y de animales

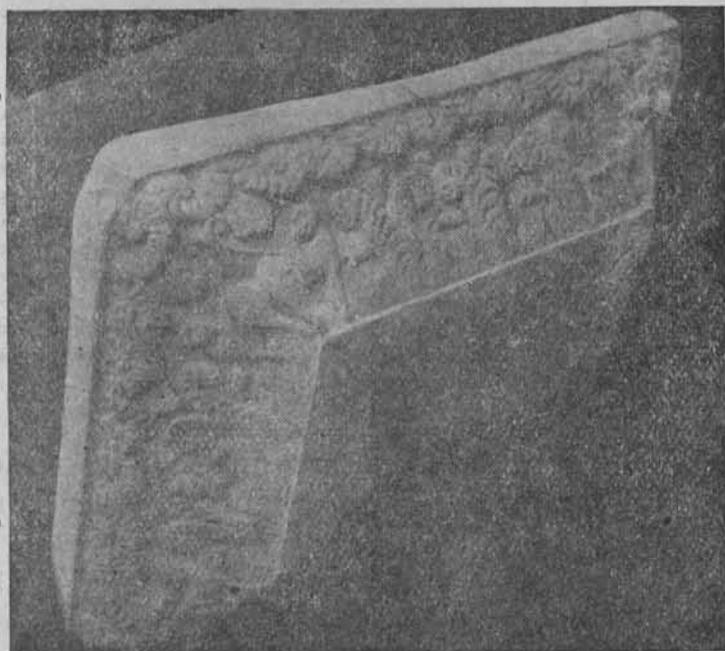
pródigamente. Leones y otras bestias, ya de metal, ya de mármol... suelen citarse abundantemente con relación a Medina Az-Zahra, sigue diciendo el maestro español. Por su parte, el mismo Terrasse



El relieve de los halconeros, del Museo de Argel, que parece trozo de un pilón de mármol, de la serie califal de Córdoba, y con fecha dudosa hacia 340 H.

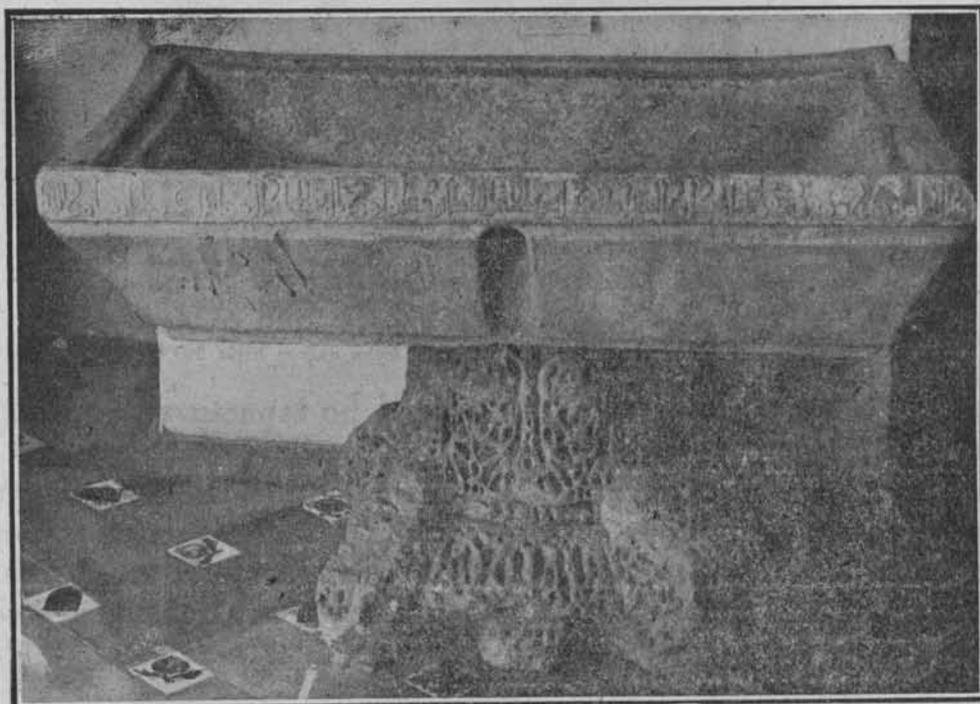
(9) dice: la decoración animal ocupa mucho espacio en los mármoles del tiempo de los Amiridas.

Ahora bien, las pilas más generalmente conocidas de este tiempo, con abundante representación animal (animales fieros acometiendo a otros mansos, leones que muerden a ciervos o cabras, águilas posadas sobre estos mismos, cisnes con peces en su pico,



Detalle de la nueva pila de Alamiría, recuperada en 1945

perros persiguiendo liebres, etc... escenas conocidas en el arte jónico, y luego en lo persa, bizantino y árabe, como talismanes protectores, dice en el mismo lugar Gómez Moreno), son las del grupo almanzoreño, la de Madrid, la de Granada y la de Marraquex, datadas por sus inscripciones y dedicatorias. En ellas, efectiva-



Pila de abluciones existente en el Museo de Córdoba desde su fundación, y de la cual ya dá cuenta Amador de los Ríos en sus *Inscripciones árabes de Córdoba*, 1879, suponiéndola procedente de Medina Az Zahra; cuya opinión rebate M. Ocaña Jiménez en su artículo «La pila de abluciones del Museo de Córdoba», *Al-Andalus*, 1941, IV, 446, atribuyéndola a la época almoravide por los caracteres de la inscripción, y poniendo, por consiguiente en fuerte duda su origen de Medina Az Zahra. Efectivamente, la pila y el ciervo de bronce que existían en el Monasterio de San Jerónimo, inmediato a la ciudad califal, y que fueron recogidos cuando la exclaustación de 1836, pasando, con otros muchos objetos de análogas procedencias, a formar los primeros fondos del Museo de Córdoba, no se pueden referir a esta de abluciones, porque aquella es un pilón de dimensiones superiores, de piedra blanca, que aún conserva en uno de sus bordes la huella de la planta metálica del referido cervato, y que permanece insitu en dicho Monasterio, en el patio de los legos, que se sigue llamando el «patio del cervato».

mente, las escenas zoomorfas, alternando con decoración floral típicamente cordobesa, parecían conciliarse bien con esta última.

Son ya diferentes, la pila de Játiva, acaso por su atribución más posterior, y la del Museo de Argel. La primera datada al parecer en Siglo XI, por atribución, tiene complicadas escenas humanas y animales. La segunda, ya que al parecer el bajo relieve de

los halconeros parecer pertenecer a una pila, es de una técnica intermedia, por el gran tamaño de las figuras, y parece presentar en la inscripción cufica la fecha del 340 de la hégira.

Recordamos ambos grupos de pilas, para concordar con Terrasse en la opinión de que ambas se apartan totalmente de la pila de Almiría, constituyendo una serie que tendría su lejano tronco, por el tamaño de la pila y la distribución general de composición, con los sarcófagos clásicos, que tan abundantes debieron ser en Córdoba, la antigua Colonia Patricia, y que los musulmanes utilizaron ámpliamente como pilones o tazas de patio (10), tanto en la capital como en Medina Az-Zahra, y de los cuales han



Detalle de la cabeza de león que aparece en el arranque superior de la siguiente voluta.

sido hallados en esta última diversos fragmentos, uno de ellos de época helenística, verdaderamente admirable, con escenas de carcería, que por su motivación sería un testimonio elocuente de lo que antes apuntamos.

En cambio, la pila de Almiría, por su tamaño, su uso, sus motivos decorativos y su labra, se aparta de los grupos anteriores, siendo un ejemplar, hasta ahora único, cuya filiación explica el error del arqueólogo francés, aclarado ahora plenamente con el hallazgo de otra pila de la misma serie.

En el comercio de antigüedades de Córdoba se ha presentado una nueva pila, procedente seguramente de Almiría o sus inmediaciones, más pequeña que la anterior, pero de análoga factura y composición. (15)

Esta nueva pila de Almiría mide 66 ctm. de longitud, por 52



Voluta de capitel de mármol,
hallada en las excavaciones de
Alamiria, verificadas por Ve-
lázquez y donada en 1946, por
el autor de este artículo, al
Museo de Córdoba



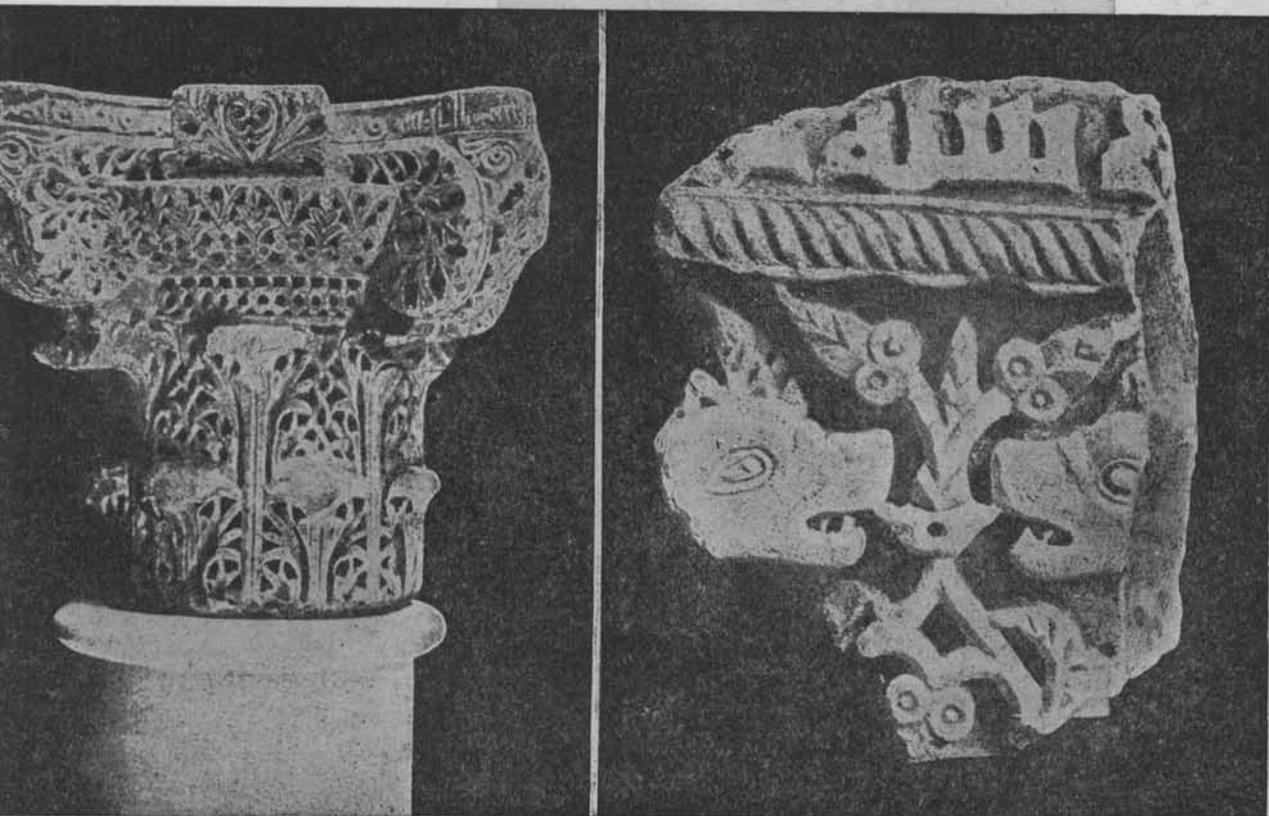
La misma voluta anterior, en la que se
ven la serie de aves que forman el róleo
decorativo de la misma.



Vista de frente del lateral de la voluta anterior,
en la cual puede observarse el ojo de las aves,
formado por un clavillo metálico para implantar
un ojo de vidrio o una gema.

ctm. de anchura y 18 ctm. de altura vertical. La profundidad vertical es de 10 ctm. en su interior.

Su decoración es análoga a la pila anterior hallada en 1926. Ofrece la serie de hojas de acanto lisas, partiendo del borde inferior. Entre cada dos de éstas, un caulículo que se abre en dos róleos, más estilizados que en la pila precedente, pero con igual



Trozo de mármol hallado en Almiría (a la derecha), que representa dos cabezas de fiera, y perteneciente posiblemente a un pilón de fuente

labra estriada, y sobre el tallo del caulículo una cabeza de animal, alternando cabras o antílopes y leones. Las facies de alguno de éstos, con grandes mostachos, es como en la anterior, de evocación antropomorfa.

Ahora bien, sobre esta composición, análoga a la de 1926, existe otra serie de róleos en guirnalda, labrados en estrías, de eje opuesto a la serie inferior, y que forman una especie de friso continuo bajo el robusto borde cuadrado superior de la pila.

Tiene otra novedad interesante. Los ángulos los adornan sendas parejas de fieras, leones o leopardos, con las colas alzadas y

unidas en sus extremos incurvados, recordando la gemelación típica del arte oriental, remedada en el califal cordobés. Solo tiene tres caras labradas, estando la cuarta lisa y adosada.

El conjunto de esta nueva pila de Almiría, más pequeña que la anterior, algo más blanda de talla y con más adorno en su composición, es de una belleza más grácil, más suave, más femenina,



Capitel almanzoreño, procedente de la casa del Gran Capitán, en Córdoba, y actualmente en el Museo Arqueológico Nacional, que tiene cabecitas de león como volutas y aves entre follaje en el cuerpo del mismo.

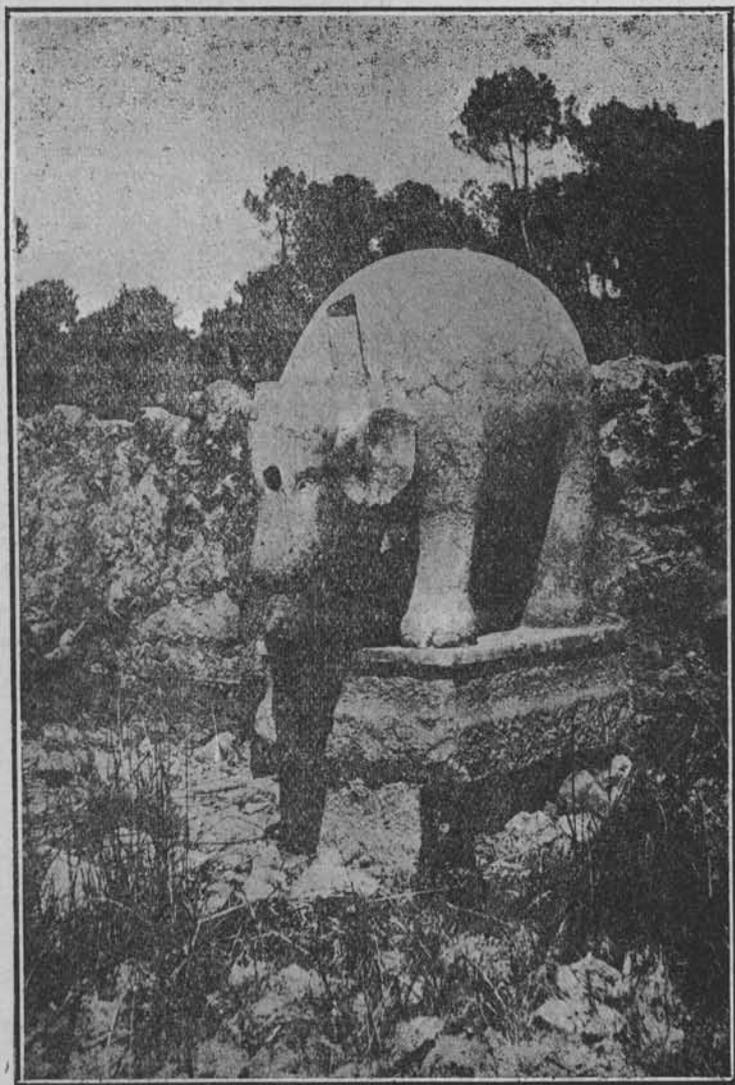
pero obedece al mismo sistema, a la misma inspiración, y acaso a la misma mano.

Ambas, la de 1926 y esta que ahora aparece, forman un conjunto que dá idea de una escuela, o por lo menos de un taller, de plena época califal y tiempos almanzoreños, sobre cuya filiación y datación aproximada en las últimas décadas del siglo X no cabe la menor duda.

En la lámina 10, frontera a la página 30, de la hermosa obra de D. Ricardo Velázquez Bosco, editada en 1912, titulada *Medina Az-zahra y Almiriya. Arte del Califato de Córdoba*, aparece

bajo el número 1, fotografiada de frente y de costado, una voluta de capitel de mármol, con representación zoomorfa.

En el ápice de arranque de la voluta aparece una cabecita de león, análoga en tamaño y factura a las que hay en las dos pilas



Elefante de piedra en el trayecto del gran acueducto que conducía las aguas del Bejarano a Medina Az-Zahra.

que comentamos, y el róleo de la misma está formado por una hilera de aves, cuatro en cada lado, de las cuales hay tres de tamaño semejante, y la cuarta, en la parte más elevada, es más grande, y yergue su cabeza por fuera del círculo de la misma voluta. Hay un detalle curiosísimo en estas aves. El ojo de cada una

es una incrustación metálica, a manera de clavillo, que bien por sí mismo, o acaso para sostener una piedra preciosa, le concede una particular importancia, máxime si se relaciona con clavillos análogos hallados en frutos estilizados que presenta una pilastra de mármol, recientemente hallada en Medina Az-Zahra, en la excavación del salón de Abderramán III, y sobre la cual hemos de hacer un estudio más detallado.

En estas aves, aunque con cierta tosquedad, están labrados el



Bote de marfil de la catedral de Zamora, de arte califal, labrado por orden de Alháquem II, en 353 H. - 964 J.C. y actualmente en el Museo Arqueológico Nacional.

pico, el ala, las plumas, la cola, las patas y otros detalles, dentro de un estilo rudo y primitivo.

Esta pieza, cuyo destino desconocíamos, me ha sido donada reciente e inesperadamente, por los propietarios de Alamiría contemporáneos de las excavaciones de 1912, y yo a mi vez la he donado al Museo de Córdoba.

Otra pieza con trozo de inscripción, también procedente de Alamiría, que aparece en la lámina XXXV de la misma obra de Velázquez, así como las restantes de igual procedencia, han desaparecido, por lo menos ignoramos su paradero. En esta pieza

hay dos cabezas de fiera, acaso lobos, dispuestas simétricamente y afrontadas a los lados de un tallo floral.

La serie de piezas con representación animal, características del período califal, merecía ya una larga catalogación. Recordar-

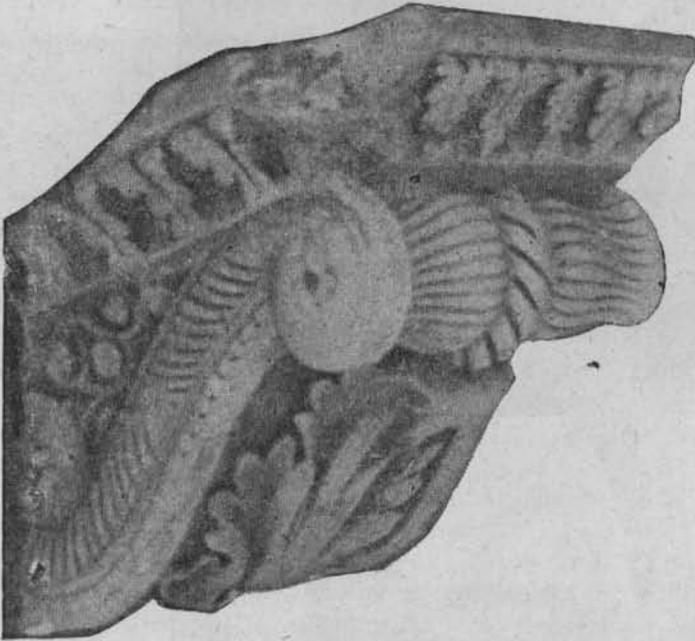


El famoso ciervo de bronce de Medina Azahara, existente en el Museo Arqueológico de Córdoba

mos los capiteles procedentes de la casa del Gran Capitán, de Córdoba (11), llevados al Museo Arqueológico Nacional, en 1912, con aves, leones, etc.; el gran elefante que hay en Córdoba, en la finca llamada el Caño de Escarabita, en el trayecto del gran acueducto que llevaba el agua a Medina Az-Zahara (12); la serie grabada en los marfiles de los que hay variedad tan extremada; y, por fin, entre otros, el capitel adquirido por el Museo de Gerona (13), con cabezas de elefante por volutas, en composición análoga al

antedicho procedente de Córdoba, que hoy conserva el Museo de Madrid bajo el número 2.118, que presenta cabezas de león en las volutas.

No se comprende, a la vista de tan numerosas y bien filiadas y datadas series zoomorfas (pilas, capiteles, marfiles, figuras aisladas de piedra y bronce, etc.), como puede haber la más ligera duda en una atribución, como la que hace Dubler en el capitel de Gerona, ya que ni las proporciones del capitel siquiera se separan



Magnífica ménsula romana, de mármol blanco, hallada recientemente en el subsuelo de Córdoba, muestra como otros tantos ejemplares análogos de la pujanza del arte Clásico en la antigua Colonia Patricia, y que a través del arte visigodo o latino-bizantino, influyó tan poderosamente en el renacimiento orientalizado que representa el arte del califato de Córdoba.

de ciertos ejemplares característicos del periodo almirí, en el cual, alguno de ellos, como el antes enumerado, hasta tiene perdidas las hojas de acanto, cosa que todavía no sucede en el de Gerona.

Por consiguiente, la representación animal en la escultura del Califato de Córdoba, progresa conforme avanza la evolución histórica de aquél, llegando en el periodo de Almanzor a su más destacado desarrollo.

Ella forma la cuna occidental que, traspasada al incipiente arte cristiano, ha de originar la abundantísima representación zoomorfa del capitel románico. (14)

Rafael Castejón

(1) *Medina Az-Zahra y Alamiriya. Arte del Califato de Córdoba*, por D. Ricardo Velázquez Bosco. Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas. Madrid. 1912.

(2) El mismo nombre de Almiria, o Muniat-Al-Amiria la Almunia de los Amiries o Amiridas, el patronímico de Almanzor, indica la propiedad de la finca. Es errada la acepción de «El ensueño del emir» que dió a Velázquez un noble egipcio, desconocedor seguramente de la historia del Islam español. La identificación actual de la finca es incuestionable, aunque H. Terrasse dude de su emplazamiento, en razón a que los autores musulmanes hablan de su proximidad a Medina Zahira, lo cual deja de ser razón hasta que se conozca exactamente donde estuvo emplazada esta creación de Almanzor, que según nuestras suposiciones estuvo cerca de Medina Azahara y de Alamiriya.

(3) *Las ruinas de Almiria*, informe oficial en «Anales de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Córdoba», 1926.

(4) Fué hallada al abrir los cimientos de la moderna villa que se levanta junto al viejo estanque califal, bajo la antigua casa de guarda que aparece en las fotos que ilustran la mentada obra de Velázquez.

Nosotros escribimos por entonces, año 1926, unos artículos elegiacos en el «Diario de Córdoba», condoliéndonos de la mentada demolición de las ruinas de Almiria.

(5) *L'art hispano-mauresque des origenes aux XII.º siecle*, por Henri Terrasse. París, MCMXXXII, pág. 166 nota.

(6) Nos referimos a la atribución que hace de ciertas decoraciones en piedra de la Mezquita, a épocas de Abderramán I y II.

(7) *Nuevas excavaciones en Medinat al-Zahra. El salón de Abd al-Rahman III*, por Rafael Castejón. «Al-Andalus», 1945, I, 147.

(8) *El arte islámico en España y en el Magreb*, por Manuel Gómez Moreno, en *Arte del Islam*, editorial Labor, 1932, pág. 73.

(9) *Ibidem*, 167.

(10) En nuestra *Córdoba Califal*, publicada en el «Boletín de la Real Academia de Córdoba», 1929, núm. 25, recogemos, entre otras, la cita de Aben-Pascual, de que las aguas vertían en estanques y «tazas de mármol romano maravillosamente trabajados», hecho comprobado por los hallazgos de Medina-al-Zahra, de algunos de los cuales se dá cuenta en la *Memoria* oficial de dichas excavaciones de 1925-26.

(11) *Arqueología cordobesa. La casa del Gran Capitán*, por Rafael Castejón, en «Boletín de la Real Academia de Córdoba», 1928. De estos capiteles ya dió cuenta E. Romero de Torres en 1897, en artículos de prensa local, y después de trasladados a Madrid, estudiados y descritos por Rodrigo Amador de los Ríos en *Del arte hispano-mahometano. Capiteles de la casa solariega del Gran Capitán en Córdoba*, publicado en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», Madrid 1913, t. XXIX, p. 64. Ambos artículos fueron reinsertos en el número 28 de este BOLETIN, correspondiente a Julio-Septiembre de 1930.

(12) *Córdoba Califal*, p. 314.

(13) *Capitel musulmán del Museo arqueológico de Gerona*, por César E. Dubler. «Al-Andalus», 1945, I, p. 161.

(14) Recordamos con ésto las teorías de Gómez-Moreno, Lambert, Male, Kingsley Porter y otros, harto conocidas.

(15) Por el retraso con que se edita este BOLETIN podemos anunciar que esta nueva pila de Almiria fué adquirida por don Manuel Gómez Moreno, y donada al Museo Arqueológico de Córdoba, donde hoy se encuentra.



Cabeza de Cristo que, formando parte de una gran composición, se descubrió hacia el año 1890, en la restauración de la capilla de Villaviciosa de la Mezquita-Catedral, y fué destruida por el arquitecto restaurador. Se trata de la pintura más antigua que hay en Córdoba después de la Reconquista, hacia la segunda mitad del siglo XIII, con reminiscencias bizantinas. Fué recogida en el Seminario de San Pelagio, donde estuvo varios años, hasta que el Director a la sazón del Museo de Bellas Artes Don Enrique Romero de Torres consiguió que fuera trasladada al mismo, donde se conserva.

Espeleología cordobesa

Noticias varias sobre Espeleología cordobesa, recogidas en mis itinerarios por la provincia de Córdoba, por el Ingeniero de Minas Don Antonio Carbonell Trillo-Figueroa, Académico de Número de la Real de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, la de Ciencias Médicas y otras.

En este resumen de los antecedentes dispersos que recogí en el campo en los múltiples viajes realizados me limito a dar un catálogo de las cuevas, simas, torcas e indicios de esa naturaleza que no aparecen en otros trabajos que figuran en mis publicaciones ni en aquellos otros ya en preparación que se encuentran en mi archivo.

Como puede comprenderse, los lugares donde se encuentran estos elementos de estudio siguen las alineaciones de las cuerdas montañosas; y de esta forma unos se disponen hacia Santa Eufemia y la depresión de Guadalmez. El Valle de los Pedroches nada ofrece en este orden. Por el contrario la serie de sierras que desde la Chimorra van hasta la Ribera del Guadalquivir, ofrecen material de estudio abundante y otro tanto ocurre con las caídas de la Sierra Morena al río Bético.

Al Sur del mismo, por la Campiña, tampoco son abundantes las cuevas y similares; que por el contrario adquieren su principal importancia en nuestra provincia en la brava Sierra Meridional.

Estos fenómenos de la naturaleza generalmente son naturales, pero no faltan tampoco otros escavados, ya para explotar los materiales contenidos, como sucede en bastantes cuevas de la caliza miocena en la escarpa de la sierra al valle, ya fueron designados como cuevas restos de incipientes labores mineras.

Por último no he querido dejar de indicar algunas cuevas que acaso no ofrezcan el mayor interés porque como se sabe en espeleología no es difícil que a pesar de ello el resultado de la investigación sea fructífero.

En Santa Eufemia, en el cerro del Castillo, existen diferentes abrigos y cuevas en las cuarcitas que corren al O. 20° O. y buzan al

S. 75°; siendo curioso consignar aquí que en aquel terreno se recogen pedernales neolíticos labrados bellamente y alguna punta de flecha de bronce; y además que la sierra del Castillo de Santa Eufemia es un hito de la sierra de Fuencaliente, cuyas pinturas rupestres son bien conocidas.

En el camino de Torrecampo a la Aldea de San Benito, en Ciudad Real, hay una cueva en el Quinto de Escuern Borregos, en el peñón de la Adelfilla.

En Pedroche se halla la Cueva de la Serpiente, en la margen izquierda del arroyo Grande, a 20 o 25 metros de su cauce y a unos 200 metros de la ermita.

En las márgenes del río Cuzna, en las Morras, hay restos de una cueva rellena en parte por los aportes de la vaguada.

Numerosas son las cuevas e indicios de ellas que se encuentran en la Chimorra y sus inmediaciones. Así en la carretera de Villanueva del Duque a Córdoba, en el Puerto Calatraveño, existe la llamada cueva de Mateo Fernández y otras, una de ellas llamada de José María «El Tempranillo», que no ha sido explorada.

Al Este de la Chimorra hay una cueva importante cerca de una piedra horadada que le da nombre.

Al Sur de la Chimorra en el Peñón de Josefa Moreno en Los Lazarillos hay una cueva al Este.

Otra hay en Peña Antón, entre El Escorial y La Aliseda, que es interesante entre otras razones por la proximidad de la Peña de la Osa que he indicado con sus indicios de pinturas rupestres en la descripción de la hoja de Villanueva de Córdoba.

La cueva de la Peña de la Osa, tiene unos 3 metros de profundidad.

La llamada Cueva del Majo, en las inmediaciones del río Cuzna, al cortar éste la cuerda de sierras de la Chimorra, es una exploración minera sin gran importancia al parecer. Quizás reconozca el mismo origen la cueva existente en ese río Cuzna que se halla en el itinerario de Cerro Gordo a Obejo.

Entre Villaharta y Obejo hay algunas cuevas en el collado de la Calaveruela, también allí se encuentra la llamada Cueva de la Calera en las inmediaciones de abundantes villares.

También en Adamuz hay restos de cuevas en la Loma de Quirva y en Peña Alcón, así como en Peña Mocón.

En ese término municipal hay otras al Norte de Nava Juncosa,

hacia el camino del Cerro del Anillo y en las crestas calizas al Norte de Urraquillas; así como en las inmediaciones del arroyo de Santa Cruz y en el parage de Las Cuevas, de Adamuz, donde hay cinco que aproximadamente tienen dimensiones de 5 x 5 x 1'20 metros.

Relativamente son abundantes las cuevas hacia el Convento de San Francisco del Monte, por el límite de los términos de Córdoba y Adamuz. Existe una en el alto desde donde el paisaje es maravilloso. En las crestas calizas que van desde el Pantano del Guadalme llato a San Francisco del Monte hay numerosas cuevas y otras en el arroyo Miñantes, que no han sido exploradas. En la Huerta de Miñantes hay una de cinco metros, al parecer poco interesante. Otras se encuentran en las caídas de San Francisco del Monte al arroyo del Valle, al Sur, y otra en el Alto de Jesús, al Este. Todas ellas en la caliza.

En término de Espiel, en las inmediaciones del grupo minero de la Concepción, cerca del Guadiato, hay diferentes covachas en el conglomerado; y al Sur de la estación del ferrocarril de Villanueva del Rey en las calizas azules que bordean la carretera a dicho pueblo hay una cueva y otra más al Este cerca del río Guadiato en las areniscas; otra se encuentra en término de Espiel, al Norte del kilómetro 32 del ferrocarril a Córdoba, acaso producida por la erosión.

Varias de ellas con interesantísimos restos eneolíticos se reconocieron en la cuerda del cerro del Castillo de Espiel. Otras en Nava Obejo, indicándose alguna hacia el Santuario de la Virgen de la Estrella.

En las inmediaciones de Villaharta, al NO. de la Yiedra, hay numerosas cuevas o abrigos donde no sería difícil acaso encontrar algunas pinturas en las pizarras cuarcíticas. También en las calizas hacia Pedrique existe una pequeña cueva.

Entre Villaviciosa y Espiel, en el llamado Puente de la Angostura, hay indicaciones de cuevas, al Oeste de la fuente.

En Espiel hay una cueva en los Murrios y vestigios de otra en el Cerro del Ladrillo, en la cuenca carbonífera, cerca del apartadero de las minas de la Concepción.

En el itinerario de Villaviciosa, hacia el Este, pasada la Cañada de Córdoba, se indica la existencia de otra cueva. Otra se halla en Villaviciosa, poco definida, al Sur de la Sierra de la Señora y alguna

al Norte de aquel arroyo. También hay algunas cuevas en el camino de Villaviciosa a Villanueva del Rey, pasado el Puerto del Peso.

En término de Villaviciosa, al Norte del camino del Vínculo a los Molinas, hay indicios de una cueva hacia la Fresnailla.

Hacia el límite de los términos de Villaviciosa y de Córdoba podemos señalar las siguientes cuevas; una situada en la Tejera, hacia la Piedra del Mirador y las Lomas de Don Gonzalo; otra al pié de la Piedra de Talavera, ya cerca del Guadiato, alguna en la Piedra de la Bejera y la existente en las calizas en el río Guadiato en el Olivarejo, al Este del vado de Valdelashuertas.

No lejos de las caídas de Cantarranas al río Guadiato en término municipal de Villaviciosa, hay una cueva por explorar al Sur de la Fuente del Ladrillo. En Alcornocosas de Villaviciosa está la Cueva del Agua hacia el castillejo de Valdefuentes que parece ser resto de una labor minera. En ese término municipal entre Cantarranas y Cerro Muriano se han señalado dos cuevas.

Hacia el límite del término de Hornachuelos con el de Espiel en la Adelfilla, al Este, en el Arroyo de las Cruces, existe una cueva.

Una pequeña cueva casi impracticable se encuentra en Espiel al Norte del arroyo de los Gambos, no lejos de la casa de Caballeras y en las caídas al Névalo se encuentra la llamada Cueva de las Grajas que parece es resto de alguna explotación minera prehistórica.

En término municipal de Villaviciosa se encuentra en las inmediaciones del Guadiatillo la Cueva de la Peña en la caliza antigua y en la toba y también hacia el río Cabrilla se halla el venero de la Palmilla y la llamada Cueva de la Angelita, también en las calizas, así como una especie de sima con algunos salientes para descender y una hondura en fuerte rampa de 6 metros, siendo interesante que hacia el Oeste dicen que se hallaron algunos pedernales atípicos.

En Berracosillas, también por esos lugares, al Sur de la faja de calizas que por allí cruzan, se encuentran otras dos cuevas en rampa.

También en Posadas, en la Torre del Ocho, hay una cueva en el bajo en las calizas arenosas.

Aunque con esto quedan apuntadas las notas que poseemos sobre las vistas en esta provincia en Sierra Morena, insisto en que solo me limito a aquellos elementos de este tipo que hacen referencia a notas dispersas y no coleccionadas anteriormente y a ser posible a lo que

ya quedó publicado. Así por ejemplo, he dejado de consignar cuanto al particular se refiere al término municipal de Hornachuelos y otros.

Entre las cuevas que aparecen en la depresión de Sierra Morena al valle del Guadalquivir, merecen consignarse las siguientes:

Por bajo de La Nava, en Montoro, y hacia Villa del Río, se ven diferentes cuevas en el triásico que aparecen como productos de erosión y siguen por el Barranco de las Casas; y ya pasada la Rosa Alta hay otras similares cerca del arroyo del Membrillo.

También en Montoro se encuentra la Cueva del Churro de unos 25 metros de diámetro y otras varias similares. También hay más cuevas al Este de la carretera que va a la estación del ferrocarril, otras en el mismo pueblo en La Gava y alguna en las escarpas que al Oeste siguen al Sur del río Guadalquivir.

En Adamuz, en el arroyo del Tamujar y Peñón de Gituero, hay restos de dos cuevas y también aquí debe anotarse en las calizas del carbonífero la Cueva del Cañaveralejo de 10 x 8 x 8 metros con algunas estalactitas.

Siguiendo la carretera de Pedro Abad desde Adamuz y pasado el cementerio, al Oeste, hay varias cuevas al parecer sin importancia en el arroyo de Santa Cruz.

Otra se halla siguiendo desde Villafranca hacia el Salto del Carpio de la Compañía Mengemor, en el arroyo Curandero.

En el arroyo de los Pradillos se encuentra al Oeste, en el Orive, la llamada Cueva del Sol, de unos ocho metros de profundidad, que no parece tener interés. También en los Pradillos en la Mesa de las Palomas y siempre en la caliza miocena, hay otra cueva similar sin gran importancia. La Cueva de las Cabras es inmediata a las anteriores.

Interesante es la exploración de las cuevas de Peña Tejada e inmediatas en una de las cuales apareció un esqueleto humano según las referencias.

También en Córdoba, en la Huerta del Duende, hay una cueva que se utiliza como depósito de agua que tiene de 4 a 5 metros de anchura y 3 de hondo.

Restos del tipo anterior son los llamados Palacio de la Galiana, al Norte de la carretera de Obejo y Villa Azul. Son de anotar igualmente las grandes y numerosas cuevas de la Arruzafa y las del Pa-

triarca; no faltando indicios similares en la Orla hasta el Palacio de la Albaida.

Numerosas son las cuevas de naturaleza semejante que existen por la Jarilla y se prolongan por Cuevas Bajas y Cuevas Altas en alguna de las cuales se ve que fué el origen la explotación de la caliza miocena.

Por último y por lo que se refiere al término de Córdoba, en la Cuesta del Espino, existía una cueva llamada de José María que era un socavón de unos 20 metros con dos accesos, en las inmediaciones del kilómetro 416 de la carretera de Madrid a Cádiz. Esta y otras menores, han quedado casi cubiertas al modificar el trazado de esa vía.

En término de Almodóvar del Río son numerosas las cuevas al Este del arroyo Guarromán y otro tanto sucede al Oeste; y al Norte hay otra cueva. Varias en la mesa inmediata al arroyo del Injertal y otras en la casa de las Cuevas y hacia el Alamillo. En Villa Lobillos está la Cueva del Esparragal, de unos 10 metros cuadrados.

También en Almodóvar debe citarse la Cueva de Granados, donde éste célebre bandido hacía sus secuestros, sita al NE. del pueblo. Otra cueva hay en los terrenos de don Rafael Sanz, en los Majadales Bajos, lugar llamado Mesa del Pino, y numerosas en las inmediaciones a todos rumbos.

En la Breña, en los altos del Oeste, se encuentra otra.

En Posadas, hacia lo de Albors, hay otra cueva bajo la caliza del mioceno. También en Posadas abundan las cuevas en la Sierrezuela siendo muy nombradas las cuevas del Helechoso.

En el término de Hornachuelos, cerca del de Posadas, hay alguna cueva sin interés, al Oeste.

Ya en la Campiña, aparte de las indicaciones preinsertas, el número de restos de este tipo es muy reducido; sin embargo señalaremos los antecedentes siguientes:

En Montilla, pasado el Molino de Rotile, al Sur de las Caleras, hay restos de una cueva que puede tener importancia.

En Hornachuelos, en el mioceno de Nublos, existe la Cueva de las Mujeres.

También en Montilla deben citarse varias cuevas hacia el arroyo de Carchena y otra cueva hay al Oeste de Piedra Luenga.

En Castro del Río las cuevas de Sequera están rellenas y al parecer son obra artificial de cemento quizás romano.

En el término de Baena deben citarse las Cuevas del Monte Orquera y allí, en Albendín, en la Peña de Albendín, hay una cueva abajo con dos entradas y arriba una plazoleta artificial. Dicha cueva al parecer es pequeña y natural y no se ha visto nada en los alrededores.

También en Baena la Cueva de las Palomas, con corredores, es grande y está por investigar.

En las inmediaciones de Albendín existen otras numerosas cuevas, en general poco interesantes en las calizas cavernosas hacia el Este y otras al Oeste.

También en la carretera de Baena a Nueva Carteya, en el km. 2, hay algunas cuevas que merecen la prospección.

Entre Baena y Luque, al Norte, se encuentra al NO. del alto de las Arenillas la Cueva de las Arenillas, de 3 x 2 metros en el alto, y otros indicios de cuevas hay al pié de Luque.

Viniendo de Alcaudete a Luque, debajo de las moles calizas de la Sierra de Albuchite, se halla la Cueva de las Arenas, al pié de Luque y hacia el Sur, la Cueva de la Fuente Nueva. Otra hay en las calizas que quedan al Norte de la Iglesia de Luque, y la de los Gitanos al Este de dicho pueblo.

En Luque, al Oeste, hay una cueva en el alto de la Cañada de Sastre, y otras más al Oeste, y como caso curioso se ve que en la boca de cada una de ellas hay una higuera.

En el Albuchite hay otra caverna al Sur.

También aquí, en la bajada de la Fuente Fría, hay varias cuevas o abrigos al Norte.

Restos de otra cueva hay al Sur de Albuchite, y al Este se halla la Cueva del Toril y otras, y entre ellas, por su gran dimensión, debe citarse la Cueva de Gaviño y la del Toril Chica. Más cuevas hay al pié del Albuchite, una limpia en 20 metros y abierta, buscando tesoros.

En Luque, en las calizas cenomanenses, deben citarse las siguientes cuevas:

Cueva de las Estrellitas o de la Asperilla, tiene el techo de estrellitas que arrancan los muchachos cerca del camino de San Jorge.

Cueva Lobrega, no Lóriga.

Cueva de la Mina, a unos 300 metros de Luque, que dicen se corresponde con el Castillo.

Cueva de la Encantada, en el Peñón de la Pita, a unos 100 metros del pueblo.

Cueva de la Campanilla.

Cueva de la Chacinería de Juan Lagartija, donde se llevan los animales muertos.

Cuevas Blancas, a un kilómetro de Luque, también en el camino del Salobral.

Siguen señalándose en Luque los vestigios siguientes, en este orden: hacia la Ermita de San Jorge hay una cueva al Mediodía; luego al Oeste, la de los Gitanos, en el pueblo y todas las casas del pueblo tienen la suya, siguiendo la Piedra del Cabezuelo, la Campanilla y el célebre Trilito de Luque.

La Cueva de las Estrellitas está fuera del pueblo y se llama así por los restos de pentacrinus que la tapizan.

La Cueva de los Murciélagos, por los Altos del río Bailón, se llama así por la cantidad de murcielaguina que aparece, quedando en las inmediaciones restos de tobas, una mandíbula de cáprido y siendo enorme y en relación con una sima superior en donde hay restos de escrituras rupestres.

También en los Yesares de Luque hay cuevas numerosas y al Sur de la carretera de Luque a Zuheros, hacia los Meteoros, hay dos.

Siguiendo el camino de Luque hacia Carcabuey por Marbella, en los altos queda la cueva citada de los Murciélagos y otras detrás de la cresta de la sierra.

Del Albuchite hacia Zuheros también hay cuevas al pié de las calizas en los altos y otras existen en el Peñón del Castillo al SE. Ya en el límite de Carcabuey Zuheros, al NE. de la Fuente de Bernabé hay indicios de más cavernas y otras al Este hacia el cortijo del Picacho y los Pozuelos, al pié del Lobatejo.

En Zuheros, en las inmediaciones del río Bailón, son numerosas las cuevas y otras hay al Este, en las inmediaciones del puente del río de Zuheros. En el km. 6 de la carretera de Zuheros a Luque hay dos cuevas pequeñas, otra en el alto y más abajo otra.

También siguiendo el camino de Abrevia a Zuheros se ven restos de pedernal que acaso puedan ser del cretáceo y en las inmediaciones de los Farallones de Zuheros hay tres cuevas.

Abundantes son las cuevas en el tajo Norte de las calizas de las Majadas de Zuheros; otra hay allí en Abrevia y al NO. en Camare-

na 3, La Ahumada, La Carrera y la de los Arcos, que son grandes y se encuentran en el Torcal, viéndose pedernales por el cerro Cangilón.

En la separación de los caminos desde La Nava a Zuheros hay una cueva pequeña en Abrevia, hacia Doña Mencía.

Debe citarse aquí en el km. 1 de la carretera hacia Carcabuey la Cueva de María Tasquillo en rampa y grande que aún está habitada.

Siguiendo el río Bailón aguas arriba, desde la carretera de Doña Mencía a Luque, se encuentran dos cuevas al Oeste de dicha corriente a unos 150 metros y otra en el mismo tajo que parece más profunda.

Las cuevas del Laderón de Doña Mencía, son al menos tres que merecen ser investigadas. Mas cuevas hay abajo hacia Baena en la Torrecilla, hechas para sacar margas y en el kilómetro 2 otras oquedades en ta tierra blanca.

En ese Laderón hay otras pequeñas cuevas por explorar, pero entre todas ellas la más interesante es la de las Escrituras en las calizas por bajo de Gilena.

Ya en el límite de Doña Mencía y Cabra hay una cueva al pié de la sierra y otras dos en las calizas al Sur de la vía férrea, siendo todas ellas muy interesantes para la investigación. Tal ocurre siguiendo la carretera de Cabra a Doña Mencía al Sur del kilómetro 18, al Este de los Almendros y en los altos de la Hortichuela.

Siguiendo el camino de Luque a Priego, en el Barranco de las Palomas, en el alto, hay dos cuevas grandes y otra por encima del cortijo del Romeral.

También hay alguna cueva hacia Zamoranos, al Este del riachuelo, en las calizas cavernosas.

Cerca de la vereda de Zagrilla a Carcabuey, se ven más cuevas. Y debe citarse aquí la Cueva del Hierro, en las inmediaciones del Castillo de Carcabuey. Otra hay por bajo del Calvario de ese pueblo y otras dos a 250 metros. En Carcabuey debe citarse igualmente la Cueva del Macho.

Otras cuevas se hallan en la Gallinera entre Carcabuey y Rute y alguna otra de menor importancia.

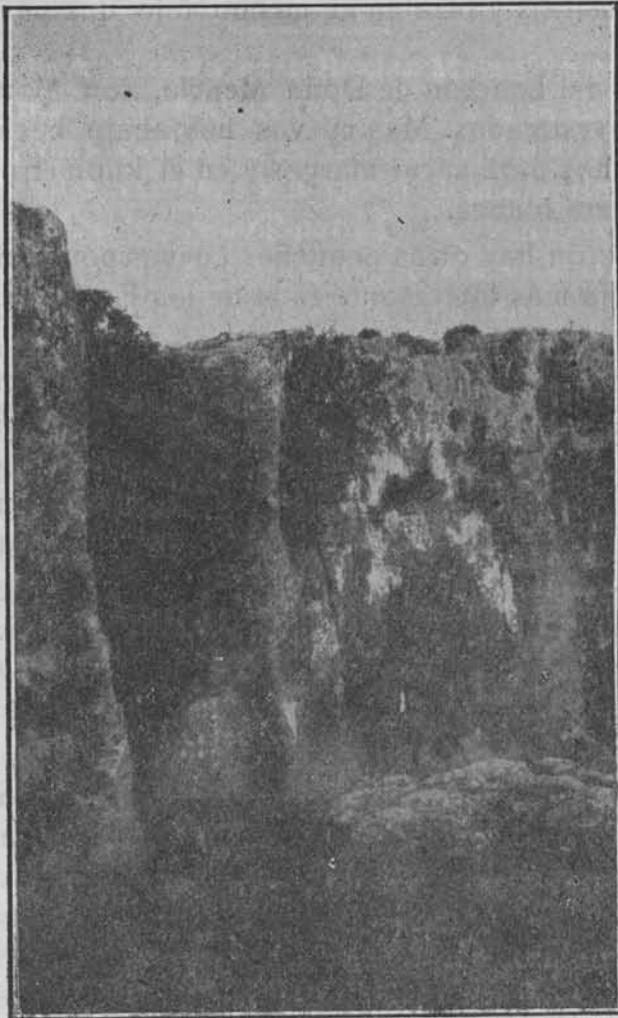
Simas entre Luque y Santuario de la Virgen de la Sierra de Cabra se hallan en Naya hermosa, así como torcas en formación.

Toda la zona Sur de Carcabuey y Zuheros es abundante en simas;

tal ocurre en las Majadas. Al Norte de este cortijo hay una sima de 45 metros de profundidad y de 75 x 50 metros.

También en ese Cortijo de las Majadas, al Sur de Carcabuey, hay otra sima de 20 metros de diámetro, cuyo fondo se labra y numerosas cuevas grandes donde el ganado se alberga.

Estos son los antecedentes que de momento puedo facilitar por si interesa a alguien la investigación espeleológica en la zona de la provincia de Córdoba.



Canteras en Posadas



VIDA ACADÉMICA

HISTORIA DE LA ACADEMIA

Concesión del título de Real

Real Decreto de 9 Julio de 1915 (B. O. n.º 5) disponiendo que la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, se denominase en lo sucesivo Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

(Col. Leg. 1915. p. 415)

EXPOSICIÓN

SEÑOR: Siempre se ha distinguido la ciudad de Córdoba por sus nobles afanes científicos, literarios y artísticos, y a ello ha contribuido antes y contribuye ahora en muy alto grado la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes que existe en aquella capital.

Desde hace más de un siglo viene funcionando con fecunda y próspera vida la expresada Corporación, y en tan largo período de tiempo ha prestado, como sigue prestando a la fecha presente, relevantísimos servicios en bien de la cultura pública, logrando por sus continuos y laudables esfuerzos y trabajos fama y renombre, no ya solo en toda España, sino también en las más adelantadas naciones de Europa y América. En ellas cuenta con Académicos correspondientes, que suelen ser de las personalidades más distinguidas en los distintos ramos del saber, considerándose como título de honor por los literatos y artistas de dentro y fuera de España el pertenecer a tan ilustre Academia.

Por otra parte, con sus informes, dictámenes y ponencias, viene auxiliando muy poderosamente al Ayuntamiento y Corporaciones oficiales de Córdoba en cuantos asuntos se dilucidan y en cuantas iniciativas se adoptan con relación a fines literarios y artísticos, facilitando, además, el desarrollo y la exte-

estímulo a sus iniciativas y esfuerzos, y, en tal sentido, el Ministro que suscribe tiene el honor de someter a la aprobación de V. M. el siguiente proyecto de Decreto.

Madrid, 9 de Julio de 1915.

SEÑOR.

A L. R. P. de V. M.,
Conde de Esteban Collantes.

REAL DECRETO

Conformándome con lo propuesto por el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo único. En lo sucesivo la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba se denominará Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Dado en Palacio a nueve de julio de mil novecientos quince.

ALFONSO.

El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,
Saturnino Esteban Miquel y Collantes.

(«Gaceta» del 10)



Expresión de gratitud

El 17 de Marzo de 1945 nombró nuestra Academia miembro Correspondiente a la Srta. Angelita Romero de Torres, teniendo en cuenta sus trabajos arqueológicos y artísticos, que la hacen digna del glorioso apellido que ostenta. En la sesión del 12 de Mayo siguiente la nueva Académica expresó su gratitud a la Corporación con las siguientes cuartillas:

SEÑORES: Cuando un amigo querido me notificó que había sido yo propuesta para pertenecer a esta Academia, fué tan grande mi sorpresa, que no supe ni expresarla. Entre frases incoherentes sin duda, creo que repetí la del centurión del Evangelio: «¡Yo no soy digna ni merezco!»...

Permitidme, señores, que os hable un poco de mi vida y que os suplique, además, que hagáis por comprenderme, ya que he de ser torpe en explicarme, para que os podáis dar cuenta de lo profundamente que me habeis hecho sentir en estos días.

Aquella Angelita Romero de Torres que todos conocísteis (pues aunque algunos sois más jóvenes que ella, *tiró* tanto de su juventud que pareció mucho tiempo joven aunque no lo fuera); aquella Angelita, repito, iniciada un tanto en asuntos de Arte más por intuición que por cultura, enamorada de las tradiciones y bellezas de su pueblo, amante de viajes y del estudio, con ribetes de música, cuyo Arte cultivó por necesidad imperiosa de su espíritu, aquella, que si venía al caso se bailaba unas soleares o sevillanas, (que no se parecían por cierto a lo que se baila ahora), locuáz y parlanchina como buena ignorante, romántica y soñadora, desapareció en absoluto desde que murió su Madre de su alma, único porqué de su existencia.

* Gustos, aficiones, sentimientos, modo de ser, todo huyó de mí... He comparado muchas veces mi alma de entonces con un jardín florido, en el que crecían flores y maleza a un tiempo; y la muerte de mi Madre, a un huracán espantoso que arrancó en el jardín cuanto en él había, bueno y malo; solamente quedó en pie, como árbol solitario, el amor de Dios: ¡porque lo plantó Ella y porque únicamente el amor de Dios, podía sustituir al suyo en mi corazón..

Desligada estoy hace 18 años del mundo, y aunque dentro de éste, más apartada del mismo que pudiera estarlo el místico más austero encerrado en su convento. Esto os parecerá absurdo pero es cierto. Y añadid ahora, que cuando me participaron el alto honor que me hacíais, terminaba de hacer unos

ejercicios espirituales, dirigidos por el formidable talento del R. P. Fray Raimundo Suárez, cuyo nombre honra a esta Academia, en los cuales había procurado yo adentrarme para saber mirar a la muerte cara a cara, y pensaba y repensaba, cómo se verá en aquella hora suprema un mundo que ha de dejarse para siempre...

En estas condiciones me cogió la noticia de mi propuesta para ser nombrada Académico, y como ya no siento ni la emulación del premio ni la vanidad que éste pudiera producirme, cayó la noticia en mi espíritu, igual que sonarían pasos extraños en un lugar espacioso, cerrado, hueco y vacío...

Cuando me repuse de la sorpresa y quise ordenar mis pensamientos, dos corrientes opuestas empezaron a luchar dentro de mí; porque de una parte, me angustiaba en gran manera la escasez absoluta de mis merecimientos, y sentía que me aplastaba este honor; y de otra... ¡era la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, algo para mí tan querido, tan grato y atrayente, tan sugestivo, poder llamar mío a este Centro, bajo cuyo techo yo nací... (Porque todos sabemos los años que estuvo su local establecido en aquel viejo y feísimo caserón del antiguo Hospital de la Caridad, convertido después por mi hermano Enrique en una tacita de plata, donde todos los Romero de Torres vimos la luz primera).

La Academia, repito, es una cosa que no puede separarse de mi vida, porque toda se ha desarrollado junto a ella. Su nombre solamente, evoca en mí los bellos años de mi niñez, los hermosos de mi juventud, todos menos los de la vejez, para que me sea más agradable, pues al iniciármeme ésta, ya no estaba el simpático Centro en el Museo del Potro.

Cuando era yo muy chica y la única niña de la casa, recuerdo que me decían. —«Hoy no se juega en el patio grande, porque hay Academia». —«No armes ruido, que hoy se reúne la Academia» — y yo, sumisa siempre, sin protestar jamás, paseándome unas veces sobre aquellas piedras negras como cabezas de chiquillo que en aquella época formaban el pavimento del patio del Museo, o sentadita en el escalón de la cancela, frente a la Academia, esperaba con ansia a que se iluminaran sus tres grandes ventanales, y entonces, encantada con aquella luz, que en contraste con la oscuridad que había en el patio, me parecía más brillante que todas las luces que pudieran existir, llena de anhelo y de curiosidad, hubiera querido meterme por entre los hierros de aquellas ventanas, porque en mi cerebro de niña, creía que allí se estarían celebrando esas fiestas fantásticas que solamente se describen en los cuentos... Y como andaba siempre o casi siempre al paso de los Académicos, entonces asistentes en gran número a estas sesiones, entre los que no puedo olvidar la figura venerable y magnífica por su talento, de D. Francisco de Borja Pavón, tan gran latino como galanteador exquisito de la mujer, al Conde de Torres Ca-

brera, a cuya nobleza de sangre superó la de su espíritu, a los Ramírez de Arellano, padre e hijo, con sus sátiras punzantes pero llenas de gracia, y tantos otros que me querían entrañablemente, de todos recibía besos y caricias que yo agradecía en el fondo de mi alma.

Más tarde, algunos de aquéllos y otros nuevos, me piropeaban y me decían bellas galanterías que no agradecía yo menos.



Antiguo local de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, hoy «Museo Julio Romero de Torres»

Una noche, la recuerdo con honda emoción.

Acostumbraba mi maestro de violín, D. Angel Villoslada, que fué un formidable artista, a pesar de su modestia, a venir durante la Cuaresma, para tocar «Las Siete Palabras», de Haydn, en honor de mi santa Madre, de cuya música era fervorosísima admiradora, y yo, las acompañaba al piano. Esta noche a que me refiero, habíamos tocado ya la impresionante música, y cogiendo Villoslada nuevamente su violín y haciéndome coger el mío, tocamos a dos violines, un trozo vibrante y soberbio de música española.

Habíamos dejado abierto el balcón de la salita donde hacíamos música, que cae al patio primero del Museo, y creyéndonos solos con mi madre, tocábamos los dos, como toca el artista cuando no está sometido a un programa ni

a la hora forzada de un concierto, sino como se toca cuando se quiere y se siente, que es cuando llega a la máxima expresión en la música.

Había Junta general en la Academia, que como extraordinaria, yo ignoraba, y los académicos, al salir de su plena reunión, atraídos por el ambiente de aquella noche de Primavera perfumada y tibia, por la belleza del patio, ya casi tan bonito como lo está ahora y el sonido de la música, que en aquel recatado rincón debía sonar con singular encanto, formaron un grupo debajo de mi balcón, ¡y cual sería nuestra sorpresa, cuando una cerrada y nutridísima salva de aplausos, ahogó el último acorde de la composición que tocábamos!..

Os aseguro, que si yo me hubiese dedicado a concertista y mi vida hubiese sido una serie ininterrumpida de triunfos, no me hubieran conmovido todos juntos, como aquella ovación tan espontánea de los académicos, que dejó en mi alma huella imborrable.

Por último he de deciros, que cuando se descubrió la lápida del Grupo Escolar que lleva el nombre, para mí, semi-divino, de DOÑA ROSARIO DE TORRES, uno de los actos más sentidos y espirituales que se han celebrado en Córdoba, acaso el más bello por su sencillez, y sin duda el que ha llegado más a mi alma, puesto que era el homenaje a un hijo, a Enrique, cuyo homenaje recaía en su madre muerta, la Academia de Ciencias, no se contentó con enviar una representación al acto; sino que, yendo en persona su dignísimo Presidente a nuestra casa; a la casa aquella de la Plaza del Potro, que todos los cordobeses saben que es suya, después de recoger el aroma y la belleza de mis flores que le hablaron mejor que yo de mi gratitud, nos acompañó como un miembro más de la familia, para honrar aquél día la memoria de mi madre de mi alma. Os aseguro que esto solo hubiera bastado para que yo venerara a D. José Amo y a la Academia de Ciencias.

Al desfilar ante mí, como en cinta cinematográfica, estos hechos que dejo apuntados y muchísimos más que no podría referiros ahora, pero sí pensarlos y sentirlos, porque ya os he dicho que llenan mi vida, me hicieron ver con claridad absoluta el *por qué* de mi nombramiento.

No hay que apoyarse en el arreglo de aquel jardincillo tan evocador, ni en el amor a mis flores, a las que he dado media vida, ni en el cuidado y selección de mi colección arqueológica, ni en la pequeña ayuda que presto cuando puedo a los que me rodean; todo esto es insignificante.

Vosotros me habéis nombrado Académico por lo más bello y hermoso que existe en el mundo: por *tradición* y por *amor*.

En mí queréis honrar la memoria de aquel D. Rafael Romero Barros, que dedicó a esta Academia las más bellas galas de su talento; a mi hermano Enrique, nombrado casi un adolescente, para ocupar en esta Casa la vacante de su

padre, cuyas huellas siguió y sigue, pues su labor está fehaciente, y a mi otro hermano Julio, el sol de los Romero de Torres, el cual dió también su nombre preclaro a esta Academia.



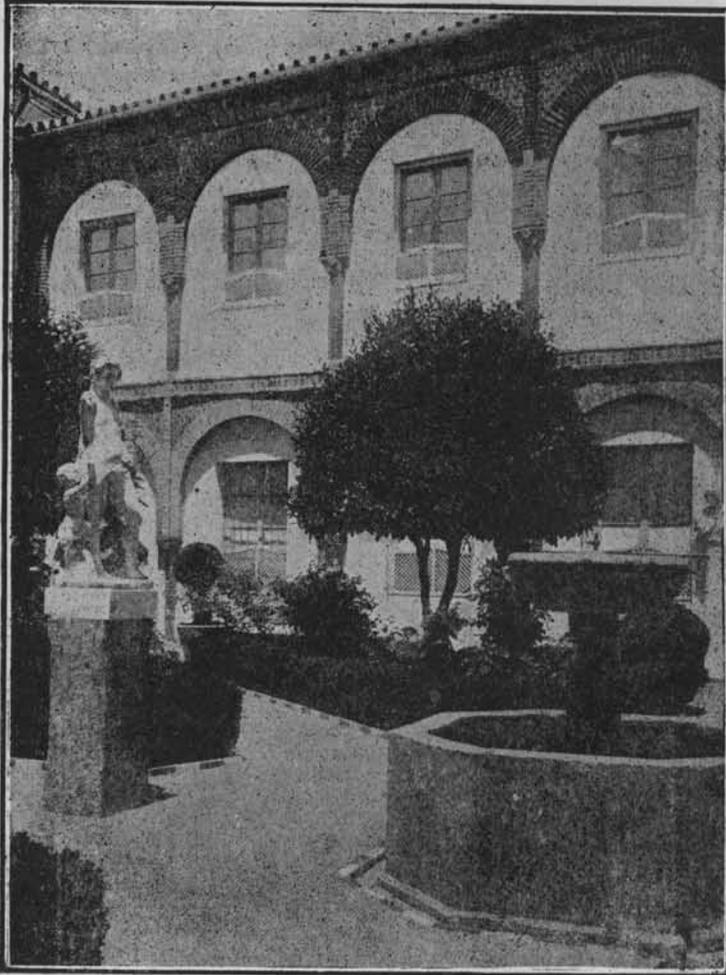
Detalle de la puerta de entrada del antiguo local de la Real Academia de Córdoba, hoy «Museo Julio Romero de Torres». Al fondo, entrada a la mansión particular del director del Museo, donde reside la familia del llorado pintor de Córdoba.

Hoy, depositáis este bagaje espiritual en mí; y evocando aquella que hace muchos años era la única niña de la casa, queréis hacérla *oficialmente vuestra*, no más que por cariño.

Y al convencerme plenamente de ello, y encontrar en mi pecho mucho más del que vosotros me brindáis, prescindiendo para siempre del molesto y

frío análisis de mis escasos méritos, que me anonadaba, me levanto firme y serena para reclamar en este punto de cariño el primer plano, y en un inmenso abrazo que os encierre a todos, os digo llena de confianza y de alegría:

¡Amigos, y más que amigos, hermanos. ¡¡GRACIAS!!



Los restos de Juan de Mena

Con el subtítulo «La Academia, escuela de reporterismo», y firmado por Federico García Sanchíz, se publicó este artículo en A B C, Sevilla, 3 Junio 1945.

Una vez más viene a cuento lo de que, si el caballo de circo oye música, se pone a bailar. Pacientemente, la Academia confióme una misión, que de tal modo se parece a las comisiones que solía yo desempeñar en mi juventud, que he vuelto a ella. Y el académico se tornó periodista, ¿Cómo renunciar al reportaje que la ocasiún me brindaba?

Antecedentes. El poeta Juan de Mena murió en Torrelaguna, cuando se dirigía a Buitrago, residencia de su amigo el Marqués de Santillana. Unos dicen que arrastrado por una mula, y otros que de un dolor de costado; pudieron ser parte las dos cosas. Ello ocurrió en 1456. Dióse tierra al cadáver en el lugar, en la iglesia, donde el maestro de las *Serranillas* construyó un magnífico sepulcro para su compañero, que como a tal lo trataba. El mausoleo desapareció, no se sabe como, y los restos del gran cordobés pasaron a una capilla que era fundación de un magnate, y allí han permanecido hasta el año 36. Temeroso entonces un patriota de que se profanaran esas reliquias trájolas a Madrid, en cuyo Museo Arqueológico se custodiaron durante la cruzada. Y hélas ahí de nuevo en el sitio de que las retiró el amador de las glorias nacionales.

Tiene Torrelaguna un párroco discretísimo, como lo demuestra su perplejidad ante el tesoro recobrado. ¿Iría a meter de nuevo los huesos, casi tan inmortales ya como el alma que sustentaron, en la huesera del prócer que se reservó, con las debidas cargas, un nicho debajo del altar costado de su peculio? El señor cura consultó a la Academia. Fué don Armando Cotarelo Valledor, la autoridad concedora del asunto, y en uno de los jueves, o sea de las sesiones semanales, informó a la docta asamblea, que escuchó embelesada el verbo sustancioso y reposado, inefablemente suasorio, del ínclito disertante. Don Armando, en suma,

trasladó y amparó el ruego del párroco, que consistía en recabar de la Academia un enterramiento digno de Juan de Mena, hasta en el requisito del epitafio que debieran idear los epigrafistas del insigne Instituto. Aprobado. Y se otorgaban plenos poderes a los señores Cotarelo y Casares y a quien suscribe. No tardó, con su fina actividad, don Julio, en presentarse en Torrelaguna y hablar con el meritorio clérigo, y a su regreso se hacía lenguas de la labor de éste y del interés que encierra la parroquia en sí y por sus recuerdos. descollando del conjunto la total pavimentación con losas mitradas o heráldicas. En verdad nos hechizó a todos, que le escuchábamos sentados en tórno a la mesa en que vá elaborándose el Diccionario, y yo creo que los retratos de Quevedo, Tirso y Lope de Vega, colgados en las blancas paredes e insinuantes en la penumbra que difundían las lámparas con pantalla de faldas, estuvieron a punto de expresar su contento por aquella devoción con la que una voz certera, guiaba el únánime silencio del concurso hacia los grandes siglos, es decir los suyos y de sus pares.

Al fin, y por último, correspondióme a mí la visita a Torrelaguna, con la concreta misión de elegir el hueco en que guardar los residuos del esqueleto de Juan de Mena, para lo cual llevaba instrucciones o cuando menos unas atinadas indicaciones... Hallamos un omoplato, trozos de fémur y varios no muy seguros fragmentos óseos, en una pequeña arca de plomo, que está dentro de una caja de tablas. Lo que se piensa es colocar el estuche metálico en la cavidad que se haga en una pilastra de sillería, contemporánea del poeta, y cubrir la singular hornacina con una lápida y su leyenda. Lo exíguo del envase rechaza el depósito de éste en el suelo, donde aún se empequeñecería más; salvo sí se le dedicara un mausoleo, y acaso se incurriría entonces en otra desproporción, aparte de las dificultades presentes en cuanto a fabricar. Quede el enterramiento en una variedad de los murales, que cuentan con una rica tradición en Castilla, y si no recuérdese la Catedral de Burgos.

Sesenta kilómetros nos separan de Torrelaguna a los madrileños. Hasta el cincuenta discurre el coche por la carretera general, y la marcha sobre el asfalto, suave, arrulladora, convida a la plática ponderada y armoniosa. Don Ricardo López Barroso, bibliófilo sutil, que accedió a acompañarme, y yo, dialogamos acerca de Juan de Mena. No, no sucedió lo que en los mundanos cortejos

fúnebres, en que no se habla del muerto. Nosotros repasamos mentalmente las viejas lecturas, adicionando la oportuna nota biográfica. En resumen, se perfiló la silueta del rimador cortesano, *secretario de cartas latinas* de don Juan II, leal adicto de don Alvaro de Luna, estimado y acatado dondequiera, y se esbozó la personalidad del vate, tan de su raza cordobesa, que añoró a Lucano y vaticinó a Góngora, influido, merced a su viaje a Italia y a la moda del tiempo, por Dante y Petrarca, y autor, antes que nada, del *Laberinto* o *Las trescientas*, que lo consagraron como maestro del *arte mayor*.

Termina el camino de lujo. Desviándonos a la derecha, emprendemos uno de tierra apisonada. Mejor. De esta tierra había en la carne de Cisneros, allí nacido. La memoria del Cardenal eclipsa la de Juan de Mena. En la ya visible población, rescoldo de viviendas y ruinas de edificios monumentales, todavía encontraremos mayor número de vestigios: el Pósito, ahora Ayuntamiento; el Cristo, reflejo medieval, que los Reyes Católicos ofrecieron al purpurado—el purpurado que caminaba en sandalias—y él al convento de franciscanos, del que únicamente se conserva la espadaña, y el escudo ajedrezado, que ennoblece, verbigracia, la torre parroquial, Todo lo invoca, y así como alabásemos al llegar los viñedos que se extienden hasta la sierra, y por los que rondaban los rebaños de ovejas, parva grey, y, para colmo, disminuida por la esquila, se nos dijo: «Por esto no fundó aquí la Universidad; para que los estudiantes no se comiesen las uvas»,

Una callecita desierta y con unos serones de esparto desbordando de la casa en que se venden, y ya la plaza, no menos solitaria, feudo del sol y de unos perros, bajo el cielo de un azul reseco, con unas nubes plateadas, ardientes y con fuego, que no lluvia en las entrañas. La iglesia. Grande, pero armónica; los sillares con aspecto de ámbar, gótica y renacentista, invadida por parasitaria verdura y desmoronándose a trechos. Recia la torre, con las campanas de un relieve enorme; recia, al parecer pues que hubo que atar las campanas, que, al voltear, forzaban y desunían los bloques. En lo alto una higuera silvestre. Van y vienen unos adelantados vencejos.

Nos reciben el alcalde, un concejal, el secretario, un anciano sacerdote, el de las monjas de la Concepción, con el último balandrán en uso; el coadjutor y el párroco. Ninguno alcanza una talla considerable; se llevó la medida Cisneros. Tampoco da aho-

ra Torrelaguna los prelados y los magnates que recorrieron el mundo, y yacen en el templo enlosado de significativas laudas.

Diríanse polluelos abandonados, excepción hecha del párroco, don Bienvenido, una mina y un manantial de espíritu, pese a su apariencia de gastado peón de ajedrez. Imaginaos que con dos albañiles y unos troncos sin cepillar, ha limpiado de cal toda su hermosa iglesia de piedra. Ya volvió a las naves aquella acompañada fortaleza, que las hace apoteosis de las armaduras de los caballeros o trasunto de la gloria del órgano. Bien, bien: órgano, no hay, y algunas estatuas sepulcrales fueron decapitadas, y un magnífico retablo está arañado y roto; en el principal, barroco, una imagen de la Magdalena, reproduce exactamente la celeberrima del Museo de Valladolid. Miro a don Bienvenido, y me dan ganas de abrazarle, como a un español puro y extraordinario, y acabo por arrodillarme en el presbiterio, a decir: «Recemos donde rezó el Marqués de Santillana por su amigo Juan de Mena».

Contemplar la arqueta con los huesos, es asomarse a un abismo de cinco siglos. El grupo leyó la auténtica, dirigiéndose después a la pilastra en cuya caña se abrirá la hornacina. Yérguese junto a una puerta, de manera que la lápida reciba su luz. No se ha decidido aún el texto conmemorativo. El propio poeta escribe en su *Laberinto*:

Fin me demandan
mis largos tormentos.

Federico García Sanchez.

(De la Real Academia Española)

En el «Boletín de la Real Academia Española», se publicó en su número de mayo-agosto de 1945, la siguiente noticia, bajo el título de «Conmemoraciones y otros actos públicos».

El día 29 de junio se celebró en el histórico pueblo de Torrelaguna, de la provincia de Madrid, el acto de que se dá cuenta en el documento que a continuación se transcribe:

«En la villa de Torrelaguna, de la provincia de Madrid, ante mí, Don Bienvenido Herranz Martínez, Cura Arcipreste de la Iglesia de Santa María Magdalena, han comparecido en el día de hoy los individuos de número de la Real Academia Española, Excelentísimos señores Académicos Don Julio Casares, Secretario perpetuo, y Don Armando Cotarelo y Valledor, Censor, que constitu-

yen la comisión designada por dicha Academia, para presenciar el enterramiento de los restos del poeta Juan de Mena, que se hallan actualmente depositados en la sacristía de dicha iglesia.— También concurrieron los señores Don Florentino Viviani Moreno, Alcalde; Don Dionisio Márquez Bascones, Jefe de línea de la Guardia civil; Don Arsenio Plaza Ballesteros, Médico titular; Don Federico Herranz Sanz, Secretario del Ayuntamiento; Don Gerardo Vera Morrón y Don Paulino Uzcudun Eismendi, y otros. Abierta la caja de cinc que contienen los expresados restos, se procedió al inventario de los mismos, que es el siguiente: Fémur izquierdo completo, fémur derecho incompleto, iliaco izquierdo, costillas varias, parietal, temporal derecho, omóplato incompleto, parte del maxilar inferior y del superior con dos molares, y algunos metatarsianos y metacarpianos.— También se halló en la expresada caja un documento cuyo texto es el siguiente: «En este Arca se hallan los restos del poeta Juan de Mena, que fueron exhumados de una de las sepulturas junto a las gradas del Altar Mayor de la Parroquia de Torrelaguna, para ser trasladados al Panteón Nacional el 3 de junio 1869».— El que suscribe manifestó que la referida arca había sido sacada de la iglesia en unión de varias imágenes y otros efectos durante la dominación roja, terminada la cual se hallaba todo ello depositado en el Museo Arqueológico Nacional. Allí le fué entregado al que suscribe, que volvió a colocar las imágenes en el lugar que antes ocupaban, y tomó bajo su custodia la caja con los restos, en espera de poder procurarles un enterramiento decoroso y definitivo; que enterada de ello la Real Academia Española se ofreció a costear los gastos de tal enterramiento, para lo cual, de acuerdo con el que suscribe, se eligió una pilastra de la iglesia en cuyo espesor se ha practicado el hueco necesario para el alojamiento de la referida caja; que la Academia, por su parte ha mandado esculpir una lápida de mármol que cubrirá el nicho y cuya inscripción es la siguiente: «Aquí yacen los restos del poeta Juan de Mena. Dedicóle esta lápida la Real Academia Española. MCMXLV».— A continuación el Excmo. señor don Armando Cotarelo pronunció elocuente panagírico de Juan de Mena, encaminado principalmente a explicar al vecindario de Torrelaguna quién fué ese insigne poeta cuyos restos le ha cabido a este pueblo la honra de albergar definitivamente. Evocó ielizmente la época en que floreció tan glorioso ingenio y puso de relieve la altísima significación de su obra en la historia de nuestras

letras.—Acto seguido, y en presencia de todos, se abrió por última vez la caja que contiene los restos, y comprobada la existencia de cuantos se mencionan en el inventario antes copiado, se incluyó en ella el documento de que también se dá traslado. También se incluirá en el último momento una copia literal de este acta, que firman todos los presentes.—De todo lo cual, yo el infrascrito, Cura Arcipreste, doy fé.—Bienvenido Herranz, Julio Casares, Armando Cotarelo, F. Viviani M., Gerardo Vera, Dionisio Márquez, Eustaquio Cabezas, Federico Herranz, Arsenio Plaza, Federico Herranz, Paulino Uzcudun, y otros».

En sesión de 9 de junio, nuestra Academia cordobesa había acordado dirigirse a la Española de Madrid, para conocer su opinión sobre el deseo cordobés de trasladar a su ciudad natal los restos del insigne poeta Juan de Mena. Las vacaciones académicas demoraron la gestión, que tuvo la contestación siguiente del Director de la Real Academia de la Lengua:

«José María Pemán.—Cádiz a 27 de Diciembre de 1945.—Señor Director de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, Córdoba.—Muy Sr. mío y distinguido amigo: Recibí oportunamente su oficio relativo a la sugestión de esa Academia sobre los restos del glorioso cordobés Juan de Mena. Como en él decía que lo acordado por Vdes. era: «explorar discretamente» el ánimo de esta Real Academia, sobre un posible futuro traslado de dichos restos a la Mezquita-Catedral de esa, me pareció lo mejor no dar estado oficial a su oficio y limitarme de momento, a explorar el criterio de mis compañeros de la Comisión Administrativa. El criterio de éstos ha sido, el que yo me suponía: que aún considerando muy justificado el deseo de esa Academia cordobesa y acaso realizable en su día, no era momento oportuno para que la Real Academia Española tomara esa iniciativa, estando tan reciente la que tomó para mejorar la sepultura y lápida del gran poeta en Torrelaguna, y los contactos que con este motivo hubo de tener con aquel pueblo y sus Autoridades.

De momento, como Vd. comprenderá perfectamente, estamos imposibilitados de hacer nada en el asunto, pero ello no adelanta, ni mucho menos, un criterio negativo, para cuando más adelante se pudiera plantear esta cuestión.

Rogándole salude a sus compañeros de Corporación y deseándoles a todos unas felices Pascuas, se ofrece de Vd. afmo. buen amigo, s. s. q. e. s. m., José M. Pemán».

Se dió cuenta de esta carta en la sesión de nuestra Academia, de 5 de enero de 1946.

NOTICIAS

En la sesión del 7 de Abril de 1945, el doctor don Enrique Luque dió lectura a una comunicación sobre *«Abscesos pelvianos»*.

Don José de la Torre y del Cerro leyó en la sesión del 21 de Abril un trabajo sobre *«El Convento de Scala Cœli en la Sierra de Córdoba, su fundador San Alvaro, su restaurador Fray Luis de Granada y diversos artistas que exornaron dicho convento»*.

Don Rafael Aguilar Priego, correspondiente, leyó el 28 de Abril un documentado trabajo sobre gestión y construcción de *«La sillería del Coro de la Catedral de Córdoba»*.

El 3 de Mayo tuvo lugar la solemne recepción de Numerario de la Srta. María Teresa García Moreno, profesora del Conservatorio de Música, con un trabajo titulado *«¿Cuáles son los orígenes musicales de las Cantigas?»*. Le contestó en nombre de la Corporación don Francisco Algaba Luque. La recipiendaria interpretó al piano ocho Cantigas seleccionadas, que fueron cantadas por la Srta. Isabel Gordiilo. Ambas fueron muy aplaudidas y felicitadas. Asistió selecto público.

El 5 de Mayo, en sesión ordinaria, el Correspondiente don José Luis Fernández Castillejo; leyó un trabajo titulado *«Hacia un Renacimiento o hacia una Edad Media?»*, de tan alto interés que la corporación acordó dedicar otras sesiones a su discusión y comentarios.

El 12 de Mayo, don Rafael Giménez Ruiz, Numerario, disertó sobre *«Oftalmología en la India»*, aportando curiosos detalles acerca de la difusión de las enfermedades oculares en dicho país, las prácticas de los curanderos indígenas y las aportaciones europeas, avalado con notables esclarecimientos científicos, que le valieron sentidas felicitaciones. En esta sesión leyó la Srta. Angelita Romero de Torres, recién designada para el cargo de Académico, unas delicadísimas cuartillas, de sabor autobiográfico, que por recoger además momentos interesantes de la vida de la Corporación, se acordó fueran publicadas en nuestro BOLETIN.

El 19 de Mayo, la Srta. Luisa Revuelta, Correspondiente, Profesora de Literatura del Instituto, lee un trabajo sobre «*Consideraciones acerca de Cervantes y su época*», pleno de erudición y diversas sugerencias, que fué muy aplaudido y estimado acreedor a su publicación. En la misma sesión, el Correspondiente, Don José de Torres Rodríguez, presentó a la Academia un pretendido autógrafo de Cervantes, sobre cuya posible autenticidad hizo una breve disertación.

El 9 de Junio se conoció el artículo publicado en «A B C», de Madrid, sobre los restos de Juan de Mena en Torrelaguna, y se acordó solicitar su traslado a Córdoba. Se designó al Numerario Don Rafael Gálvez para leer el discurso de apertura del curso próximo. Y se acordó cerrar el curso académico con un acto íntimo de confraternidad. El jueves 14 de este mes se celebró una cena académica en los jardines del Círculo de la Amistad, en la que reinó verdadera confraternidad, y fueron leídos trabajos poéticos y literarios de ocasión.



Nombramientos

El 7 de Abril de 1945 fué designado para Numerario el ilustre Arquitecto restaurador de la Mezquita y Medina Azahara, y correspondiente desde 1923, don Félix Hernández Jiménez. Para Correspondientes en Lisboa, don Joaquin Herculano Amorim Ferreira, Profesor de la Facultad de Ciencias, y en Oporto don A. A. Mendes Correa, Profesor de la Universidad y Director del Instituto de Antropología.

El 28 de Abril fueron elegidos: para Numerario don Laureano Teófilo Pérez Cacho; para Correspondientes en Córdoba, don José Torres Rodríguez, bibliófilo y publicista, y don José Bayona Sánchez, doctor en Farmacia; para Correspondiente en Madrid, don Rafael Roldán Guerrero, Coronel de Farmacia Militar, y para Correspondiente en Lisboa don Benito de Jesús Caraca, Catedrático de la Universidad Técnica, don Raul da Costa Couvreur, Ingeniero y presidente del Consejo Superior de Obras Públicas y don Mircea Oliade, agregado cultural de la Legación rumana en Portugal.

El 5 de Mayo se designó Correspondiente en Madrid al ilustre catedrático de Filosofía don Juan Zaragüeta Bengoechea.

El 19 de Mayo se nombraron los siguientes Correspondientes; atendiendo a su destacada intervención en el XVIII Congreso de la A. E. P. C. celebrado en Octubre pasado: don Pedro González Quijano, profesor en la Escuela de Ingenieros de Caminos, en Madrid; R. P. Antonio Romañá, S. J., Director del Observatorio del Ebro, en Tortosa; Dr. Rui Teles Parinha, Profesor de la Facultad de Ciencias, en Lisboa; Excmo. Sr. D. José Gascón y Marín, Catedrático de la Facultad de Derecho, en Madrid; R. P. José Aldama. S. J. Rector de la Facultad de Filosofía de la Cartuja, en Granada; D. Francisco Javier Sánchez Cantón, director del Museo del Prado, en Madrid; Doctor D. Antonio García Tapia, catedrático de la Facultad de Medicina en Madrid; D. Eduardo Torroja Miret, profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos; D. Julio Martínez Santolalla, Comisario general de Excavaciones, en Madrid; D. Joaquín Barradas de Silva Fiadeiro, Catedrático en la Escuela de Medicina Veterinaria, en Lisboa: Don José García Siñeriz, vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid, y D. Felipe Lafita Babio, Coronel Director del Instituto de Técnica Aeronáutica, en Madrid.

El 14 de Abril se trasladó a Córdoba la sede académica del Correspondiente don Javier Criado y Rodríguez Carretero.

El 9 de Junio se designaron Correspondientes en Madrid a Don José Casares Gil, Catedrático jubilado de Farmacia y Don Juan Tello Riote, Inspector nacional de Turismo de la RENFE, por sus trabajos periodísticos pro Córdoba.



Componentes de la Real Academia de Córdoba

Académicos Correspondientes en Almería

1. D. Antonio Relaño Jiménez..... 1914
2. D. José Muñoz García 1919
3. D. José M.^a González de la Torre 1940

Académicos Correspondientes en Cádiz

1. D. Emilio Croquer Cabezas. San Fernando 1913
2. D. Manuel Fernández Lasso de la Vega..... 1916
3. D. Dionisio García Pelayo. Jerez..... 1918
4. D. José González Rueda. Jerez..... 1920
5. D. Fermín Aranda Fernández-Caballero. Jerez 1920
6. D. José María Pemán Pemartín..... 1928
7. D. Isidoro Fernández Uribe. Jerez..... 1929
8. D. Rafael Alcalá Santaella 1931
9. D. Rafael Estrada y Estrada 1945

Académicos Correspondientes en Granada

1. D. Carlos Rodríguez López Neira..... 1915
2. D. Balbino Santos Olivera..... 1920
3. D. Ricardo Agrasot..... 1923
4. D. Antonio Gallego Burín..... 1927
5. D. José Aldama, S. J..... 1945
6. D. Víctor Escribano García 1946

Académicos Correspondientes en Huelva

1. D. Guillermo Moreno Calvo 1906
2. D. Cristóbal Jurado Carrillo. Niebla 1906

Académicos Correspondientes en Jaén

1. D. Luis González López 1946
2. D. Salvador Vicente de la Torre 1946

Académicos Correspondientes en Málaga

1. D. Enrique Laza Herrera 1919
2. D. Carlos Mendizábal..... 1928
3. D. Rafael Arévalo 1928
4. D. José M.^a Martínez Jiménez 1930
5. D. Antonio Paz Martín. Ronda..... 1935
6. D. José Molina Palomo... .. 1935
7. D. Juan Temboursy Alvarez..... 1935
8. D. Salvador González Anaya 1935
9. D. Antonio Burgos Ons..... 1941

